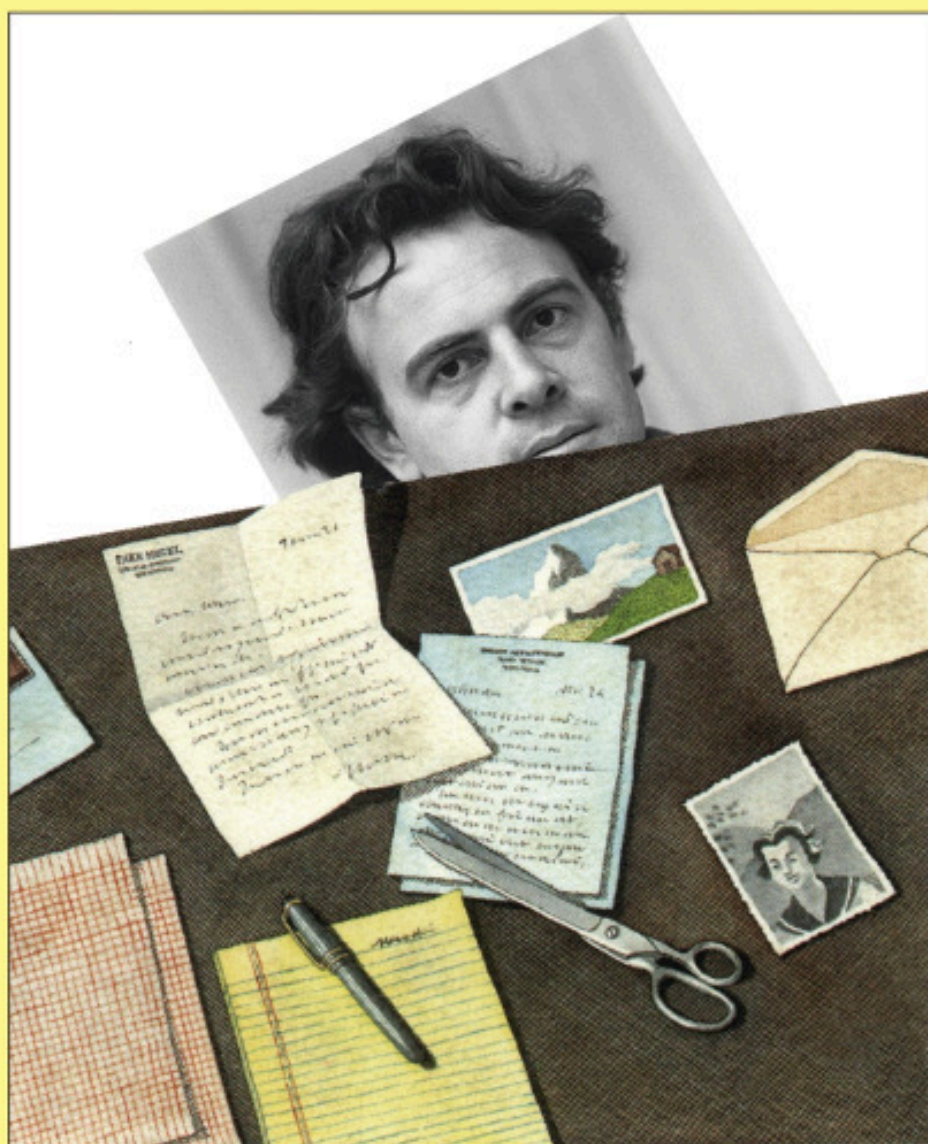


Libro de familia



Todo arranca con un nacimiento: un padre contempla tras el cristal de la maternidad a su hija que duerme plácidamente. En la mano, ese padre sostiene el libro de familia para inscribirla en el registro civil. Ese libro de familia es el punto de partida de una indagación en el pasado en la que se entremezcla lo biográfico y lo novelesco. Una indagación en la que se suman recuerdos, documentos oficiales, viejas fotografías, testimonios de otras personas y lugares revisitados. Una indagación que, siguiendo un quebradizo hilo de Ariadna, permite aventurarse en busca de las señas de identidad de un ser humano y en los rastros de su familia. Esta novela autobiográfica nos sumerge en el evanescente y melancólico universo Modiano. Y así, van apareciendo el acta del matrimonio de sus progenitores, en la que su padre, judío, figura con un nombre falso porque Francia estaba en plena Ocupación nazi; los inicios de la carrera cinematográfica de su madre a los dieciocho años en Amberes; el recuerdo de un viaje en tren con su padre, que vivía escondido para evitar las redadas; el instante en que saliendo de una librería en los años setenta el protagonista percibe de golpe que su juventud ha terminado; la búsqueda de su partida bautismal en Biarritz... Y también asoman por estas páginas edificios, calles, cines y cafés de París, la ciudad de Alejandría y una portentosa galería de personajes singulares, misteriosos, incluso fantasmagóricos, como aquella vieja estrella japonesa de Hollywood que vivía en el París ocupado... Historias, peripecias, recuerdos que van envolviendo al lector en esta prodigiosa pesquisa sobre la identidad que se abre y se cierra con la hija recién nacida, a la que «nada le perturbaba el sueño. Todavía no tenía memoria».



Patrick Modiano

Libro de familia

ePub r1.1

Titivillus 20.01.2017

Título original: *Livret de famille*
Patrick Modiano, 1977
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: Titivillus
Reporte de erratas: Lisandro
ePub base r1.2



*Para Rudy,
para Josée y Henri Bozo*

Vivir es empeñarse en llegar hasta el remate de un recuerdo.

RENÉ
CHAR

I

Estaba mirando a mi hija por la mampara de cristal. Dormía, apoyada en la mejilla izquierda, con la boca entreabierta. Tenía apenas dos días y se le notaban los movimientos de la respiración.

Yo tenía la frente pegada al cristal. Pocos centímetros me separaban de la cuna y no me habría extrañado que se columpiase en el aire, en estado de ingravidez. La rama de un plátano acariciaba la ventana con regularidad de abanico. Mi hija era la única ocupante de esa habitación blanca y azul celeste que se llamaba «Nursery Caroline Herrick». La enfermera había arrimado la cuna para pegarla a la mampara y que yo pudiera verla.

No se movía. En la cara diminuta le flotaba una expresión beatífica. La rama seguía oscilando en silencio. Yo aplastaba la nariz contra el cristal y quedaba una mancha de vaho.

Cuando volvió la enfermera, me enderecé en el acto. Eran casi las cinco de la tarde y no podía perder ni un momento si quería llegar al ayuntamiento antes de que cerrasen el registro civil.

Bajé las escaleras del hospital hojeando un cuadernito con tapas de cuero rojo, el «Libro de Familia». Sentía por ese nombre el mismo interés respetuoso que tengo por todos los documentos oficiales, diplomas, actas notariales, árboles genealógicos, catastros, pergaminos, pedigrís... En las dos hojas del principio aparecía el extracto de mi partida de matrimonio, con mi nombre y apellido, y los de mi mujer. Las líneas correspondientes a «hijo de...» estaban en blanco, para no entrar en los entresijos de mi estado civil. En efecto, desconozco dónde nací y qué nombres utilizaban mis padres en el momento de mi nacimiento. En ese libro de familia iba grapada una hoja de papel azul marino doblada en cuatro: la partida de matrimonio de mis padres. Mi padre constaba en ella con un nombre falso porque el matrimonio se había celebrado durante la Ocupación. Podía leerse en ella:

ESTADO FRANCÉS

Departamento de Alta Saboya

Ayuntamiento de Megève...

El 24 de febrero de mil novecientos cuarenta y cuatro, a las diecisiete treinta...

Comparecen públicamente en la Casa del Concejo:

Guy Jaspaard de Jonghe y Maria Luisa C.

Los contrayentes declaran ambos, de forma consecutiva, que desean convertirse en marido y mujer y en nombre de la ley los declaramos unidos en matrimonio.

¿Qué hacían mi padre y mi madre en febrero de 1944, en Megève? No iba a tardar en saberlo, pensaba. ¿Y ese «de Jonghe» que mi padre se había añadido al nombre falso? De Jonghe. Qué idea tan propia de él.

Vi el coche de Koromindé aparcado al filo de la avenida, a unos diez metros de la puerta de salida del hospital. Él estaba al volante, enfrascado en la lectura de una revista. Alzó la cabeza y me hizo un gesto con el brazo.

Lo había conocido la noche anterior en un restaurante con decoración vasco-bearnesa que estaba cerca de la puerta de Bagatelle, uno de esos sitios donde va uno a parar cuando le ha ocurrido algo importante y donde no iría nunca en circunstancias normales. Mi hija había nacido a las nueve y media de la noche y la había visto antes de que se la llevasen al nido; le había dado un beso a su madre, que se estaba quedando dormida. Ya en la calle, había ido andando al azar por las avenidas desiertas de Neuilly, bajo una lluvia otoñal. Las doce. Yo era el último cliente que estaba cenando en aquel restaurante donde un hombre de quien solo vislumbraba la espalda estaba acodado en la barra. Sonó el teléfono y el camarero lo cogió. Se volvió hacia el hombre.

—Es para usted, señor Koromindé.

Koromindé... Así se apellidaba uno de los amigos de juventud de mi padre que solía venir por casa cuando yo era pequeño. Estaba hablando por teléfono y yo reconocía la voz grave y muy suave y las erres palatales. Colgó; me levanté y me acerqué a él.

—¿Jean Koromindé?

—En persona.

Me miraba con expresión extrañada. Me presenté. Soltó una exclamación. Luego dijo, con una sonrisa triste:

—Ha crecido...

—Sí —contesté, tras encogerme y como si me disculpase. Le comuniqué que era padre desde hacía unas horas. Se emocionó y me invitó a una copa para celebrar el nacimiento.

—Eso de ser padre es algo gordo, ¿no?

—Sí.

Salimos juntos del restaurante, que se llamaba
L'Esperia

Koromindé se ofreció a llevarme a casa y me abrió la puerta de un Régence negro viejo. Durante el trayecto hablamos de mi padre. Koromindé llevaba veinte años sin verlo. Yo no sabía nada de él desde hacía diez años. Ninguno de los dos estábamos al tanto de qué había sido de él. Koromindé recordaba una noche de 1942 en que había cenado con mi padre en
L'Esperia

precisamente... Y ahí, en ese mismo restaurante, esta noche, treinta años después, se enteraba del nacimiento de «esa niñita»...

—Cómo pasa el tiempo...

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y esa niñita, ¿voy a poder conocerla?

Entonces fue cuando le ofrecí que me acompañase al día siguiente a la tenencia de alcaldía para inscribir a mi hija en el registro civil. Le pareció estupendo y quedamos a las cinco en punto delante del hospital.

A la luz del día, el coche parecía aún más deteriorado que la víspera. Se metió la revista que estaba leyendo en uno de los bolsillos de la chaqueta y me abrió la puerta. Llevaba unas gafas de montura grande y cristales azulados.

—Vamos justos de tiempo —le dije—. El registro civil cierra a las cinco y media.

Miró el reloj.

—No se preocupe.

Conducía despacio y con mucha suavidad.

—¿Le parece que he cambiado mucho en veinte años?

Cerré los ojos para recuperar la imagen que tenía de él por entonces; un hombre vivaracho y rubio que se pasaba continuamente el dedo índice por el bigote, hablaba con frases breves y entrecortadas y se reía mucho. Llevaba siempre trajes claros. Así era como flotaba en mis recuerdos infantiles.

—He envejecido, ¿verdad?

Era cierto. Se le había encogido la cara y la piel iba teniendo un tono gris. Se había quedado sin el espeso pelo rubio.

—No tanto —dije.

Cambiaba las marchas y giraba el volante con ademanes amplios y perezosos. Al coger una avenida perpendicular a la del hospital, tomó la curva con holgura y el viejo Régence dio con la acera. Se encogió de hombros.

—Y su padre, me pregunto si se sigue pareciendo a Rhett Butler..., ya sabe..., *Lo que el viento se llevó*...

—Yo también me lo pregunto.

—Soy su amigo más antiguo..., nos conocimos a los diez años, en la calle Cité
d'Hauteville

Conducía por el centro de la avenida y rozó un camión. Luego encendió maquinalmente la radio. El locutor hablaba de la situación económica que, según él, era cada vez más alarmante. Preveía una crisis tan grave como la de 1929. Me acordé de la habitación blanca y azul donde dormía mi hija y de la rama de plátano que oscilaba y rozaba la ventana.

Koromindé se paró en un semáforo en rojo. Ensimismado en sus pensamientos. El semáforo cambió tres veces seguidas y él no arrancaba. Estaba impasible tras las gafas con cristales teñidos. Por fin, me preguntó:

—Y su hija ¿se parece a él?

¿Qué podía contestarle? Pero a lo mejor él sí sabía que hacían mis padres en Megève en febrero de 1944 y cómo se había celebrado su peculiar boda. No quería hacerle preguntas en esos momentos por temor a

que se distrajese aún más y ser causa de un accidente.

Íbamos por el bulevar de Inkermann a paso de procesión. Me indicó a la derecha un edificio de color arena con ventanas como ojos de buey y balcones grandes y semicirculares.

—Su padre vivió aquí un mes..., en la última planta...

Incluso celebró allí sus veinticinco años, pero Koromindé no estaba seguro; todos los edificios donde vivía mi padre —me dijo— tenían la misma fachada. Así eran las cosas. No se le había olvidado aquella tarde del verano de 1937, a última hora, ni la terraza que los últimos rayos de sol iluminaban con un tono rojo anaranjado. Mi padre, por lo visto, recibía con el torso al aire y en bata. En el centro de la terraza había colocado un sofá viejo y unas sillas de jardín.

—Y yo servía las bebidas.

Se saltó un semáforo en rojo y casi choca con un coche al cruzar el bulevar de Bineau. Giró a la izquierda y se metió por la calle de Borghèse. ¿Dónde iba a dar la calle de Borghèse? Miré el reloj. Las cinco menos nueve minutos. El registro civil iba a cerrar. Me entró el pánico. ¿Y si se negaban a dar de alta a mi hija en el registro del ayuntamiento? Abrí la guantera, pensando que habría un plano de París e inmediaciones.

—¿Está seguro de que va en la dirección correcta? —le pregunté a Koromindé.

—No creo.

Se disponía a dar media vuelta. Pero no, más valía seguir recto. Llegamos al bulevar de Victor-Hugo y luego nos metimos otra vez por el bulevar de Inkermann. Ahora Koromindé pisaba a fondo el acelerador. Le corrían gotas de sudor por las sienes. Él también miraba el reloj. Me susurró con una voz sin inflexiones:

—Le juro que vamos a llegar a tiempo, muchacho.

Volvió a saltarse un semáforo en rojo. Cerré los ojos. Aceleró más y tocó la bocina, unos toquecitos breves. El Régence viejo vibraba. Estábamos llegando a la avenida del Roule. Delante de la iglesia, el coche se averió.

Salimos del Régence y fuimos a paso de carga hacia el ayuntamiento, doscientos metros más allá. Koromindé cojeaba un poco y yo iba delante. Eché a correr. Koromindé también, pero no le respondía la pierna izquierda y no tardé en sacarle una buena ventaja. Me volví: movía el brazo en señal de apuro, pero yo corría cada vez más deprisa. Koromindé, desalentado, aflojó el paso. Se secaba la frente y las sienes con un pañuelo azul marino. Mientras yo tomaba por asalto las escaleras del ayuntamiento le hice unos gestos desorbitados. Consiguí alcanzarme y estaba tan sin resuello que no podía emitir ni un sonido. Lo cogí por la muñeca y fui tirando de él. Cruzamos el vestíbulo donde un cartel indicaba: «Registro civil – Primer piso, puerta de la izquierda». Koromindé estaba lívido. Pensé que le iba a dar un ataque al corazón y lo sostuve al subir las escaleras. Abrí la puerta del registro civil con el hombro mientras con ambas manos sostenía de pie a Koromindé. Tropezó y me venció el peso de su cuerpo. Resbalamos y nos caímos de espaldas en medio de la estancia; y los empleados del registro civil nos miraron boquiabiertos desde detrás de la reja de la ventanilla.

Fui el primero en levantarme y me encaminé, carraspeando, hacia la ventanilla. Koromindé se desplomó en un banco al fondo de la estancia.

Eran tres: dos mujeres con blusa camisera, quincuagenarias severas e irritables, con el pelo corto de color pizarra y que se parecían como si fuesen gemelas. Y un hombre alto de bigote tupido y lacado.

—¿Qué desean? —dijo una de las mujeres.

Tenía un tono medroso y amenazador a un tiempo.

—Vengo para una inscripción en el registro civil.

—Habría podido usted llegar antes —dijo la otra mujer sin ningún agrado.

El hombre me miraba fijamente guiñando los ojos. Nuestra aparición tan brusca había causado un efecto pésimo.

—Dígales que lamentamos muy verdaderamente el retraso —susurró Koromindé desde el fondo de la estancia.

Se intuía por ese «muy verdaderamente» que el francés no era su lengua materna. Se me acercó cojeando. Una de las mujeres metió una hoja por la parte de debajo de la ventanilla y dijo con voz pérfida:

—Rellene el cuestionario.

Me hurgué en los bolsillos buscando un bolígrafo y luego me volví hacia Koromindé. Este me alargó un lápiz.

—A lápiz, no —dijo el bigotudo con voz sibilante.

Estaban los tres de pie, detrás de la reja, mirándonos en silencio.

—¿No tendrán... un boli? —pregunté.

El bigotudo pareció estupefacto. Las dos gemelas cruzaron los brazos sobre el pecho.

—Un bolígrafo o un portaminas, por favor —repitió Koromindé con voz quejumbrosa.

El bigotudo metió un bolígrafo verde por entre el enrejado. Koromindé le dio las gracias. Las dos gemelas seguían con los brazos cruzados, en señal de desaprobación.

Koromindé me tendió el bolígrafo y empecé a rellenar el cuestionario con ayuda de las indicaciones del «Libro de Familia». Quería que mi hija se llamase Zénaïde, quizá en recuerdo de Zénaïde Rachewski, una mujer hermosa que me deslumbró en la infancia. Koromindé se había levantado y estaba echando una ojeada por encima de mi hombro para supervisar lo que escribía.

Cuando acabé, Koromindé cogió la hoja y la leyó con el ceño fruncido. Luego se la alargó a una de las gemelas.

—No está en el calendario francés —dijo esta señalando con el índice el nombre «Zénaïde» que yo había escrito en letras mayúsculas enormes.

—¿Y qué? —preguntó Koromindé con voz alterada.

—No puede poner ese nombre.

La otra gemela había arrimado la cabeza a la de su hermana y las frentes de ambas se tocaban. Yo estaba consternado.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó Koromindé.

La gemela había descolgado el teléfono y marcado un número de dos cifras.

Estaba preguntando si el nombre «Zénaïde» aparecía en «la lista». La respuesta era: NO.

—No puede poner ese nombre.

Titubeé con un nudo en la garganta.

El bigotudo se acercó también y cogió el impreso.

—Claro que sí, señorita —cuchicheó Koromindé, como si estuviera revelando un secreto—. Podemos poner ese nombre.

Y alzó muy despacio la mano para bendecir.

—Así se llamaba su madrina.

El bigotudo se inclinó y apoyó la frente de carnero en las rejas.

—En tal caso, señores, se trata de una cuestión particular y el asunto es muy diferente.

Tenía una voz untuosa que no encajaba en absoluto con su apariencia física.

—Hay nombres que se van transmitiendo en las familias y por muy peculiares que sean no tenemos nada que objetar. Nada en absoluto.

Moldeaba las frases y todas las palabras le salían de la boca impregnadas de vaselina.

—¡Adelante con Zénaïde!

—Gracias, caballero. ¡Gracias!

El bigotudo dedicó un gesto de hartura a las gemelas e hizo una pirueta de bailarín antes de hacer mutis. Oímos a alguien escribir a máquina en la habitación del fondo. Koromindé y yo no sabíamos muy bien si teníamos que esperar. Las gemelas estaban ordenando papeles mientras hablaban en voz muy baja.

—¿Muchos nacimientos hoy, señoras mías? ¿Qué tal anda la cosa? —preguntó Koromindé como si no quisiera que se olvidasen de él.

No le contestaron. Encendí un cigarrillo y ofrecí el paquete primero a Koromindé y luego a las dos mujeres.

—¿Un cigarrillo?

Pero hicieron como que no me habían oído.

Por fin el bigotudo asomó la cabeza por el hueco de una puerta lateral y nos dijo:

—Por aquí, caballeros.

Nos encontramos del otro lado de la reja, en el lugar en que oficiaban las gemelas y el bigotudo. Este nos indicó por señas que entrásemos en la habitación del fondo. Las gemelas seguían removiendo automáticamente los montones de papeles.

Una habitacioncita de esquina con dos ventanas que daban a una calle. Paredes vacías de tono ocre. Un escritorio de madera oscura con muchos cajones y en cuyo centro estaba abierto un registro.

—Señores, si tienen a bien revisarlo y firmar.

El texto, escrito a máquina sin ninguna errata, especificaba que una niña llamada Zénaïde había nacido a las nueve de la noche del 22 de octubre del año en curso..., alrededor de diez líneas a las que habían reservado una página entera del registro. Y las mismas indicaciones en la página siguiente.

—El duplicado, caballeros.

En esta ocasión me alargaba una pluma estilográfica maciza con capuchón de oro.

—¿Lo han revisado? ¿No hay errores? —preguntó.

—No hay errores —contesté.

—No hay errores —dijo Koromindé como un eco.

Cogí la pluma y despacio, con letra grande y a trompicones, puse al pie de ambas páginas mi apellido y mis nombres.

Luego le tocó la vez a Koromindé. Se quitó las gafas de cristales teñidos. Un esparadrapo le sujetaba, para que no se le cerrase, el párpado del ojo derecho y le daba aspecto de boxeador ido. Firmó con letra aún más trémula que la mía: Jean Koromindé.

—¿Es usted un amigo de la familia? —preguntó el bigotudo.

—Un amigo del abuelo.

Algún día, dentro de veinte años, si sintiera la curiosidad de mirar este registro —pero ¿por qué iba a sentirla?—, al ver esta firma, Zénaïde se preguntaría quién era ese Jean Koromindé.

—Pues listo; bien está lo que bien acaba —dijo, muy amable, el bigotudo.

Me miraba con ojos muy dulces, casi paternales, y que me parecieron incluso levemente empañados. Nos tendió una mano tímida que estrechamos por turno. Y entonces caí en la cuenta de por qué llevaba ese bigote. Sin él se le habrían vencido los rasgos y se habría quedado, sin duda, sin la autoridad que les resulta tan necesaria a los funcionarios del registro civil.

Abrió una puerta.

—Pueden bajar por esta escalera —nos dijo con voz cómplice, como si nos estuviera indicando un pasadizo secreto—. Adiós, caballeros. Y buena suerte. Buena suerte...

En las escaleras de la fachada del ayuntamiento nos sentíamos muy raros. Ya estaba, habíamos cumplido con un trámite importante y todo había sucedido con sencillez. Caía la tarde. Había que arrancar el Régence. Fuimos a un taller cuyo dueño descubrió que el coche necesitaba una reparación de mucho cuidado. Koromindé volvería al día siguiente a recogerlo. Decidimos volver a París a pie.

Íbamos por la avenida de Le Roule. A Koromindé ya le respondía la pierna y andaba con paso ligero. Yo no podía evitar acordarme de aquel registro grande abierto encima del escritorio. Así que eso era un registro civil. Estábamos pensando en lo mismo, porque Koromindé dijo:

—¿Ha visto? Qué raro es un registro civil, ¿verdad?

¿Y a él? ¿Lo habían inscrito en algún registro civil? ¿De qué nacionalidad era en origen? ¿Belga? ¿Alemán? ¿Báltico? Ruso más bien, me parece. ¿Y mi padre antes de llamarse «Jaspaard» y añadir «de Jonghe» a ese otro apellido? ¿Y mi madre? ¿Y todos los demás? ¿Y yo? Debía de haber en algún sitio registros de hojas amarillentas donde hubieran anotado nuestros apellidos y nuestros nombres y nuestras fechas de nacimiento y los apellidos y los nombres de nuestros padres con pluma y con una letra de trazos enrevesados. Pero ¿dónde estaban esos registros?

A mi lado, Koromindé silbaba bajito. Le deformaba el bolsillo del gabán la revista que estaba leyendo en el coche y cuyo título en letras rojas alcanzaba yo a ver: *Le Haut-Parleur*. Me volvieron a entrar ganas de preguntarle qué hacían mis padres en Megève en febrero de 1944. Pero ¿lo sabía acaso? Los recuerdos, pasados treinta años... Habíamos llegado al final de la avenida de Le Roule. Era de noche y las hojas secas, que la lluvia había impregnado de barro, se nos pegaban a los tacones. Koromindé restregaba de vez en cuando la suela de los zapatos contra la acera. Yo estaba pendiente de los coches que pasaban, buscando un taxi libre. Pero, bien pensado, mejor seguir a pie.

Nos estábamos metiendo por la avenida de la Porte-des-Ternes en ese barrio que habían despanzurrado para construir la autopista de circunvalación. Una zona entre Maillot y Champerret, manga por hombro, irreconocible, como después de un bombardeo.

—Una vez vine por aquí con su padre —me dijo Koromindé.

—¿Ah, sí?

Sí, mi padre lo había traído en coche por aquí. Estaba buscando un taller donde le proporcionasen una pieza de recambio para el Ford que tenía. No recordaba ya la dirección exacta y Koromindé y él habían estado mucho rato recorriendo este barrio, destruido ahora por completo. Calles flanqueadas de árboles cuyas frondas formaban bóvedas. A ambos lados, talleres de coches y cobertizos que parecían abandonados. Y el dulce olor de la gasolina. Se habían detenido por fin en un proveedor de «material americano». La avenida de la Porte-de-Villiers parecía el paseo de una ciudad muy pequeña del sudoeste, con sus cuatro hileras de plátanos. Se sentaron en un banco mientras esperaban que el mecánico acabase la reparación. Un perro lobo estaba echado al filo de la acera, durmiendo. Unos niños se perseguían en el centro de la avenida desierta entre los charcos de sol. Era un sábado por la tarde del mes de agosto, recién acabada la guerra. No hablaban. Mi padre, por lo visto, era de carácter melancólico. Y él, Koromindé, se daba cuenta de que se les

había acabado la juventud.

Estábamos llegando a la avenida de Les Ternes y Koromindé volvía a cojear. Lo cogí del brazo. Los faroles se encendían en el bulevar de Gouvion-Saint-Cyr. Era la hora de las filas largas de coches, del gentío, de las apreturas, pero nada de todo eso llegaba hasta el nido. Volví a ver el balanceo sereno de la rama contra el cristal.

En definitiva, acabábamos de participar en el principio de algo. Esta niña iba a ser hasta cierto punto nuestra delegada en el porvenir. Y había conseguido a la primera ese bien misterioso que siempre se nos había hurtado: un alta en el registro civil.

II

¿En qué época conocí a Henri Marignan? Ah, pues aún no había cumplido los veinte años. Me acuerdo de él con frecuencia. A veces llega incluso a parecerme que fue una de las múltiples encarnaciones de mi padre. No sé qué ha sido de él. ¿La primera vez que nos vimos? Fue al fondo de un bar estrecho y rojo coral del bulevar de Les Capucines: Le Trou dans le Mur. Éramos los últimos clientes. Marignan, sentado en una mesa que estaba al lado de la mía, pidió un «vino de arroz» y, tras dar un trago, le dijo al camarero de la barra:

—No sabe como en China.

Entonces, le pregunté a quemarropa:

—¿Ha estado en China, caballero?

Estuvimos charlando hasta las cuatro de la mañana. De China, claro, donde Marignan había vivido antes de la guerra. Todavía era capaz de dibujar con todo detalle el plano de Shanghái en un mantel, y esa noche lo dibujó para mí. Quise saber si en nuestros días un occidental tenía alguna posibilidad de internarse en ese país misterioso y explorarlo libremente. Titubeó un poco y dijo con voz solemne:

—Creo que es posible.

Me miraba fijamente.

—¿Lo intentaría conmigo?

—Claro —dije.

A partir de ese momento nos vimos a diario.

Marignan ya había cumplido los sesenta, pero aparentaba veinte años menos. Alto, de espaldas cuadradas, llevaba el pelo a cepillo. No tenía la cara ni pizca de abotagada. Me había llamado la atención el trazo regular de las cejas, de la nariz y de la barbilla. A ráfagas, le pasaba por los ojos azules una expresión de desconcierto desamparado. Llevaba siempre ternos con la chaqueta cruzada y estaba claro que prefería el calzado con suelas de crep muy flexible que le daban un paso elástico.

Al cabo de cierto tiempo supe con quién estaba tratando. No salió de él, porque solo hablaba de su pasado si yo le preguntaba.

Así pues, a los veintiséis años lo envió a Shanghái una agencia de prensa. Fundó un diario que sacaba dos ediciones, una francesa y otra china. Recurrieron a él como consejero en el Ministerio de Comunicaciones del gobierno de Chiang

Kai-shek

y corrió el rumor de que la señora de Chiang

Kai-shek

sucumbió al encanto del señor Henri Marignan. Pasó en China siete años.

Al regresar a Francia, publicó un libro de recuerdos: *Shanghái perdido*, del que puedo recitar de memoria páginas enteras. Describe en él la China de la década de los treinta, con su pulular de generales verdaderos y falsos, sus banqueros, sus cortejos fúnebres que pasan por las calles tocando *Viens Poupoule*, sus cantantes de trece años con voz de carraca y medias de color rosa con mariposas enormes bordadas, sus olores a opio y a podrido y la noche tibia y húmeda que llena de hongos el calzado y la ropa. El libro es un homenaje vibrante y nostálgico a Shanghái, la ciudad de su juventud. En el transcurso de los años siguientes, al guiarlo su afición por la intriga, tuvo tratos a un tiempo con las Brigadas Internacionales y con los hombres de la

Cagoule^[1].

Entre 1940 y 1945, llevó a cabo «misiones diplomáticas» entre París, Vichy y Lisboa. Deja de existir para el registro civil en Berlín, en abril de 1945. Ese era Henri Marignan.

Yo iba a buscarlo a la avenida de New-York

, al 52, creo, uno de los últimos edificios antes de llegar a los jardines de Le Trocadéro. El piso era de una tal «Geneviève Catelain», una mujer rubia muy distinguida y vaporosa con reflejos esmeralda en los ojos. Sentada junto a él en el sofá del salón, le decía cuando entraba yo:

—Aquí llega el señor Modiano, tu cómplice.

En varias ocasiones me citó en la avenida de

New-York

a eso de las diez de la noche. Y siempre había gente en el salón, como si fuera una fiesta o un cóctel. Geneviève Catelain iba de grupo en grupo; Marignan, en cambio, se quedaba aparte. En cuanto me veía, se me acercaba con el torso muy tieso y andando a saltitos.

—Vamos a tomar el aire —me decía.

Andábamos por París al azar. Una noche, me llevó a conocer el barrio chino de la estación de Lyon, cerca de la avenida de Daumesnil. Ahora, en vez de chinos, había árabes, pero quedaba aún, en el pasaje de Gatbois, un hotel que se llamaba Le Dragon Rouge. En la planta baja había un restaurante «chino». Subimos al primer piso. Una habitación grande de paredes tapizadas en terciopelo granate acolchado que en algunos sitios colgaba a jirones. Una bombilla iluminaba las tres ventanas de cristales sucios y el *parquet* grisáceo. Faltaban algunas tablas. En un rincón, unas sillas apiladas, un baúl y un aparador viejo. Usaban esa habitación de trastero.

—Se está cayendo a trozos —suspiró Marignan.

Me explicó que, durante la ocupación, era el único fumadero de opio de París. Había ido una noche con la actriz Luisa Ferida.

A veces dábamos un rodeo y nos llegábamos a La Pagode de la calle de Babylone o nos quedábamos parados delante de esa casa grande china de la calle de Courcelles, en la que una placa indica que la construyó en 1928 un tal Fernand Bloch. Deambulábamos por las salas de los museos Guimet y Cernuschi e íbamos incluso a dar una vuelta por Boulogne-Billancourt, a los jardines asiáticos de Albert Kahn. Marignan estaba pensativo.

Yo lo acompañaba de vuelta a la avenida de New-York

e intentaba saber qué vínculo lo unía a la misteriosa Geneviève.

—Una historia de amor muy, muy antigua —se franqueó conmigo una noche—. En los tiempos en que aún figuraba en el registro civil y no era un fantasma, como ahora. Ya sabe que fallecí en el año 45, ¿verdad?

¿Cómo se las había apañado para subsistir y que no lo reconocieran? Me explicó que el aspecto físico cambia a partir de los cuarenta años y que había ganado algo de dinero escribiendo cuentos para niños con el seudónimo de Uncle Ronnie. Los escribía en inglés y la serie «Uncle Ronnie' Stories» se vendía en Gran Bretaña e incluso en Estados Unidos. Y, además, era un poco corredor de obras de arte.

Pero el proyecto de ir a China ocupaba sus pensamientos. En plena calle, me preguntaba de repente:

—¿Cree que soportará el clima?

O:

—¿Está dispuesto a quedarse un año?

O:

—¿Está vacunado contra la difteria, Patrick?

Por fin, me contó el plan que tenía. Llevaba varios años recortando en los periódicos y las revistas fotos en que aparecían el ministro Chou

En-lai

y sus próximos en banquetes diplomáticos o recepciones de personalidades extranjeras. Incluso había visto una y otra vez cintas de actualidad realizadas durante el viaje a China del presidente de los Estados Unidos. A la izquierda de Chou

En-lai

, tan cerca que lo rozaba con el hombro, estaba siempre el mismo hombre sonriente. Y Marignan estaba seguro de haber conocido a ese hombre tiempo atrás en Shanghái.

Hablaba cada vez más deprisa, con la mirada absorta, como si intentase recuperar el perfil de un mundo desaparecido. En la avenida de Joffre, en la concesión francesa, está el restaurante Katchenko. Mesas con manteles azul cielo y en todas ellas lamparitas con pantallas verdes. El cónsul de Francia va con frecuencia. Y también Kenneth Cummings, el agente de cambio más rico de Shanghái. Hay que bajar unos cuantos escalones y se llega a la pista de baile. De la orquesta, en lo que dura la cena, rezuma una música suave. Los músicos son todos europeos, excepto el pianista, un chino que no aparenta más de dieciocho años. Ese era, Marignan habría puesto la mano en el fuego, el que aparecía junto a Chou

En-lai

. Por entonces se llamaba Roger

Fu-seng

. Hablaba francés de corrido porque había ido al colegio de los jesuitas. Marignan lo tenía por su mejor

amigo. Roger Fu trabajaba en el periódico y escribía artículos en chino o hacía de traductor. Tocaba en la orquesta del Katchenko hasta las doce y Marignan iba a buscarlo todas las noches. Fu tenía veinticinco años y era un muchacho exquisito. Le gustaba salir por ahí. Noches del Casanova, en la avenida de Édouard-VII, y del Ritz, en la calle Chu-Pao-San, entre las taxi-girls chinas y las rusas blancas de Harbin... Roger

Fu-seng

acababa siempre por sentarse al piano y desgranaba una melodía de Cole Porter. Fu era el Shanghái de aquellos años.

Había que volver a entrar en contacto con él a toda costa ahora que se había convertido en un acompañante habitual de Chou

En-lai

. Marignan llevaba años dándole vueltas pero siempre acababa renunciando a no mucho tardar por la dificultad de la empresa. Se alegraba de haber conocido a un «joven» como yo, que pudiera estimularlo. Tengo por costumbre, efectivamente, escuchar a la gente, compartir sus sueños y darles ánimos en sus ambiciosos proyectos.

Transcurrieron unas cuantas semanas y Marignan seguía llamando por teléfono sin parar en los cafés donde quedábamos. No me decía nada y, cuando me atrevía a preguntarle algo, me contestaba invariablemente:

—Vamos a dar con la «coyuntura».

Una tarde me citó en el muelle de

New-York

. Me abrió personalmente la puerta del piso y tiró de mí hasta el salón. Estábamos solos en aquella inmensa habitación blanca con cuatro puertas vidrieras que daban al Sena. Había más jarrones de flores que de costumbre. Ramos de orquídeas, de rosas y de iris y, al fondo del todo, un naranjo pequeño.

Me alargó uno de los cigarrillos de boquilla dorada que fumaba Geneviève Catelain y me explicó la situación. Según él no había sino un intercesor para restablecer el contacto con Roger

Fu-seng

: la embajada de China Popular en París. Bastaba con tener una entrevista con un miembro de la embajada —por muy subalterno que fuese— y abrirse a él con total sinceridad. Marignan pensaba que sus conocimientos más o menos correctos de la lengua china nos favorecerían. Ahora bien, era muy difícil entrar en relación con el personal diplomático de la avenida de George-V. Ciertamente que existían vínculos entre Francia y China, agrupaciones oficiales, una hermandad franco-china. Pero ¿cómo introducirse en esos círculos? Se había acordado entonces de George

Wo-heu

, un muchacho agudo y versátil que trabajaba en el Shanghai Commercial and Saving Bank cuando ambos eran jóvenes y le había conseguido fondos de diversos comanditarios para fundar su periódico.

Wo-heu

llevaba treinta años establecido en París y ejercía la profesión de diamantista.

Lo estábamos esperando.

Se nos acercaba deslizándose, transportado por unos invisibles patines. Marignan me lo presentó y

Wo-heu

me obsequió con una sonrisa que le hendía la cara hasta las sienes. Aunque fuera bajo y corpulento, parecía muy flexible. Tenía cara de luna y el pelo, plateado, peinado hacia atrás. El traje gris oscuro y de rayas era de un corte inmejorable. Se sentó en el sofá frotándose las manos de uñas esmaltadas.

—¿Qué tal, Totó? —le espetó a Marignan.

Este carraspeó.

—¿Qué novedades hay, Totó?

Tenía una voz melodiosa.

Marignan le explicó en el acto que estábamos proyectando un viaje a China y que era preciso que entrásemos en contacto lo antes posible con la embajada de China Popular. ¿Tenía por casualidad algún «enchufe»?

Wo-heu soltó una carcajada que le hendió la cara casi hasta la frente.

—¿Y para eso me has hecho venir?

Sacó un cigarrillo de una petaca de cuero que cerró con ademán nervioso. Se arrellanó en el sofá. Ahí, enfrente de nosotros, tan liso y tan relleno, parecía salir de un baño perfumado. Por lo demás, olía a Penhaligon's

.

Se había puesto serio de repente. Fruncía el ceño.

—Pues sí, claro, conozco a gente de la embajada de China Popular, Totó. Pero... pero... —y dejaba la frase en el aire, como si quisiera tenerlos en vilo— pero va a ser difícil hablarles de ti.

Me extrañaba que Marignan no aludiese en absoluto a Roger

Fu-seng

, pero sus razones tendría.

—Me bastaría con ver a cualquier subsecretario.

Wo-heu no se tragaba el humo y lo expulsaba de golpe. En todas esas ocasiones, una nube compacta le tapaba la cara.

—Por supuesto —dijo—. Pero China Popular no tiene nada que ver con la China que conocimos nosotros. ¿Entiendes, Totó mío?

—Sí... —dijo Marignan.

—Tengo relación con un agregado comercial —dijo

Wo-heu

mirando hacia las ventanas y al fondo de la habitación, como si fuera siguiendo el vuelo de una mariposa—.

Pero ¿por qué quieres volver?

Marignan no contestaba.

—No vas a reconocer nada, Totó mío.

La penumbra se iba adentrando poco a poco en la habitación. Marignan no encendía las lámparas. Los dos se habían callado. George

Wo-heu

cerraba los ojos, a Marignan le cruzaba la mejilla derecha una arruga. El ruido de una puerta al cerrarse.

Una silueta de tono pastel: Geneviève Catelain.

—¿Por qué estáis a oscuras? —preguntó.

Wo-heu se había puesto en pie de un brinco y le besaba la mano.

—George Wo... Qué sorpresa más agradable...

Acompañamos a Wo hasta una parada de taxi en la avenida de Iéna.

—Ya os llamaré —nos dijo—. Paciencia. Mucha paciencia.

Marignan y yo teníamos la impresión de haber dado un paso decisivo.

Esperábamos las llamadas telefónicas de George

Wo-heu

en la avenida de

New-York

, en el cuarto de Marignan. Se llegaba subiendo unas escaleritas que nacían en el vestíbulo del piso. En la mesilla de noche, una foto de Geneviève Catelain a los veinte años, con el cutis terso y la mirada más luminosa que de costumbre. Llevaba en la cabeza un casco de aviadora del que asomaba un mechón rubio. Marignan me explicó que tiempo atrás había batido récords mundiales en unos «cacharros viejos inconcebibles». Yo estaba enamorado de ella.

George

Wo-heu

llamaba más o menos a última hora de la tarde, pero igual podía ser a las siete que a las diez de la noche. Para engañar la impaciencia y la ansiedad, Marignan me dictaba notas mientras consultaba una guía de teléfonos vieja de Shanghái.

C. T. WANG 90 rue Amiral-Courbet

09 12 14

.

JEWISH SYNAGOGUE «

BE

TH-EL

» 24 Foochow Road.

D. HARDIVILLIERS 2 Bubbling Well Road

07 09 01

.

VENUS 3 Setchouen Road

10 41 62

•
DE RUFFÉ
D'AUXION
20 Zeng wou Tseng
01 41 28

•
ÉTABLISSEMENTS SASSOON Soochow Creck
78 20 11

•
GRANDS MAGASINS SINCÈRE Nanking Road
40 33 17

•
Un timbrazo. No descolgábamos antes de estar completamente seguros de que era el teléfono efectivamente. Marignan lo cogía y yo usaba el auricular. Siempre se cruzaban las mismas frases:

—¿Diga? ¿George Wo? —decía Marignan con voz átona.

—¿Qué tal, Henri?

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien.

Unos segundos de silencio.

—¿Alguna novedad, Wo? —preguntaba Marignan con voz falsamente jovial.

—Estoy buscando contactos.

—¿Y qué?

—El asunto sigue su curso, Totó mío. Ten un poco más de paciencia.

—¿Hasta cuándo, George?

—Ya te volveré a llamar. Adiós, Henri.

—Adiós, Wo.

Colgaba. Y siempre nos sentíamos muy decepcionados.

Desde el amplio salón nos llegaba un zumbido de conversaciones. Había visitantes, como de costumbre. Geneviève Catelain nos saludaba con una seña. Nos acercábamos a ella cruzando entre los grupitos de invitados, pero no hablábamos con nadie. Salía a despedirnos.

—Hasta luego, Henri —le decía a Marignan—. No vuelvas muy tarde.

Se quedaba en el umbral de la puerta, rubia y cargada de una misteriosa electricidad que a mí sí que me inmutaba.

Empezaba la noche. Con frecuencia nos encontrábamos con George
Wo-heu

e íbamos a cenar los tres a La Calavados, un restaurante nostálgico de la avenida de Pierre
1^{er}

de Serbie donde nos quedábamos con él hasta las dos de la mañana. Esta prueba nos dejaba los nervios de punta. No servía de nada, efectivamente, hacerle una pregunta directa sobre los contactos que había establecido o no había establecido para nosotros en la embajada. Eludía las respuestas cambiando de conversación o haciendo un comentario de orden general, como, por ejemplo: «Las embajadas son como las liebres. Hay que acercarse a ellas despacio para no asustarlas, ¿verdad que sí, Totó?». La sonrisa le hendía la cara. Marignan nunca lo atacaba de frente y operaba con alusiones sutiles e incisos solapados. George
Wo-heu

los esquivaba uno a uno. Exhausto, Marignan acababa por decirle: «¿Tú crees que, pese a todo, podremos ver por fin a alguien de la embajada?». A lo que

Wo-heu

contestaba invariablemente: «Ya sabes que China es una larga paciencia, Totó mío, y que hay que merecérsela». Le daba una calada al cigarrillo, soplaba acto seguido y le desaparecía la cara tras una pantalla de humo.

Antes de separarnos, nos decía:

—Os llamo mañana. A lo mejor hay alguna novedad. Adiós.

Entonces, Marignan y yo, para recobrar la esperanza y los ánimos, nos bebíamos la última copa en la sala ya desierta de La Calavados. ¿Cómo reaccionaría Roger

Fu-seng

cuando se enterase de que su viejo amigo Henri, de *Le Journal de Shanghai*, quería volver a verlo? No podía haberlo olvidado. Era imposible.

No tardaría en haber una conexión entre Francia y China que cruzase los kilómetros y los años. Pero Wo-heu

tenía razón seguramente y no había que andarse con precipitaciones. Podía romperse ese hilo de la virgen.

En la avenida de
New-York

, delante del portal del edificio, Marignan me daba un apretón de mano:

—Ni palabra de todo esto de China a Geneviève, ¿eh, muchacho? Cuento con usted. Hasta mañana. No se preocupe. Ya estamos cerca de la meta.

Me volvía a mi habitacioncita de la glorieta de Graisivaudan. Me ponía de codos en la ventana. ¿Por qué quería irse a China Marignan? Con la esperanza de recuperar su juventud, me decía. ¿Y yo? Era la otra punta del mundo. Me convencía a mí mismo de que allí estaban mis raíces, mi hogar, mi terruño, todas esas cosas que echaba de menos.

El teléfono sonaba y, en contra de la promesa de nuestro intercesor, nunca había ninguna novedad. Nos pasábamos ahora los días esperando en un café de la avenida de
New-York

, al lado de la casa. George

Wo-heu

iba allí a vernos.

Marignan bebía licores dulces y bebía mucho; y yo caía en la costumbre de imitarlo. A los sesenta años, parecía mucho más resistente que yo. Era a medias de Brie y a medias de Beauce y en lo físico seguía siendo tardo y sólido como un campesino. Salvo en la mirada, por supuesto, que delataba un deterioro interior.

Me hablaba de los campos de lotos de Suchow. Por las mañanas, muy temprano, cruzaríamos el lago en una barca y veríamos los lotos abrirse al salir el sol.

Pasaban los días. No salíamos ya de ese café. Dejábamos que se adueñase de nosotros algo así como un abatimiento. Pasábamos aún por momentos de esperanza y de euforia, convencidos de que nos iríamos. Pero las estaciones iban cambiando. No tardó en rodearnos nada más que una niebla suave por la que cruzaba la silueta cada vez más difuminada de George Wo.

III

La calle de Léon-Vaudoyer y otras cuantas callecitas todas iguales forman un enclave impreciso entre dos distritos municipales. A mano derecha empieza el aristocrático distrito VII; a mano izquierda, Grenelle, la Escuela Militar y, tiempo ha, el barullo de las cervecerías de soldados de La Motte-Picquet.

Mi abuela vivió en esa calle de Léon-Vaudoyer. ¿En qué época? Durante la década de los treinta, creo. ¿En qué número? No lo sé, pero todos los edificios de la calle de Léon-Vaudoyer los construyeron según el mismo modelo allá por 1900, de forma tal que los mismos portales, las mismas ventanas, los mismos voladizos de los balcones forman a ambos lados una fachada monótona de un extremo a otro de la calle. En el espacio abierto, al final, se ve la Torre Eiffel. En el primer edificio que hay a la derecha una placa indica: «Propiedad de los Rentiers de l'avenir»^[2].

A lo mejor vivía ahí. No sé casi nada de ella. No sé qué cara tenía pues todas las fotos —si las hubo— han desaparecido. Era hija de un tapicero de Filadelfia. En cuanto a mi abuelo, pasó la infancia y parte de la juventud en Alejandría antes de irse a Venezuela. ¿Por qué azar se conocieron en París y fue ella a dar, al final de su vida, a la calle de Léon-Vaudoyer?

He recorrido, a mi vez, el camino que tenía que hacer ella para volver a casa. Era una tarde soleada de octubre. Anduve por todas las calles colindantes: calle de César-Frank, calle de Albert-de-Lapparent, calle de José-María-de-Heredia... ¿En qué comercios solía comprar? Hay una tienda de ultramarinos en la calle de César-Frank. ¿Existía ya? En la calle Valentin-Haüy, un restaurante antiguo tiene aún en la cristalería este letrero que forma un arco de círculo: «Vinos y licores». ¿La llevaron allí una noche sus dos hijos?

Me metí por la calle de Léon-Vaudoyer, primero desde la avenida de Saxe y, luego, por la calle de Pérignon, parándome en todos los portales de los edificios. En la caja de las escaleras, ascensores todos iguales; y uno de esos era el que cogía ella. Había debido de vivir tardes que terminaban apaciblemente, como esta, cuando volvía a casa bajo este mismo sol y por esta misma acera. Y todo el mundo echaba al olvido la guerra que se acercaba.

En la esquina de la avenida de Saxe, le eché una última mirada a la calle de Léon-Vaudoyer. Una calle sin encanto, sin árboles, como las hay por decenas en las lindes de los barrios burgueses de París. Muy cerca, en la avenida de Saxe, entré en una librería antigua. ¿Venía ella aquí a veces a comprar una novela? Claro que no, la librera me dijo que solo llevaba allí quince años y que antes en ese mismo local había una modista. Las tiendas cambian de dueños. Eso es el comercio. Acabamos por no tener muy claro el sitio exacto en que estaban las cosas. Así fue como en 1917, cuando los cañones Bertha amenazaban París, mi abuela se llevó a sus hijos por la zona de Enghien, a casa de un pariente suyo, un tal James Levy. Vinieron a buscarlo un día y nadie volvió a verlo nunca. Mi abuela investigó, escribió a la policía nacional y al Ministerio del Ejército. No consiguió nada. Llegó a la conclusión de que habían fusilado a James Levy por equivocación, como espía alemán.

Yo también quise saber más, pero aún no he encontrado ni el menor rastro, ni la mínima prueba del paso por el mundo de James Levy. Consulté, incluso, algunos archivos en el ayuntamiento de Enghien. Pero, por cierto, ¿era en realidad la zona de Enghien?

IV

A los dieciocho años, mi madre inició una carrera cinematográfica en Amberes, su ciudad natal. Hasta ese momento había trabajado en la Compañía del Gas y asistido a clases de dicción, pero cuando construyeron un estudio en la Pyckestraat, por iniciativa de un tal Jan Vanderheyden, se presentó y la contrataron.

Se formó enseguida un equipo en torno a Vanderheyden, quien recurrió siempre a los mismos actores y a los mismos técnicos. Se ocupaba al mismo tiempo de la producción y de la dirección y rodaba sus películas en un tiempo récord. El estudio de la Pyckestraat era una auténtica colmena, tanto que los periodistas lo llamaron: «De Antwerpche Hollywood», lo que significa: «El Hollywood antuerpiense».

Mi madre fue la jovencísima estrella de cuatro películas de Vanderheyden. Rodó las dos primeras: *Este hombre es un ángel* y *Janssens contra Peeters* a lo largo del año 1939. Las dos siguientes: *Janssens y Peeters se reconcilian* y *Buena suerte, Monique*, son de 1941. Tres de esas películas son comedias populares que transcurren en Amberes y hacen de Vanderheyden —como escribió un crítico de por entonces— un «Pagnol de las orillas del Escalda». La cuarta, *Buena suerte, Monique*, es una comedia musical.

Entretanto la compañía productora de Vanderheyden había pasado a estar bajo control alemán y enviaron a mi madre unas cuantas semanas a Berlín, donde actuó en un papelito en *Bel Ami* de Willi Forst.

Ese mismo año, 1939, firmó también un compromiso con el Empire Theater de Amberes, donde era, por turnos, «corista» y «maniquí». De junio a diciembre estuvo en cartel en el Empire una adaptación de *No, No, Nanette* en que actuaba mi madre. Luego, a partir de enero de 1940, participó en una revista «de actualidad» que se llamaba *Mañana todo irá mejor*. Era la figura central en el cuadro final. Mientras las coristas bailaban con paraguas «Chamberlain», se veía a mi madre elevarse por los aires en una barquilla con la cabeza rodeada de rayos de oro. Subía y subía y el chaparrón se paraba y los paraguas se cerraban. Era la imagen del sol que salía y disipaba con su luz todas las tinieblas del año 1940. Desde su barquilla, mamá saludaba al público y la orquesta tocaba un popurrí. Caía el telón. Todos los días, los maquinistas, para gastarle una broma, la dejaban abandonada en la barquilla, en las alturas, a oscuras.

Vivía en el primer piso de una casita próxima al muelle de Van-Dyck

. Una de las ventanas daba al Escalda y a la terraza del paseo lateral, con el café grande en la punta. El Empire Theater, donde todas las noches se maquillaba en su camerino. El edificio de Aduanas. El barrio del puerto y las dársenas. La veo cruzando la avenida mientras pasa, traqueteando, un tranvía y la bruma acaba por tragarse sus luces amarillas. Es de noche. Se oyen las llamadas de los vapores.

El encargado del vestuario del Empire le había cogido cariño a mi madre y quería ser agente suyo. Un hombre carrillado con gafas gruesas de concha, que hablaba con una voz muy despaciosa. Pero, por las noches, en una sala de fiestas para marineros del barrio griego, tenía un número en que cantaba vestido de *Madame Butterfly*. Según él, las películas de Vanderheyden, por muy deliciosas que fueran y por muchas que rodasen, no garantizaban que una actriz joven hiciera carrera. Había que apuntar más alto, chiquilla. Y, precisamente, él conocía a productores importantes que estaban a punto de rodar una película, pero todavía estaban buscando a una joven para el segundo papel. Les presentó a mi madre.

Se trataba de un tal Félix Openfeld y de su padre, a quien llamaban Openfeld *Senior*. Este, corredor de piedras preciosas en Berlín, se había replegado a Amberes cuando Hitler tomó el poder en Alemania y empezó a pesar una amenaza sobre las empresas judías. Por su parte, el hijo, primero director de producción de la compañía cinematográfica alemana Terra-Film, había trabajado luego en los Estados Unidos.

Mi madre les gustó. Ni siquiera le pidieron que hiciese una prueba, pero le rogaron que interpretase una escena del guión allí mismo, delante de ellos. Tenía título: *Swimmers and Detectives (Nadadoras y detectives)*, y se lo habían escrito a medida de la joven campeona de natación olímpica holandesa Willy den Ouden, que quería debutar en el cine. Por lo que me dijo mi madre, la trama policiaca bastante deshilvanada del guión era el pretexto para zambullidas y *ballets* acuáticos. Mi madre interpretaba el papel de la mejor amiga de Willy den Ouden.

He encontrado el contrato que firmó en esa ocasión. Dos páginas de un papel azul cielo muy grueso y con filigrana, con el membrete de Openfeld-Films. La O de Openfeld es de gran tamaño, con una voluta

elegante y trazos gruesos y finos. Dentro de la O una puerta de Brandeburgo en miniatura, de grabado lineal. Supongo que está ahí para recordar los orígenes berlineses de ambos productores.

Se dispone en él que mi futura mamá cobrará un tanto alzado de 75 000 francos belgas abonado en varios pagos, al principio de todas las semanas de rodaje. Y ambas partes acuerdan que ese salario no podrá experimentar cambio alguno, ni hacia arriba ni hacia abajo, hasta que expire el contrato o, eventualmente, se prolongue. Queda también claramente especificado que hay que considerar el tiempo de maquillaje y el de vestuario como trabajo de preparación y no como trabajo efectivo.

En la parte de abajo de la hoja, la firma de letra esmerada de mi madre. Y la de Félix Openfeld, con letra muy nerviosa. Y la tercera firma, aún más apresurada y plumeada, bajo la que habían escrito a máquina: Mr Openfeld *Senior*.

El contrato lleva fecha de 21 de abril de 1940.

Esa noche invitaron a mi madre a cenar. El encargado del vestuario participaba en la celebración y también el guionista, Henri Putmann, cuya nacionalidad nadie tenía clara: ¿belga?, ¿inglés?, ¿alemán? Willy den Ouden debía asistir para conocer a mi madre, pero tuvo un impedimento de última hora. Una cena muy animada. Los dos Openfeld —sobre todo Félix— tenían esa cortesía, tiesa y festiva a un tiempo, típicamente berlinesa—. Félix Openfeld era optimista respecto a la película. Una compañía norteamericana se estaba ya interesando por ella. Con el tiempo que llevaba él intentando convencerlos de llevar a la pantalla comedias policiacas «deportivas»... Durante la cena hicieron una foto, que tengo aquí, encima de mi escritorio. El hombre del pelo negro y reluciente, peinado hacia atrás, con un bigote muy fino y unas manos hermosas: Félix Openfeld. Los dos gruesos, algo más atrás: Putmann y el encargado del vestuario. El viejo con cara de comadreja, pero con ojos de óvalo magnífico: Openfeld *Senior*. Para terminar, la joven que se parece a Vivien Leigh es mi madre.

Al principio de la película tenía que actuar sola en una secuencia. Cantaba mientras ordenaba su cuarto y contestaba al teléfono. Félix Openfeld, a cuyo cargo estaba la dirección, había decidido seguir el orden cronológico de la historia.

El primer día de rodaje estaba fijado para el viernes 10 de mayo de 1940 en los estudios Sonor de Bruselas. Mi madre tenía que estar allí a las diez y media de la mañana. Como vivía en Amberes, iba a coger el tren muy temprano.

La víspera le pagaron un adelanto de su salario con el que se compró un bonito neceser de cuero y productos de belleza de Elizabeth Arden. Volvió a su casa a media tarde, ensayó algo más su papel y se fue a la cama.

A eso de las cuatro de la mañana la despertó lo que al principio tomó por un trueno. Pero era aún más escandaloso, un bramido sordo y prolongado. Pasaban ambulancias por el muelle de Van-Dyck

, la gente se asomaba a la ventana. Ululaban sirenas por toda la ciudad. Su vecina de rellano le explicó, temblorosa, que la aviación alemana estaba bombardeando el puerto. Hubo una tregua y mi madre se volvió a dormir. A las siete sonó el despertador. Sin perder tiempo, se fue a esperar el tranvía a la placita con el neceser en la mano. El tranvía no llegaba. Pasaban grupos de personas hablando en voz baja.

Por fin encontró un taxi y durante todo el trayecto hasta la estación el taxista fue repitiendo, como una antífona: «Lo llevamos claro..., lo llevamos claro..., lo llevamos claro...».

Había un gentío en el vestíbulo de la estación y a mi madre le costó mucho abrirse paso hasta el andén del que salía el tren de Bruselas. Todo el mundo rodeaba al revisor y le hacía preguntas: No, el tren no iba a salir. Estaba esperando instrucciones. Y la misma frase volvía a todos los labios: «Los alemanes han cruzado la frontera... Los alemanes han cruzado la frontera...».

Por la radio, en las noticias de las seis y media, el locutor había anunciado que la Wehrmacht acababa de invadir Bélgica, Holanda y Luxemburgo.

Mi madre notó que alguien le tocaba el brazo. Se volvió: Openfeld *Senior*, con un sombrero de fieltro negro. Iba mal afeitado, la cara de comadreja le había encogido hasta quedarse en la mitad y los ojos se le abrían de forma desmesurada. Dos ojos azules inmensos en una cabeza diminuta, de esas que coleccionaban los indios jíbaros. Tiró de ella para salir de la estación.

—Tenemos que reunirnos con Félix en los estudios..., en Bruselas..., coger un taxi..., pronto..., un... taxi...

Se tragaba la mitad de las palabras.

Los taxistas no querían aceptar una carrera tan larga porque tenían miedo de los bombardeos. Openfeld *Senior* consiguió convencer a uno con un billete de cien francos. En el taxi, Openfeld *Senior* le dijo a mi madre:

—Pagaremos la carrera a medias.

Mi madre le explicó que solo había cogido veinte francos.

—Da igual. Ya haremos cuentas en el estudio.

Durante el trayecto, no habló mucho. Miraba de vez en cuando una libreta de direcciones y se hurgaba febrilmente en los bolsillos del gabán y de la chaqueta:

—¿Es todo el equipaje que lleva? —le dijo a mi madre, señalando el neceser de cuero que tenía en las rodillas.

—¿Cómo que equipaje?

—Disculpe... Disculpe..., es verdad..., usted se queda aquí...

Susurraba frases inaudibles. Se volvió hacia mi madre:

—Nunca habría podido imaginarme que no iban a respetar la neutralidad belga...

Recalcaba las sílabas de: neu-tra-li-dad-bel-ga. Seguramente esas dos palabras habían representado para él hasta ese día una vaga esperanza y había debido de repetirlas con frecuencia, sin creérselas pero con mucha buena voluntad. Ahora se habían ido al garete con todo lo demás. Neutralidad belga.

El taxi entró en Bruselas y pasaron por la avenida de Tervueren donde unos cuantos edificios todavía ardían. Unos equipos de bomberos revolvían entre los escombros. El taxista preguntó qué había pasado. Había habido un bombardeo alrededor de las ocho.

En el patio del estudio Sonor una camioneta y un coche grande descapotable, cargado de equipaje, estaban esperando. Cuando Openfeld *Senior* y mi madre entraron en el estudio B, Félix Openfeld estaba dando instrucciones a unos cuantos técnicos, que guardaban las cámaras y los proyectores.

—Nos vamos a América —le dijo Félix Openfeld a mi madre con voz firme.

Ella se sentó en un taburete. Openfeld *Senior* le estaba alargando una pitillera.

—¿No quiere venirse con nosotros? Intentaremos rodar la película allí.

—Para usted no son un problema las fronteras —dijo Félix Openfeld—. Tiene pasaporte.

Tenían intención de llegar lo antes posible a Lisboa pasando por España. Félix Openfeld había conseguido documentación merced al cónsul de Portugal, que era un gran amigo suyo, según decía.

—Los alemanes estarán en París mañana y en Londres dentro de quince días —declaró Openfeld *Senior*, moviendo la cabeza.

Cargaron el material cinematográfico en la camioneta. Lo hacían entre tres, los dos Openfeld y Grunebaum, un antiguo cámara de la Tobis que, aunque judío, era el doble exacto de Guillermo II. Mi madre lo conocía porque había querido hacerle la semana anterior una prueba de luz para los primeros planos. Grunebaum se puso al volante de la camioneta.

—Vaya siguiéndome, Marc —le dijo Félix Openfeld.

Se subió al coche descapotable. Mi madre y Openfeld *Senior* se instalaron, apretándose, en el asiento delantero, junto a él. El asiento trasero iba atestado con varias maletas y un baúl armario.

Los técnicos del estudio les desearon buen viaje. Félix Openfeld conducía bastante deprisa. La camioneta iba detrás.

—Intentaremos rodar la película en América —repetía Openfeld *Senior*.

Mi madre no contestaba nada. Se sentía algo aturdida con todos aquellos sucesos.

En la plaza de Brouckère, Félix Openfeld aparcó el coche delante del hotel Métropole. La camioneta se detuvo también.

—Esperen..., vuelvo enseguida...

Entró corriendo en el hotel. Al cabo de unos minutos, volvió con dos botellas de agua mineral y una bolsa grande.

—He cogido bocadillos para el camino.

Estaba a punto de arrancar cuando mi madre se bajó a toda prisa del coche.

—Tengo... que... quedarme —dijo.

Los dos hombres la miraban con una sonrisa imprecisa. No le dijeron ni una palabra para que se fuera con ellos. Seguramente pensaron que ella no corría ningún peligro. En el fondo, no había razón alguna para que se marchara. Sus padres la estaban esperando en Amberes. La camioneta fue la primera en arrancar. Los dos Openfeld dijeron adiós con los brazos. También mi madre se despedía con el brazo. Félix Openfeld arrancó bruscamente. ¿O fue una ráfaga de viento? A Openfeld *Senior* se le voló el sombrero de fieltro, que rodó por la acera. Qué se le va a hacer. No podían perder ni un segundo.

Mi madre recogió el sombrero y anduvo un poco, al azar.

Delante del edificio de las cuentas corrientes postales había una cola interminable de hombres y mujeres que querían retirar su dinero. Fue por la avenida de Le Nord hasta la estación. Allí el mismo barullo, el

mismo gentío aturdido que en la estación de Amberes. Un maletero le dijo que saldría un tren a eso de las tres para Amberes, pero que existía el riesgo de que llegase a su destino muy entrada ya la noche.

En la cantina de la estación, se sentó en un rincón. Había gente que iba, venía, salía; algunos hombres iban ya de uniforme. Oía decir a su alrededor que habían decretado la movilización general a eso de las nueve. Una radio, al fondo del local, emitía partes de noticias. Habían bombardeado otra vez el puerto de Amberes. Las tropas francesas acababan de cruzar la frontera. Los alemanes ya habían ocupado Rotterdam. En cuclillas, a su lado, una mujer le ataba los cordones de los zapatos a un niño. Algunos viajeros se peleaban por una taza de café; otros se empujaban; otros, sin resuello, tiraban de unas maletas.

Había que esperar al tren hasta las tres. Le empezaba a doler un poco la cabeza. Se dio cuenta de pronto de que había perdido el neceser donde llevaba los productos de belleza de Elizabeth Arden y el guión. A lo mejor se lo había dejado en el estudio Sonor o en el coche. Lo que seguía llevando en la mano, sin darse cuenta, era el sombrero de fieltro negro y de ala doblada de Openfeld *Senior*.

V

Aquel invierno yo tenía quince años y mi padre y yo cogimos el tren de las siete y cuarto de la tarde en la estación de Lyon. Habíamos dedicado la tarde a diferentes compras. Para él una gabardina y unos chanclos; un pantalón y una gorra de montar para mí.

No había más viajeros en el compartimiento y, cuando arrancó el tren, noté un peso en el pecho. Miraba por la ventanilla el paisaje de vías, de torres de control y de vagones parados. Pasó la estación de mercancías; luego, la estación de aduanas con su campanario; y los edificios pequeños y tristes de la calle de Coriolis, donde dos siluetas se recortaban como sombras chinescas en la luz de una ventana. Y tras esto ya habíamos dejado atrás París.

Mi padre, después de calarse las gafas bifocales, se engolfó en la lectura de una revista. Yo no apartaba la frente del cristal de la ventanilla. El tren pasaba como una tromba por las estaciones de los suburbios. Después de dejar atrás Maisons-Alfort, ya no podía leer los nombres en los letreros luminosos. Empezaba el campo. Había caído la noche, pero no era algo que alterase a mi padre, que seguía leyendo la revista y chupando unas pastillitas redondas y verdes.

Una lluvia tan fina que no me había llamado la atención arañaba el cristal oscuro. La bombilla del compartimiento se apagaba por momentos, pero volvía a encenderse en el acto. Hubo una bajada de tensión y la luz que nos envolvía era de un amarillo polvoriento.

Habríamos debido hablar, pero no teníamos gran cosa que decirnos. De vez en cuando mi padre abría la boca y pescaba al vuelo una pastilla que había lanzado al aire dándole una toba con el índice. Se levantó, cogió la cartera negra vieja y sacó una carpeta cuyas hojas pasaba despacio. Y subrayaba algunas líneas a lápiz.

—Es una lástima que no hayamos encontrado un par de botas de tu número —dijo pensativamente mi padre, alzando la cabeza de la carpeta.

—...

—Pero Reynolde te prestará unas.

—...

—¿Y el pantalón de montar? ¿Crees que te estará bien?

—Sí, papá.

De aquella cartera negra vieja, colocada de plano en las rodillas, no se separaba nunca; y el expediente que estaba estudiando lo había cogido seguramente para enseñárselo a Reynolde. ¿Qué vínculos tenía exactamente con Reynolde? Yo había asistido a varios de sus encuentros en el vestíbulo del Claridge. Intercambiaban expedientes o se enseñaban documentos fotocopiados a los que echaban una firma tras largos debates. Aparentemente, Reynolde era un hombre retorcido de quien mi padre no se fiaba. A veces mi padre iba al domicilio de Reynolde, un palacete pequeño en la calle de Christophe-Colomb, cerca de Les Champs-Élysées. Yo lo esperaba paseando arriba y abajo por la avenida de Marceau. Cuando volvía estaba de mal humor. La última vez, me dio una palmada en el hombro diciendo esta frase misteriosa:

—A partir de ahora, Reynolde no se va ni a enterar de por dónde le da «the wind». Lo obligaré a cumplir todos sus compromisos.

Y, en plena calle, abría una carpeta, contaba las hojas una por una, comprobaba las firmas.

Mi padre se levantó y volvió a colocar la cartera negra en la redecilla del portaequipajes. Unos minutos de parada en la estación de Orléans. Pasaba un empleado con una caja de bocadillos y bebidas. Cogimos dos Oranginas. El tren volvió a arrancar. Ráfagas de lluvia golpeaban el cristal de la ventanilla y me daba miedo que se rompiera. El temor se iba adueñando poco a poco de mí. El tren corría a una velocidad tremenda. ¿Hasta cuándo? Me esforzaba en no perder la sangre fría. Estábamos uno enfrente del otro, bebiendo cada cual su botella de Orangina con una pajita. Como en verano en una playa.

Y yo pensaba que a esa misma hora habríamos podido andar deambulando por los bulevares y sentarnos en la terraza del Café Viel... Habríamos mirado pasar a la gente o nos habríamos metido en un cine en vez estar adentrándonos, bajo la lluvia, en regiones desconocidas. Yo tenía la culpa de todo. Reynolde llevaba con frecuencia una chaqueta impermeable de montar, eso que los ingleses llaman *riding coat*. Una tarde le pregunté si montaba a caballo... En el acto hizo gala de profusión inagotable y de entusiasmo y tuve que reconocer que yo tenía algunas nociones del tema ya que a los once años iba habitualmente a un picadero.

Reynolde se volvió hacia mi padre y nos propuso que fuéramos a pasar un «weekend» a su finca de Sologne, donde se montaba mucho a caballo. Se montaba muchísimo. Una buena ocasión para mí de volver a hacerlo.

—Gracias, señor Reynolde.

Y mi padre, cuando volvimos a casa, me explicó que era necesario que Reynolde nos invitase a Sologne a toda costa. Allí a lo mejor consentía Reynolde en firmar unas cuantas «cosas importantes». De mí dependía que volvieran a salir lo antes posible en la conversación los deportes ecuestres y que convenciera a Reynolde de que el sueño de mi vida eran los caballos.

Eran cerca de las nueve y acabábamos de salir de Ozoir-le-Vicomte. Según las indicaciones de Reynolde, teníamos que bajarnos en la parada siguiente. Mi padre parecía algo nervioso. Se miraba la cara en el espejo, se peinaba, se ajustaba la corbata y hacía unos cuantos movimientos con los brazos para ablandar la chaqueta nueva de *tweed*: era color hoja seca y le abultaban demasiado las hombreras. Me pidió que le ayudase a ponerse la gabardina nueva. Apenas si podía meterse las mangas, porque la chaqueta de *tweed* estorbaba mucho. Cuando se puso la gabardina, tenía espaldas y dimensiones de gladiador. El forro de lana de la Burberrys encima de la chaqueta lo dejaba aún más envarado. Apenas si conseguía levantar el brazo hacia la cartera negra.

Estábamos esperando en el pasillo del vagón. El tren se paró con un chirrido y mi padre torció el gesto. Bajamos al andén. Había dejado de llover. Un único farol, enfrente, a unos veinte metros, y allá, al fondo del todo, una puerta vidriera iluminada nos hicieron las veces de puntos de referencia. Papá iba muy tieso y le costaba andar, como si fuese metido en una armadura. Llevaba en la mano la cartera negra. Y yo, nuestras dos bolsas de viaje.

La estacioncita de Breteuil-l'Étang

parecía abandonada. En el centro del vestíbulo, bajo la luz blanca del tubo de neón, Reynolde nos estaba esperando en compañía de un joven que vestía pantalón de montar. Mi padre le dio la mano a Reynolde y él nos presentó al joven. Tenía un apellido que llevaba un «de» delante y tenía que ver con la construcción del Canal de Suez y se llamaba Jean-Gérard. Yo también les di la mano y me entró algo así como una arcada ante la presencia de Reynolde. Aquel sombrero de fieltro gris, aquel bigote, aquella voz cálida y aquel aroma a agua de colonia me habían causado siempre un hondo abatimiento.

Mi padre y yo nos subimos al asiento de atrás del Renault mientras el joven se ponía al volante y Reynolde se sentaba a su lado.

—¿Qué? ¿Muy cansado? —le preguntó Reynolde a mi padre con su hermosa voz grave.

—No, Henri, en absoluto.

Me extrañaba que lo llamase por el nombre. «Jean-Gérard» arrancó de forma muy brusca y mi padre se me cayó encima. Tuve que empujarlo para que volviera a la posición inicial. Estaba visto que esa gabardina lo paralizaba como una colada de plomo.

Habíamos tomado una carretera bastante ancha y los faros del Renault revelaban árboles a ambos lados.

—Estamos pasando por el bosque de Sézannes —nos dijo Reynolde con tono de complicidad.

«Jean-Gérard» pisaba cada vez más el acelerador.

—He perdido la costumbre de conducir estos cacharros que son tan poca cosa —dijo—. Unas auténticas porquerías.

—Jean-Gé, ¿les contó a Montaignac y a Chevert lo que pasó anoche? —dijo Reynolde con una risita ahogada.

—Todavía no.

Y los dos soltaban una carcajada. No nos explicaban el porqué de su hilaridad, pero parecían disfrutar hasta cierto punto —al menos Reynolde— al excluirnos de la conversación.

—¡Estoy viendo la cara que pondría Chevert! ¡Con todas las ilusiones que se hace con Monique!

—Qué candidez más enternecedora, ¿verdad?

—Es un paleta de Isla Mauricio...

Y seguían hablando de personas a las que no conocíamos con risas guturales.

Jean-Gé

seguía acelerando. Soltó el volante y se sacó un cigarrillo del bolsillo. Lo encendió con mucha calma. Cerré los ojos. Mi padre me apretó el brazo. Me entraron ganas de preguntarle a Reynolde si podía volver a llevarnos a la estación. Y en el acto. Cogeríamos el primer tren para París. Aquí no pintábamos nada. Me callé para no ofender a mi padre ni comprometer sus planes.

—¿Y su tía? —preguntó Reynolde—. ¿Va a venir el domingo?

—Con mi querida tía no hay manera de saber nada de antemano —contestó
Jean-Gé

—La adoro —dijo Reynolde con voz afectada—. Daisy es una mujer admirable.
El Renault se estaba metiendo por una carreterita comarcal.
—Enseguida llegamos —dijo Reynolde, volviéndose hacia mi padre—. Es la primera vez que vienen a La Ménandière.

—Habrá que celebrarlo —dijo
Jean-Gé
indiferente.

Frenó con mucha brusquedad y mi padre salió despedido hacia delante y le dio en la nuca a Reynolde con la cabeza.

—Disculpe, Henri —dijo con voz átona.
—Está disculpado. ¿Se ha traído su hijo ropa de montar?
—Sí, señor Reynolde —dije.
—Puede llamarme Henri.
—Sí, señor Henri Reynolde.

Saqué a mi padre del coche. Estábamos delante de un portalón. Reynolde lo abrió empujándolo con el hombro. Atravesamos un patio de baldosas que rodeaba el cuerpo central de un edificio y en cuyo centro me llamó la atención un pozo. La luz venía de la escalinata de la fachada.

Jean-Gé llamó alrededor de diez veces y se regodeaba malintencionadamente en aquellos repiqueteos. Se abrió la puerta y apareció una mujer rubia con vestido de noche.

—Mi mujer —me dijo Reynolde.
—Buenas noches, Maggy —dijo mi padre. Y esas confianzas me dejaron sorprendido.
—Buenas noches, señora —dije con una reverencia.

Jean-Gé le besó la mano, aunque arrimando mucho los labios y sin rozar la piel.

Había un montón de abrigos manga por hombro encima de un sofá grande. Nos indicó con una seña que nos quitásemos los nuestros. Ayudé a mi padre y me costó mucho extirparlo de su Burberrys. Me preguntaba si no nos iba a quedar más remedio que rajar las mangas con una navaja. Entramos en una habitación amplia al fondo de la cual había una mesa puesta, con unos diez cubiertos. Varias personas estaban sentadas alrededor de la chimenea, y entre ellas, dos mujeres jóvenes a quienes

Jean-Gé
agarró con mucha confianza por los hombros y a las que pareció encantarles que lo hiciera.

Durante esa cena fue cuando pude observar a gusto a los comensales y el decorado del entorno. Reynolde nos había sentado a mi padre y a mí al final de la mesa, como si no encajásemos con los demás de la reunión.

Jean-Gé
estaba entre las dos mujeres jóvenes, una de las cuales hablaba con acento inglés. En apariencia, se lo consentían todo y él las sobaba un poco, por turnos. Hablaba en inglés con la morena y Reynolde dijo cuchicheando que era la hija del duque de Northumberland. La rubia, pese a sus modales desvergonzados, era también seguramente de muy buena familia.

Maggy Reynolde se sentaba en la cabecera de la mesa. Tenía a derecha e izquierda a una pareja que me había sorprendido porque el hombre y la mujer iban vestidos ambos de terciopelo negro, con pantalón y chaqueta de corte deportivo la mujer y traje muy ceñido el hombre. Se parecían, aunque fuesen marido y mujer. El mismo pelo negro, la misma sonrisa resplandeciente, el mismo cutis tostado. Yo había notado por como se mecían al andar e iban cogidos de la mano que tanto ella como él estaban muy pendientes de sus personas. Hacían gestos idénticos y sincronizados y en los rostros de los dos flotaba una expresión de fatuidad sensual. Me enteré de que él, un tal Michel Landry, dirigía una revista de «deporte y ocio».

Finalmente, al lado de la señora Landry, un individuo de unos sesenta años, de piel morenísima, cara chupada, bigote fino y ojos de un azul muy cortante. Llevaba una sortija con un chatón en que iba grabado un escudo de armas. Se llamaba conde Angèle de Chevert y, por lo que me pareció entender, pertenecía a una antigua familia de Isla Mauricio y de ahí le venía el tono de la piel.

No tardó en girar la conversación en torno al tema de la caza y se habló de armas de fuego de procedencias diversas cuyas respectivas ventajas especificaba Landry. Chevert asentía con la cabeza con seriedad criolla, pero

Jean-Gé

le llevaba continuamente la contraria a Landry. Citaron a un duque que tenía un castillo por los alrededores.

Jean-Gé

lo llamaba tío Michel y Reynolde, Michel a secas. Ese duque era, según ellos, la primera escopeta de Francia y aquel título de «primera escopeta de Francia» que ellos pronunciaban con tono respetuoso a mí me revolvió el estómago.

Me sentí aún peor cuando oí a Landry hacerles esta pregunta a Chevert y a Reynolde:

—¿Y qué tal la jauría?

—Ya veremos pasado mañana —contestó Chevert con voz seca.

—Va a ser una cacería espléndida —dijo la joven rubia con tono goloso.

—Seréis las dos hadas de la cabalgata —dijo JeanGé, besando a la inglesa y a la rubia en el cuello.

—Ellas también, Gé —dijo Reynolde, señalando a Maggy y a la mujer de Landry.

—Por supuesto, por supuesto que serán hadas.

Y, por encima de la mesa,

Jean-Gé

les apretaba la mano a las dos. Ellas se reían a carcajadas.

Reynolde se volvió hacia mí.

—¿Va a ser su primera montería?

—Sí, señor Reynolde.

Le dio una palmada en el hombro a mi padre.

—¿Está contento, Aldo, de que su hijo participe en una montería?

—Ah, sí, Henri, muy contento.

Los otros, que no nos habían hecho ni caso hasta entonces, nos miraban con curiosidad.

—Estoy encantado, Henri.

Papá seguía impenetrable y de una pieza detrás de sus gafas bifocales.

A mí me estaba dando miedo desmayarme, lo que no resultaba ni pizca de valeroso en un joven de quince años.

—No podía haber llegado en momento más oportuno —me dijo Landry—. El mejor equipo de Francia para una cacería. Y el mejor montero mayor de Europa...

—Qué amable es usted con el tío Michel —dijo

Jean-Gé

, zumbón.

—No, Jean-Gérard, no se trata de ser amable —dijo muy serio Chevert—. En los últimos cien años ha habido tres grandes monteros: Anne

d'Uzès

, Philippe de Vibraye y su tío...

Tras esta frase hubo unos cuantos segundos de silencio. Todo el mundo estaba emocionado, y el que más Reynolde. Chevert tenía el busto muy tieso y la barbilla apuntando hacia arriba, como si acabase de pronunciar un dicho histórico. Mi padre intentaba contener una tosecilla nerviosa. Fue Jean-Gérard quien rompió el embrujo.

—¡Cuántas cosas saben los de Isla Mauricio! —dijo, dirigiéndose a Chevert.

—¡Tenga la bondad! —dijo Chevert con voz seca. Luego añadió—: ¡Sí, sabemos muchas cosas en Isla Mauricio!

Traían una fuente impresionante. Cuando la señora del moño que servía la colocó en la mesa, la mujer de Landry, la joven inglesa y la rubia aplaudieron.

—¡Maravilloso! —exclamó Landry.

—Un pavo real de Chaumont auténtico —dijo Reynolde.

Hizo un gesto con el pulgar cuya zafiedad contrastaba con las distinguidas palabras que acababa yo de oír.

—Por lo visto es afrodisíaco —dijo la mujer de Landry—. ¿Está al tanto, Maggy?

La señora nos presentó la fuente a mi padre y a mí para que nos sirviéramos.

—Tengo que explicarles —nos dijo Reynolde articulando las palabras como si estuviera hablando con sordos— que al pavo real de Chaumont lo alimentan con brotes de cedro y va relleno de trufas y de avellanas.

Yo tensaba los músculos para reprimir las ganas de vomitar.

—¡Pruébenlo y verán lo bueno que es!

Se fijó en que, pasado cierto tiempo, yo no lo había tocado.

—¡Vamos, Pruébelo! ¡Es un crimen, muchacho, dejarse algo así en el plato!

A partir de ese momento me ocurrió algo así como una metamorfosis. Todos —menos papá— me lanzaban miradas frías y consternadas.

—¡Venga, muchacho! ¡Pruébelo! —repitió Reynolde.

Se habían esfumado mi timidez y mi docilidad enfermizas y caí en la cuenta de pronto de cuán superficiales eran. Me daba la impresión de que se me estaba cayendo una piel vieja y seca. Le espeté con tono que no admitía réplica:

—No me comeré ni una miga, caballero.

Mi padre se volvió hacia mí, boquiabierto. También los demás, a quienes acababa seguramente de aguarles la cena. De pronto, comprendí que podía hacerles mucho más daño del que podrían ellos hacerme a mí nunca y, en el acto, me sumergió una oleada de dulzura y de remordimiento.

—Disculpen —mascullé—. Disculpen.

El ambiente no se relajó hasta que sirvieron los licores. Por supuesto me miraban a hurtadillas, pero, para tranquilizarlos, me esforzaba en sonreírles. E incluso le dije a Reynolde, tras respirar hondo:

—Estoy contento y muy emocionado por participar el domingo en la cacería, señor Reynolde.

Creo que al final se les olvidó el incidente. Los vinos de Borgoña de la cena, tan consistentes, algo tuvieron que ver. Seguían con sus libaciones. Licor de pera, coñac, aguardiente de ciruela, todo lo probaban. También las mujeres le daban bien al alcohol, sobre todo la inglesa y Maggy Reynolde. La copa de papá y la mía seguían llenas porque no nos habíamos atrevido a decir que no cuando nos sirvieron. Y la conversación continuaba centrada en las monterías.

Por lo que decía Chevert, había un rasgo que diferenciaba al «tío Michel» de todos los demás monteros de Francia: había recuperado el uso de la «encarna con antorchas».

—¡Un espectáculo espléndido, Aldo! —exclamó Reynolde.

Mi padre, con su voz suave, les preguntó qué entendían por «encarna con antorchas».

Jean-Gé

, que había bebido más que los demás, sonrió con lástima.

—¿Así que el señor no sabe qué es una «encarna con antorchas»?

Chevert explicaba que en ocasión semejante todos los criados con calzón de pana y librea a la francesa llevaban antorchas, mientras que los que tocaban la trompa... Yo apenas si lo oía. Se perdía su voz entre las risas y las exclamaciones de

Jean-Gé

y de sus dos amigas. Maggy Reynolde y la mujer de Landry charlaban y Landry le acariciaba con la yema del índice la mejilla a su mujer, mientras hablaba con Reynolde.

Jean-Gé

tenía la mano apoyada en el hombro de la inglesa, pero ni esta ni la rubia se daban por enteradas. Y Chevert, con voz casi inaudible, seguía con la explicación.

¿Qué estábamos esperando mi padre y yo? ¿No habría debido él aprovechar el relajamiento general para llevarse a Reynolde a un rincón y hacerle firmar los «papeles»? Luego nos habríamos escabullido. Pero estaba fumando un cigarrillo. Nada alteraba su impasibilidad. Estaba bien arrellanado en el sillón y no se movía ni un milímetro. Bien pensado, estaba más al tanto que yo de a qué procedimiento había que atenerse.

Reynolde espabiló el fuego. Los ladrillos de la chimenea inmensa tenían un color un tanto chillón. Gruesos paneles de madera clara forraban las paredes. Encima de la mesa baja estaban tirados un pisapapeles en forma de herradura y un libro de fotos dedicado a la Spanische Reitschule de Viena. Me fijé en otros accesorios expuestos en la pared, a la izquierda de la chimenea. Estribos, bocados y fustas de todo tipo. Unos grabados ingleses que representaban escenas de cacerías a caballo y el carrito de los licores en forma de tálburi completaban aquel decorado hípico.

Me costaba seguir con los ojos abiertos. Oía los susurros de una conversación y a papá decir de vez en cuando: «Por supuesto, Henri... Pues claro, Henri...». La inglesa soltaba carcajadas estridentes. Chevert acabó por ponerse de pie.

—Bueno, pues yo voy a darles las buenas noches.

Les besó con insistencia la mano a las señoras.

Jean-Gé

y sus dos amigas dieron las buenas noches también. Reynolde les dijo que se quedasen con el dormitorio grande del segundo piso si querían pasar la noche en la casa y si la cama les parecía lo bastante amplia para

tres personas. Los Landry se retiraron lanzándose mutuas y peculiares miradas sugerentes. Por lo demás, Landry se había pasado la velada acariciándole las piernas a su mujer.

—Aldo, ¿no le importa dormir en la habitación de la planta baja con su hijo? —preguntó Reynolde a mi padre.

—Ni mucho menos, Henri.

Una habitación de techo bajo y paredes encaladas. Sin muebles, salvo dos camas gemelas de estilo rústico y dos mesillas de noche. Dejé las maletas en el suelo.

Reynolde nos dejó solos un momento para ir a buscar otra lámpara de cabecera.

—Deberías ir a darle un beso a la señora Reynolde como un buen chico —me dijo mi padre.

Salí de la habitación y me fui hacia la amplia estancia donde habíamos cenado. Maggy Reynolde estaba sola delante de la chimenea. Pareció extrañada al verme. Le di un beso en la mejilla. En el acto me agarró la nuca con ambas manos y pegó los labios a los míos. A los quince años, aún no había besado a ninguna mujer de su edad. Deslizaba la mano hacia mi cinturón e intentaba desabrocharlo. Tropecé y nos caímos encima de uno de los sillones escoceses. Ruidos de voces en el pasillo. Forcejeó, pero yo no podía ya soltarme de ella. Con la frente soldada a su pecho dejaba que me invadiese, al tiempo que la abrazaba, una extraña somnolencia. Era en efecto una rubia confortable como esas actrices de número de la Comédie-Française cuyas interpretaciones presenciaba en la primera función de las tardes de domingo.

Cuando nos incorporamos, me sacó de la habitación. Reynolde y mi padre estaban en el umbral del dormitorio. Mi padre le enseñaba a Reynolde una hoja escrita a máquina. Este tenía una pluma en la mano.

—Tenga —me dijo Reynolde—, le he traído esto. Tiene que empollárselo esta noche.

Me alargaba un librito en cuya tapa leí: *La montería*.

—Buenas noches —le dijo mi padre.

—Buenas noches, Aldo. Y gracias por sus consejos. Puede fiarse de nosotros. Y a usted —y me señalaba con el dedo— lo voy a hacer montar mañana por la mañana en el picadero para entrenarlo.

—Buenas noches —dijo Maggy Reynolde. Bostezaba.

Nos acostamos en las camas gemelas y mi padre apagó la lámpara de su mesita de noche.

—Esta vez —me dijo, indicándome la hoja escrita a máquina— sí que no se va a enterar de por dónde le da «the wind». Un poco más de paciencia, muchacho. Son unas personas verdaderamente temibles.

Soltó la carcajada y, como tenía una risa contagiosa, hundimos la cara en la almohada para que no se nos oyera.

Papá se quedó dormido enseguida. Yo abrí el libro y me pasé parte de la noche enterándome de cómo era ese deporte *pavoroso* que se llama montería.

Al día siguiente, Reynolde nos despertó a eso de las ocho. Llevaba pantalones de montar y me pidió que me pusiera los míos. A mi padre le pareció oportuno ponerse los chanclos.

Tras tomar lo que Reynolde llamaba un «breakfast» salimos por una puerta vidriera y cruzamos un jardín bien cuidado cuyos límites marcaba una cerca blanca. Detrás, un prado grande, una cuadra con tres boxes y una pista circular. El caballo estaba ya ensillado y aparejado. Solo faltaba que me subiera a él.

Reynolde se había colocado en el centro del picadero y mi padre, bastante alejado de la pista. Tenía miedo. Yo también, pero intentaba no perder la sangre fría delante de Reynolde. Este llevaba un látigo en la mano. Lo hizo restallar como los caballistas del circo y el caballo empezó a trotar.

—Un rato de trote sentado le vendrá bien.

Ahora ponía voz de oficial de Saumur. Sacaba la barbilla y seguía haciendo restallar el látigo. Para nada en concreto. Por amor al arte.

—¡Trote a la inglesa! ¡Apriete las rodillas!

Se me arrimaba y me daba golpes flojos en la pantorrilla y en el talón izquierdo.

—¡Esto no tiene que moverse! ¡Apriete! ¡Los talones más abajo!

Volvía al centro del picadero.

—¡No clave los pies en los estribos! ¡Baje más los talones!

Y hacía restallar el látigo. Tres veces seguidas.

Mi padre no se atrevía a mirarme. Tenía la cabeza gacha.

—¡Está usted un poco oxidado, pero se recuperará enseguida! —gritó Reynolde—. ¡Ahora, trote sentado!

Otra vez el látigo. Después de cada restallido, saludaba con una inclinación de la cabeza a un público invisible.

—Puede acercarse más, Aldo.

—No, Henri —contestó mi padre con voz titubeante.

—¡Las rodillas! Me cago en... ¿Lo ha entendido? ¡Al galope!

Se volvía malo. Lanzaba el látigo como si quisiera cortar en dos una mosca en pleno vuelo y el final era el ruido de un petardo al estallar.

Aquello duró por lo menos dos horas. Ahí estás subido en un caballo y dando vueltas sin saber por qué. Y el caballo tampoco lo sabe. En medio del picadero, un individuo al que apenas conoces y que te da órdenes con un látigo en la mano. Y tu padre a pocos metros, preocupado y silencioso y mirándose la punta de los chanclos.

—Ya vale para mañana —me dijo Reynolde, dándome palmaditas en el hombro.

Éramos cuatro alrededor de la mesa del almuerzo. Reynolde, Angèle de Chevert, mi padre y yo.

Jean-Gé

se había llevado a los Landry y a Maggy Reynolde al «castillo de su tío», a pocos kilómetros.

—Deberían habernos avisado —comentó Reynolde.

Durante el almuerzo, mi padre sacó del bolsillo interior de la chaqueta un papel que le presentó a Chevert.

—Puede firmar, Angèle —dijo Reynolde. Pero mi padre ya le estaba alargando a Chevert la pluma maciza que habíamos comprado juntos en el pasaje de Le Lido.

—Firme, Angèle. Aldo verá que no nos tomamos las cosas a broma.

Chevert obedeció. Mi padre sopló para secar la tinta, dobló cuidadosamente el papel y se lo volvió a meter en el bolsillo interior.

Él, tan impenetrable normalmente, debía de sentir una emoción vehemente, porque le leí en los labios estas palabras que nadie oyó: «The wind».

—Una cosa menos —declaró Reynolde—. Y ahora vamos a ver a la jauría.

Reynolde conducía el Renault. Fuimos por una carreterita y, pasados unos diez minutos, nos detuvimos delante de un chalé anglonormando. Los perros estaban en un cercado cerrado con una alambrada. Sus ladridos iban cobrando una intensidad inquietante que me destrozaba los nervios. Se arrojaban contra la alambrada y mi padre retrocedió de un salto.

—No se asuste, Aldo —le dijo Reynolde con tono protector.

Chevert se encogió de hombros. Les hablaba a los perros con una grosería que me escandalizó. Un hombre se acercaba a largas zancadas vestido con un uniforme azul que podría haber sido el de un jefe de estación. Se quitó la gorra, la sujetó con ambas manos contra el pecho y, sin hacerle caso a Reynolde, saludó a Chevert con una inclinación de la cabeza.

—Buenas tardes, señor conde.

—¿Está en forma la jauría? —preguntó Chevert.

—Sí, señor conde.

—Mañana se va a armar una buena —dijo Chevert, frotándose las manos.

—¡Ya lo creo, señor conde...! —Se le entreabrieron los labios dejando ver una boca mellada.

—El señor duque estará encantado de la vida —dijo Reynolde buscando de forma lastimosa una mirada del hombre.

Pero este no le hizo ni el menor caso. Le dio la mano a Chevert y se marchó.

—El mozo de los perros —me dijo Reynolde solemnemente.

Mi padre y yo seguíamos delante de la alambrada contemplando a los perros, que saltaban y ladraban cada vez más fuerte. Les habría gustado hacernos pedazos, pero no tenían ellos la culpa y yo se lo perdonaba de antemano. Tenían casi todos un morro ancho y respingón, ojos grandes y francos y manchas claras en el pelaje.

Volvimos a La Ménandière. Reynolde y Chevert querían echar una siestecita y papá y yo nos quedamos en el salón. Allí fue donde me anunció que se volvía a París en el tren de las cuatro. Pareció asombrarse cuando le dije que quería irme con él.

—Pero Reynolde tiene ganas de que participes en la montería —me contestó con voz débil.

Tenía miedo de que a Reynolde lo sorprendiera y lo ofendiera mi marcha y le entrase una repentina desconfianza. Me dijo que había conseguido «todas las firmas», pero que había que bailarle el agua a Reynolde un poco más porque, si no, nos quedaríamos «a dos velas». Le repetí que quería volver a París en el acto. Me negaba a quedarme en aquella finca ni un día más.

Me prometió hablar del asunto con Reynolde y, si era necesario, inventarse un pretexto que justificase mi marcha precipitada.

Reynolde vino a reunirse con nosotros. Mi padre le explicó que yo tenía que estar en París esa misma noche para recibir a un tío venezolano.

—Piénselo bien —me dijo Reynolde con cierta severidad—. Va a perderse algo único.

Mi padre hizo un segundo intento, pero tan tímido que no terminó la frase.

Entonces me volví hacia Reynolde. Dije en un soplo:

—Me quedo.

—Hace bien —me dijo Reynolde—. Va a ser una montería magnífica.

Y me lanzó una mirada de agradecimiento.

Llevamos a mi padre al tren. Reynolde iba al volante del Renault; Chevert, a su lado; y papá y yo, en el asiento de atrás. Papá se había puesto, como a la venida, la gabardina que lo envaraba. Llevaba en la cara una expresión de satisfacción intensa y yo me daba cuenta perfectamente de que a ratos contenía las ganas de reírse.

En el andén no pudimos decirnos ni palabra. Chevert y Reynolde estaban demasiado cerca.

—Cuento con usted, Aldo —le dijo Reynolde a mi padre—. Le damos carta blanca. Ténganos informados a Chevert y a mí. Y le juro que puede fiarse de nosotros. No haga caso a las malas lenguas.

—Por supuesto, Henri —contestó mi padre con afabilidad.

Al subirse al vagón le dio tiempo de decirme al oído:

—Esta vez sí que ni se van a enterar de por dónde les da «the wind».

El tren estaba arrancando. Se despedía de mí con el brazo. Ya no podía hacer nada más por mí, pese a lo simpático que estaba siendo.

Cogimos otra carretera que no era la de La Ménandière. No tardamos en cruzar un portalón y en meternos en un paseo de grava que bajaba en pendiente poco pronunciada.

—Tiene que conocer el castillo del duque y tienen que presentarlo a Michel —me dijo Reynolde—. Mañana va a ser su montero mayor.

Era un castillo a medias renacentista y a medias medieval, con almenas, torrecillas, pilastras con arabescos y lucernas grandes y esculpidas. Lo rodeaba un parque.

En el primer piso, entramos en una estancia amplia y de paredes revestidas de madera. Allí, en los sofás, reconocí a los Landry, a

Jean-Gé

y a sus dos amigas. Unos cuantos leños estaban acabando de calcinarse en la chimenea.

—El tío Michel todavía no ha llegado —dijo JeanGé arrastrando la voz.

Pasado un rato, Reynolde y Chevert me dejaron a solas con los otros. Caía la tarde y, como no encendían la luz, estábamos sumidos en una semipenumbra. Creo que Landry aprovechaba para acariciar a su mujer, cuyos muslos dejaba al aire la falda levantada.

Jean-Gé

, por su parte, seguía sobando cansadamente a la inglesa y a la rubia. Y yo me preguntaba qué hacía allí, en la guarida de la «primera escopeta de Francia», pero una languidez plúmbea no me dejaba moverme del sillón.

Pasaba el tiempo. Reynolde, su mujer y Chevert regresaron. Habían encendido las lámparas. Caí en la cuenta de que esperaban al duque para cenar. Apareció al cabo de media hora. Un hombre de corta estatura que iba muy tieso. Tenía cara de bull-terrier con aquella nariz demasiado breve y respingada, aquellos ojos saltones y claros y aquellos mofletes colgantes. Tenía carnación de pelirrojo y pelo crespo y hablaba con voz estentórea. Reynolde me presentó. Apenas si me saludó.

Me habría gustado ver a la duquesa, pero aquella noche no estaba. La sustituía una morena angulosa con la mirada al acecho característica de las antiguas aspirantes a estrellas. El duque le cogía la mano de vez en cuando. Se llamaba Monique.

Volvieron a hablar de caza durante la cena. Y de la encarna con antorchas del día siguiente, cuyo emplazamiento acababa de escoger el duque. Reynolde le había copiado a

Jean-Gé

la forma de hablar exagerando las dentales y llamaba al duque —pero ¿acaso era duque de verdad?— «Michel, chico».

Jean-Gé

lo llamaba «tío Michel» con un tono respetuoso muy irónico.

Por la conversación me di cuenta de que el duque era un hombre concienzudo y disciplinado que pertenecía al *Jockey*, al Automobile Club y a los Tastevins de Bourgogne.

Nadie hacía caso de mi presencia y yo estaba encantado. Incluso olvidaban servirme los patés de caza, las carnes en salsa y los vinos consistentes que mi organismo frágil no habría podido aguantar.

Todo el mundo se despidió a eso de las diez y el duque, con tono humorístico y picarón, desaconsejó cualquier «exuberancia» nocturna, pues había que estar en forma para la caza. La morena salió detrás de él.

No pegué ojo en toda la noche y al día siguiente ya estaba levantado cuando entró en mi cuarto Reynolde. Se había puesto el atuendo rojo con galones de oro de los monteros del duque y parecía aquel domador del circo Médrano que tanta admiración me causaba en mi infancia. Todo el mundo tomó un copioso desayuno y yo, un vaso de agua mineral. Chevert llevaba el mismo uniforme que Reynolde y los Landry también. Yo desentonaba entre ellos. Les leía en las caras a Maggy y a la señora Landry una gran exaltación.

—¿En forma, cariño? —preguntó suavemente Landry. Y le acariciaba la mano a su mujer.

—¡Ay, sí! ¡Estoy deseando ver cómo es esto!

—Yo también —suspiró Maggy Reynolde.

Chevert silbaba entre dientes. Reynolde se puso de pie.

—Ya es hora de ir a «recibir órdenes» —dijo.

—Es en la encrucijada de Beringhem, cerca del albergue de caza —dijo Chevert.

Nos apretujamos en el Renault. Reynolde conducía. Cinco caballos nos esperaban delante del albergue de caza; los mozos de la cuadra los sujetaban por las riendas.

—Usted se queda con Rex —me dijo secamente Reynolde, señalándome un caballo bayo grande.

Habíamos llegado con adelanto. Entramos en el albergue de caza, una edificación en forma de pagoda. En la pared, una cabeza disecada de jabalí que sonreía con labios humanos. Había un fuego encendido.

Encima de la chimenea estaba colgada una carabina. Reynolde la cogió y quiso enseñarme cómo había que usarla. La cargó. Por primera vez me estaba dando una clase de tiro, que yo escuchaba atentamente. Unos tras otros iban llegando los monteros, llevando el uniforme rojo y oro.

—¡A caballo, muchacho! —me dijo Reynolde.

En el exterior, Chevert le estaba besando la mano a una señora muy solicitada, con rostro enérgico de anciana de la alta sociedad y pelo gris. A caballo,

Jean-Gé

, la inglesa y la rubia se interpelaban entre risas. Landry le presentaba el estribo a su mujer. Reynolde y Maggy se acercaban al duque que hacía encabritarse a su montura, un caballo blanco gigantesco. Y los uniformes rojo y oro revoloteaban en torno. Por fin, un mozo de sabuesos, destocado, anunció que el ciervo estaba en

L'Estoile

, un bosquecillo de abedules bastante próximo, a la derecha.

Cogí la carabina y me escurrí fuera. Fui corriendo casi un kilómetro, hasta un bosquecillo de abedules, quizá ese mismo que el sabueso indicaba a los monteros. Me tendí boca abajo entre el olor de la tierra mojada y las hojas secas.

Me acordaba de mi padre mientras repetía su breve frase: «Ni se van a enterar de por dónde les da “the wind”». Sí, mostraba una futilidad extremada y una inconsciencia enternecedora. Las cosas eran mucho más graves y más trágicas de lo que él creía. Pues claro, yo me había enterado en el librito de Reynolde del desarrollo exacto de las operaciones. Todo empezaría con las fanfarrias de ataque. ¿Qué iba a hacer la jauría? No había que tener miedo, Y, para empezar, intentar apuntar bien. No disparar a las mujeres, eso no. Tener la suerte de volarles los sesos a la primera a Reynolde, o al duque. O a Landry. O a

Jean-Gé

. Y entonces llegarían todos los demás con sus perros y sus picadores y por más que estuviéramos en pleno centro de Francia, en Sologne, sería como en Varsovia.

VI

Era una tarde de principios del mes de octubre de 1973. Un sábado a las siete. En la librería de la calle de Marivaux donde me hallaba tenían la radio puesta. Se interrumpió la música de golpe y comunicaron que la guerra se había reanudado en Oriente Próximo, contra los judíos.

Salí de la librería llevando bajo el brazo unos cuantos tomos viejos del teatro de Porto-Riche. Andaba deprisa y al azar. Recuerdo, sin embargo, que pasé delante de la iglesia de La Madeleine y fui por el bulevar de Haussmann.

Esa tarde noté que algo se estaba acabando. ¿Mi juventud? Tenía la certidumbre de que nada volvería a ser ya como antes y puedo decir el minuto exacto en que todo cambió para mí: a la salida de la librería. Pero seguramente mucha gente a la misma hora sintió la misma angustia que yo, puesto que fue esa tarde cuando empezó eso que llaman «crisis» y entramos en una época nueva.

Era de noche. En la plaza de Saint-Augustin, en el balcón de un edificio, resplandecían unas letras: JEANNE GATINEAU. Había cierta animación en la plaza y pasé junto al escaparate de una tienda donde de pequeño iba a probarme calzado y anoraks para el invierno. Me vi a la entrada de la avenida de Messine y la recorrí sin encontrarme con nadie. Oía cómo se estremecían los plátanos. Allá arriba, al final de la avenida, antes de la gran verja dorada del parque Monceau, un café cuyo nombre he olvidado. Me senté en una mesa de la terraza acristalada y tenía ante mí la calle de Lisbonne, cuyas fachadas rectilíneas escapaban hacia el horizonte. Pedí un café exprés. Pensaba en la guerra y seguía con la vista la caída lenta de una hoja seca, una hoja del plátano de enfrente.

Éramos solo dos clientes a esa hora avanzada. El café iba a cerrar. Habían apagado las luces de neón del local, pero desde las de la terraza todavía nos chorreaba encima una luz demasiado fuerte.

El otro cliente estaba sentado cerca de mí, a dos o tres mesas de distancia, y contemplaba la fachada de un edificio, al otro lado de la avenida. Un hombre de alrededor de sesenta años cuyo abrigo azul marino era de un corte poco airoso y pasado de moda. Me acuerdo de la cara un poco hinchada, de los ojos redondos y claros, del bigote y del pelo gris y cuidadosamente peinado hacia atrás. Tenía un cigarrillo en los labios del que extraía bocanadas discretas. Encima de su mesa, un vaso lleno a medias de un líquido rosa. No creo que mi presencia le llamase la atención. Sin embargo, hubo un momento en que volvió la cabeza hacia mí y todavía me estoy preguntando si me topé con su mirada o si no me topé. ¿Me vio? Bebió un trago del líquido rosa. Seguía observando la fachada del edificio, esperando quizá que saliera alguien de él. Rebuscó en una bolsa de plástico que estaba en el suelo, junto a las patas de la silla, y sacó un paquetito de forma piramidal y color azul cielo.

Me levanté y fui a una cabina telefónica. Comprobé en la guía de 1973 la dirección de alguien con quien había quedado para el día siguiente y busqué, al azar, otros nombres. Varios de ellos, que evocaban un pasado remoto, volvían a estar en la lista de abonados y yo iba de sorpresa en sorpresa: CATONI DE WIET, con quien no había forma de dar desde hacía quince años, volvía a aparecer en el 80 de la avenida de Victor-Hugo – Passy

47 22

. En cambio, ya no había ni rastro de «Reynolde», ni de «Douglas Eyben», ni de «Toddie Werner», ni de «Georges Dismaïlov», ni de tantos otros a quienes volveremos a localizar algún día...; me entretengo a veces en llevar a cabo esas comprobaciones inútiles. Tardé más o menos un cuarto de hora o veinte minutos.

Cuando volví a la terraza, el hombre del abrigo azul marino tenía el torso y la cabeza apoyados en la mesa. Le veía la coronilla. El brazo derecho estaba colgando y el otro brazo, doblado, parecía amparar el vaso de granadina y la bolsa de plástico como habría hecho un colegial que no quisiera que su vecino le copiase. No se movía. Pagué el café. El camarero le dio unos golpecitos suaves en el hombro y lo sacudió con ademán más firme sin conseguir reacción alguna. Al cabo de cierto tiempo no quedó más remedio que hacerse a la idea de que estaba muerto. Llamaron a los servicios de emergencia de la policía. Yo estaba de pie junto a su mesa, atontado y mirándolo. El vaso estaba vacío y la bolsa de plástico abierta a medias. ¿Qué había dentro? El camarero y un hombre que debía de ser el dueño —gordo y pelirrojo, con camisa blanca de cuello abierto— se preguntaban mutuamente con voces cada vez más chillonas y entrecortadas cómo había podido ocurrir aquello.

El furgón policial paró del lado de la calle de Monceau. Llegaron dos agentes y un hombre de paisano.

Yo les había dado la espalda. Creo que estaban comprobando si el hombre estaba muerto efectivamente.

El policía de paisano me rogó que lo acompañase como «testigo» y no me atreví a decirle que no había visto nada. El dueño del café estaba sudando y me lanzaba una mirada inquieta. Probablemente pensaba que iba a negarme, porque cuando dije que sí soltó un suspiro de alivio e hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza. Les dijo: «El señor se lo explicará todo», y le corría prisa que nos marchásemos. Se llevaron al hombre en una camilla al furgón policial. Yo iba detrás, con la bolsa de plástico en la mano.

El furgón se metió por la calle de Lisbonne. Iba cada vez más deprisa por esa calle desierta y yo tenía que agarrarme al filo del asiento corrido para no caerme. El policía de paisano iba en el asiento de enfrente. Un rubio con cara de cordero y ondas en el pelo. La camilla estaba entre nosotros dos. Yo me las apañaba para no mirar al hombre. El rubio con cara de cordero me ofreció un cigarrillo y no lo acepté. Seguía agarrando con la mano izquierda la bolsa de plástico.

En la comisaría me preguntaron qué había pasado y escribieron a máquina mi declaración. Nada del otro mundo. Les expliqué que el hombre se había desplomado encima de la mesa poco después de beberse la granadina. Buscaron en la bolsa de plástico negro de la que sacaron un magnetófono pequeño de un modelo perfeccionado y el paquete de forma piramidal y color azul cielo en que ya me había fijado. Había en él uno de esos pasteles que se llaman milhojas.

En el fondo de uno de los bolsillos encontraron una funda grande de cuero donde iba el carnet de identidad, una foto antigua y otros papeles. Así fue como nos enteramos de que se llamaba André Bourlagoff y había nacido en 1913 en San Petersburgo. Era francés desde 1934 y trabajaba para una casa de alquiler de magnetófonos de la calle de Berri. Su tarea consistía en ir a casa de los clientes cuando estos no los devolvían a tiempo. Cobraba por llevarla a cabo un salario bastante mediocre. Vivía en una pensión de la calle de la Convention, en el distrito xv.

La foto, muy deteriorada, tenía por lo menos cincuenta años a juzgar por la ropa y lo que había alrededor: se veía en ella a una pareja joven de aspecto patricio sentada en un sofá y, entre los dos, un niño de pelo rizado de alrededor de dos años.

Había una ficha referida al magnetófono que llevaba Bourlagoff en la bolsa de plástico. Constaba en ella la dirección del cliente que había alquilado el aparato: calle de Courcelles, 45, el nombre y el importe que había pagado. Así que Bourlagoff, cuando se había sentado en la terraza del café, venía del 45 de la calle de Courcelles, que estaba algo más abajo.

Me dieron todas esas informaciones de muy buen grado. Yo había preguntado porque quería saber cómo se llamaba el hombre y unos cuantos detalles más a ser posible.

Salí de la comisaría. Debían de ser las diez de la noche. Volví a cruzar por la plaza de Saint-Augustin y el letrero de JEANNE GATINEAU seguía brillando en el balcón del edificio, con un resplandor que atenuaba la niebla. Algo después retumbaban mis pasos bajo los soportales desiertos de la calle de Rivoli. Me detuve en las lindes de la plaza de La Concorde. Esa niebla me preocupaba. Lo envolvía todo, los faroles, las fuentes, el obelisco, las estatuas de las ciudades francesas, en una capa de silencio. Y había un olor a éter.

Pensé en la guerra, que se había reanudado ese día en Oriente, y también en André Bourlagoff. ¿Lo había recibido con cortesía el cliente cuando fue, antes, a recoger el magnetófono y reclamar el dinero?

Un trabajo ingrato y muy oscuro el de André Bourlagoff. ¿Qué itinerario había seguido desde su pensión de la calle de La Convention hasta el 45 de la calle de Courcelles? ¿Había ido a pie? Entonces habría cruzado seguramente el puente de Bir-Hakeim y le habría pasado por encima de la cabeza el estruendo de los metros al pasar.

Así pues, aquella vida había empezado en Rusia, en San Petersburgo, en el año 1913. Uno de esos palacios ocres a orillas del río. Fui remontando el tiempo hasta ese año y me colé por la puerta entornada del amplio cuarto de los niños, azul cielo. Estabas durmiendo y te asomaba de la cuna la manita. Hoy por lo visto diste un largo paseo hasta los jardines de Táuride y cenaste con ganas. Me lo ha dicho la señorita Coudreuse, el aya francesa. Esta noche tu madre y yo nos quedamos en casa, con unos cuantos amigos. Se avecina el invierno e iremos seguramente contigo a pasar unos días en Crimea o en la villa de Niza... Pero ¿a qué viene hacer proyectos y pensar en el porvenir? Esta noche todavía da las horas, de esa forma cristalina suya, el reloj del pasillo. Vela tu sueño de niño y te protege, igual que las luces de allá lejos, que parpadean por la parte de las islas.

VII

Sí, en ese cine pequeño del barrio de Les Ternes ponían de complemento *Captain Van Mers du Sud*.

Un sábado de agosto por la noche, en París. Después de la película principal, la mayoría de los espectadores se fue y solo quedaron en la sala alrededor de diez personas. Cuando se apagaron las luces, noté una contracción en pleno pecho.

Los créditos aparecían con un artificio antiguo: las páginas de una agenda que van pasando muy despacio al compás de una música suave. Las letras eran de un tono pardo y de forma alargada. El nombre de Bella aparecía antes que el de Bruce Tellegen aunque fuesen protagonistas de la película a partes iguales. Mi nombre venía a continuación del nombre del cámara y con la siguiente indicación: «adaptación» y «diálogos de...». Por fin, en la última hoja, estallaba en caracteres góticos y rojos: CAPTAIN VAN MERS DU SUD.

Un yate de buenas dimensiones navega hacia una isla que no es aún, en el horizonte, sino una manchita verde. Y vemos a Bella, de pie en la proa, con la melena flotando al viento. El color esmeralda del mar y el azul del cielo se pasan un poco de chillones y se matan entre sí. Tuvimos muchos problemas con el color. Tampoco el sonido estuvo nunca como tenía que estar. Ni la interpretación, por cierto. Y la historia no es que fuera muy interesante. Pero esa noche, en esa sala casi vacía, al asistir a la proyección de *Captain Van Mers du Sud*...

Siete años antes, un productor llamado Yvon Stocklin me llamó por teléfono a una hora muy avanzada para rogarme que pasase por su casa al día siguiente. Íbamos a hablar de un «proyecto». Yo no conocía al Stocklin aquel y me he preguntado con frecuencia por qué azar se había enterado él de mi existencia.

Me recibió en un piso de la avenida de Iéna sin ningún mueble. Lo fui siguiendo por la hilera de habitaciones vacías y llegamos a un salón donde había dos sillas de *camping*. Nos sentamos frente por frente. Se sacó una pipa del bolsillo, la llenó concienzudamente, la encendió, dio una chupada y no se la quitó de entre los dientes. Yo no podía apartar la vista de esa pipa porque era lo único estable y tranquilizador en el vacío y la desolación de aquel decorado. Más adelante supe que Yvon Stocklin se pasaba noches enteras sentado en la cama, fumando en pipa. Era su forma personal de luchar contra el carácter fluctuante y quimérico de su oficio de productor. Toda una vida malgastada como el viento... Cuando fumaba en pipa tenía por fin la sensación de ser un hombre de peso, una «roca» y —como decía él— de «juntar sus pedazos».

Esa noche me expuso sin más demora su «idea».

Quería encargarme la adaptación al cine de una novela y, mejor que dirigirse a uno de esos guionistas profesionales «de tanto lustre» con los que había trabajado muchas veces —me citó dos o tres nombres que luego han caído en el olvido—, prefería dar carta blanca a un «joven» y, a mayor abundamiento, a un «escritor». Se trataba de un libro «estupendo» cuyos derechos acababa de conseguir: *Capitaine des Mers du Sud*. Pero, al tratarse de una coproducción con mayoría anglo-holandesa, la película iba a llamarse *Captain Van Mers du Sud*. ¿Aceptaba la «fórmula»? Con él había que decidirse muy deprisa y «a ojos cerrados». Y nunca se arrepentía uno. ¿Sí o no?

Bueno, pues «sí».

En tal caso, el señor Georges Rollner, el director, nos estaba esperando para cenar en Le Pré-Catelan.

La orquesta tocaba valeses y Rollner nos hablaba con locuacidad. Le repetía a Stocklin que era una buena idea haber recurrido a un «joven» como yo. Los dos habían cumplido los cincuenta. Supe, más adelante, que Stocklin había empezado con Pathé-Natan. El apellido de Rollner me sonaba. Había tenido éxitos comerciales en los años cincuenta, sobre todo con una película muy conmovedora sobre la vida de los cirujanos. Poco a poco había llegado a la dirección tras haber desempeñado las actividades de director de plató, de asistente y de director de producción. Stocklin daba una impresión de solidez, completamente ilusoria, con aquella cara de braquicéfalo, aquel cutis rojo y aquellos ojos azules (aseguraba que era oriundo de Saboya), pero, en cambio, de los ojos negros de Rollner, de su silueta y de su sonrisa brotaba un encanto frágil. Cuando estaba acabando la cena, pregunté, pese a todo, por la «novela».

Rollner se sacó en el acto del bolsillo de la chaqueta un libro de un formato diminuto. Me lo alargó. La novela era de 1907 y la había editado Édouard Guillaume en su colección popular «Lotus Alba».

—Pongo en sus manos *Capitaine des Mers du Sud* —me dijo, sonriente—. Y espero que hagamos juntos un buen trabajo.

Al día siguiente firmé el contrato en casa de Stocklin y en presencia de Rollner. Me pagaban a tocateja seiscientos mil francos antiguos, mi nombre aparecería en el cartel y los paneles publicitarios y tenía unos derechos de un dos por ciento de los «beneficios netos de la producción». Stocklin decidió que me fuera al día siguiente con Rollner a

Port-Cros

, donde se iba a rodar la película. Allí escribiríamos el guión que había que «liquidar» lo antes posible. Las tomas empezarían al mes siguiente. El equipo técnico ya estaba listo. Todavía no habían terminado el reparto de papeles, pero solo era cuestión de días.

En

Port-Cros

, Rollner y yo nos acomodamos en un hotelito al fondo de una bahía. Me propuso trabajar conmigo una semana. Me dejaba «total libertad» y me aconsejó que escribiese directamente una «continuidad dialogada».

El libro era de un formato tan exiguo y los caracteres de imprenta tan microscópicos que tuve que rendirme a la evidencia: no conseguiría leer *Capitaine des Mers du Sud* sin una lupa. En el hotel no había lupas. Alquilamos una motora y fuimos hasta Giens. Tampoco allí encontramos ninguna. A Rollner parecía divertirse. No veía inconveniente en que siguiéramos buscando hasta Tolón, pero un óptico de Hyères me proporcionó un cristal de aumento.

Me levantaba entrada la mañana y trabajaba por la tarde. Se trataba de una historia de corsarios que transcurría en el siglo pasado, pero Rollner quería que la trasladásemos a nuestros días. Para relajarme, me reunía con él en una calita que había descubierto. Se zambullía continuamente desde una roca en forma de pirámide. E incluso hacía el salto del ángel con mucho arte. Los saltos de trampolín habían tenido siempre para él mucha importancia y un poder terapéutico. Era la mejor forma —me explicaba— de «recargar las baterías».

Yo acababa por pensar que estábamos de vacaciones los dos, como dos viejos amigos. Aquel mes de junio hacía un tiempo radiante; todavía no había turistas. Cenábamos en la terraza del hotel, frente a la bahía. Rollner me contaba su paso por la RAF durante la guerra, el acontecimiento más importante de su vida. Se había alistado porque quería probarse a sí mismo y a los demás que «era posible ser judío y un as de la aviación». Y lo había sido.

Concluí en quince días la «adaptación» de *Capitaine des Mers du Sud*. Confieso que las treinta últimas páginas fueron una chapuza. Cuando Rollner me pidió que le leyera el texto me entró una gran aprensión. Como nunca había hecho un trabajo así, temía sobre todo que la «división en secuencias» que había hecho no le gustase. (En realidad, me había atenido escrupulosamente al orden del libro, párrafo a párrafo). Según iba leyendo, la atención de Rollner se iba relajando. Estaba pensando en otra cosa. Cuando acabé, me dio la enhorabuena: «Tiene mucha vida y está muy bien enjaretado», me dijo con voz afectuosa. Luego, tras titubear un instante:

—¿No podría añadir una frase en alguna parte de los diálogos?

—Claro que sí —me apresuré a decir.

—Es la siguiente... En un momento dado, el individuo ese podría decir: «Ya ven: se puede ser judío y un as de la aviación».

Aunque el comentario no tuviera nada que ver con la historia, pese a todo conseguí encajarlo en boca del protagonista.

Rollner tenía mucho empeño en ello. Era, por lo demás, lo único que le interesaba, porque la perspectiva de rodar una película estaba claro que lo sumía en un estado de profundo letargo.

Los técnicos —un equipo muy reducido— llegaron un domingo por la noche, cargados con todo el material. El yate en que se iban a rodar las primeras escenas estaba anclado en el puerto. La productora se lo había alquilado a un barón belga. Los actores que interpretaban los papeles secundarios (tres mujeres y dos hombres) llegaron a la isla el martes siguiente.

Estábamos esperando a los dos protagonistas, Bella F. y Bruce Tellegen.

A media tarde, una motora grande se detuvo ante el pontón del hotel. Salieron dos hombres que llevaban una camilla mientras otro subía al muelle muchas maletas de cuero leonado. Rollner y yo estábamos sentados en la terraza del hotel y me parece incluso que estaban con nosotros el cámara y la script. Los hombres se acercaron. Reconocimos en el acto al que llevaban en la camilla: Bruce Tellegen. Rollner se levantó y lo saludó con la mano. Tellegen llevaba barba de tres días y el sudor le chorreaba por la cara. Tiritaba de fiebre. Cuando vio a Rollner le dijo con voz agonizante:

—Georges Rollner, I presume?

Pero ya se lo estaban llevando los dos hombres a su habitación. Se quedó acostado y Rollner me explicó

que Tellegen padecía las secuelas de una antigua malaria y que era algo que podía suponer un riesgo para la película. Pero le quería y apreciaba, y a él le traía sin cuidado que esa «porquería» de aseguradoras se negaran desde entonces a «cubrir» a Tellegen.

Entretanto, Bella F. había llegado también.

Las primeras tomas se hacían a bordo del yate y, como Tellegen no aparecía en esas escenas, Rollner empezó a rodar. Lo hacía con muy poco entusiasmo y yo sospechaba que tenía la esperanza de que se prolongase la enfermedad de Tellegen para tener un pretexto e interrumpir la película.

Me rogó que me quedase en

Port-Cros

durante el rodaje, explicándome que a lo mejor había que modificar el guión, pero este siguió hasta el final tal y como yo lo había escrito.

Bruce Tellegen, nuestro protagonista, había sido veinte años atrás uno de los actores jóvenes más notables de Hollywood. Destacaba en las películas de aventuras y de capa y espada, encarnando a Lagardère, a Quentin Durward o a la Pimpinela Escarlata con fogosidad y encanto tales que le valieron enseguida una gran popularidad. Luego interpretó papeles diferentes: misionero, explorador, navegante solitario. Siempre se presentaba con los rasgos de un héroe de inmaculada pureza a quien la vida mancillaba y que se desesperaba con la maldad de los hombres. El público se emocionaba ante aquel personaje angelical y misterioso que luchaba contra el mal, sin éxito muchas veces e incluso con cierto masoquismo, puesto que en todas sus películas había siempre una escena en que torturaban salvajemente a Tellegen... Decían que esas escenas le gustaban. De película en película, fue perdiendo algo de su magnetismo. La bebida tenía mucho que ver, pero también la edad, pues, rondando ya los cuarenta, no podía seguir interpretando papeles que exigían una forma física excepcional. Y, además, una mañana se despertó con el pelo blanco.

Bella —voy a llamarla por el nombre— me llevaba unos quince años y tenía a la espalda una carrera larga ya. Había sido, a los diecisiete años, el prototipo de esas aspirantes a estrellas que posaban ante los fotógrafos durante el Festival de Cannes. Luego tuvo algunos éxitos. Como bailaba muy bien y hablaba con fluidez el inglés la contrataron para interpretar en Norteamérica papelitos en comedias musicales. Al regresar a Francia con la aureola de su estancia en Hollywood protagonizó varias películas que realizaban honrados fabricantes a principios de la década de los cincuenta. Al público le gustaba bastante. Pero pasaron diez años.

Era una morena diminuta de ojos verdes, pómulos anchos, nariz respingona y frente testaruda.

Tellegen se levantó de la cama al cabo de una semana, pero había adelgazado dos kilos y andaba con paso prudente y, con frecuencia, con ayuda de un bastón. Rollner le hizo rodar primero las escenas en exteriores.

Apenas asistí a las tomas porque me levantaba demasiado tarde. Rollner tenía reputación de lento y minucioso. Dudaba mucho rato entre dos planos y eso le suponía terribles casos de conciencia. El ingeniero de sonido, que ya había trabajado con él, me explicó que en el montaje sufría aún más: lo había visto en circunstancias así al borde del suicidio, y no estaba empleando la palabra a la ligera. Sin embargo, pasados unos días, *Captain Van Mers du Sud* tuvo en Rollner un efecto desacostumbrado. Se amodorraba, a lo que decían, entre toma y toma. E incluso una vez llegó a quedarse dormido.

Cierto es que la intriga no destacaba por su abrumadora originalidad. Bella, en la proa del barco, no aparta la vista de la isla en que van a atracar ella y sus cinco amigos, jóvenes, ricos y ociosos, que están haciendo un crucero. No tienen moralidad alguna y «*el ambiente más depravado reina a bordo del yate*». En la isla, se encontrarán con el «Capitán de los Mares del Sur», un exmarino mercante que lleva retirado allí más de veinte años. Un hombre puro a quien Tellegen presta su rostro de antiguo protagonista joven. Bella se va a enamorar de él pese a la diferencia de edad y a abandonar a sus amigos para vivir con el «Capitán» en la soledad de esa isla de vegetación tupida.

Tellegen y Bella eran una pareja peculiar; él de estatura gigantesca y ella tan menuda que hubiérase dicho que eran el padre y su hija pequeña. Me acuerdo de una tarde en que asistí al rodaje de una escena. Bella y Tellegen dan su primer paseo por el corazón de la isla. El Capitán de los Mares del Sur le dice:

—Con usted tengo la impresión de haber recuperado la juventud...

Y ella contesta:

—¿Por qué dice eso? Es usted joven...

Hacía mucho calor y Tellegen tenía la camisa empapada de sudor. Se la cambiaba cada diez minutos. Se desplomaba en el sillón plegable y había que retocarle el maquillaje. Bella tampoco soportaba el sol. Estaba de bastante mal humor. Rollner, con su eterno anorak azul marino, intentaba bromear con ellos mientras les

daba indicaciones. En las pausas, Tellegen se aflojaba el corsé de cuero. Se lo ponía cuando las escenas le exigían quedarse de pie mucho rato, pues, efectivamente, le costaba estar derecho.

Volvimos al hotel al crepúsculo. Había que andar alrededor de un cuarto de hora y los técnicos fueron delante. Nos quedamos solos Bella, Rollner, Tellegen y yo. Antes de echar a andar, Tellegen nos alargó a todos, por turno, la botella de vodka de la que nunca se separaba y nos conminó a echar un buen trago. Nos daría ánimos.

Rollner abría la marcha y sostenía a Tellegen, quien apoyaba la palma de la mano en el hombro derecho de Georges y se ayudaba con el bastón. Bella y yo íbamos detrás, a unos metros de distancia. Se había cogido de mi brazo. Había un precioso claro de luna y, a trechos, los helechos tapaban el camino, así que nos costaba dar con su trazado. El aroma de los pinos y de los eucaliptos adensaba el aire y en la actualidad aún me evocan esos perfumes nuestra caminata nocturna. El roce de nuestros pasos alteraba un silencio cada vez más hondo y, al final, Bella me apoyaba la cabeza en el hombro. Al cabo de un rato, Tellegen dio muestras de cansancio.

Cojeaba, tropezaba y se agarraba *in extremis* al brazo de Rollner. Se detuvo de pronto. Allí estaba, ante nosotros con la cara sudorosa y la mirada ausente y nos indicaba por señas que siguiéramos andando. A la luz de la luna parecía haber envejecido otros diez años.

Rollner y yo acabamos por llevarlo a rastras al hotel. Daba diente con diente. Era el mismo hombre a quien yo había visto en el cine de pequeño, tan esbelto y tan saltarín, en *La pimpinela escarlata*.

Nos juntábamos los cuatro en la misma mesa del comedor del hotel. Bella había rodado ya una película con Rollner e intercambiaban recuerdos comunes.

Después de cenar, Bella, Rollner, el ingeniero de sonido y el cámara iniciaban una partida de póquer. Yo me quedaba a solas con Tellegen, que hablaba un francés muy aceptable. Me hacía confidencias. A él también le habría gustado ser escritor. Había empezado a escribir sus recuerdos de juventud, aquellos tiempos en que llevaba una vida aventurera en África y en Nueva Guinea y navegaba en un barco pequeño, el *Tasmanian*. Pero «no tenía ni puta idea de qué hacer con una pluma». Filosofaba con frecuencia. Me decía que en la vida no hay que hacer caso nunca de los consejos de los demás. Y que es muy difícil vivir con una mujer. Y que la juventud, la fama y la salud duran lo que duran, que él estaba en buena situación para saberlo. Y me contaba otras reflexiones que no recuerdo ya.

Creo que me tenía mucho afecto. Éramos de la misma estatura, un metro noventa y cuatro él y un metro noventa y ocho yo. Todas las noches lo llevaba a su habitación sujetándolo del brazo por culpa del vodka que se había tomado. Me decía siempre:

—Thank you, my son... —antes de quedarse dormido como un leño.

En cuanto a Bella, me pidió que le prestase dinero porque acababa de perder una cantidad elevada al póquer. Me quedaban cuatrocientos mil francos de los seiscientos mil francos antiguos que me habían pagado por el guión. Le entregué tres cuartas partes. Estaba enamorado de ella porque siempre había sentido debilidad por esas mujeres diminutas y morenas de ojos verdes. Pero era demasiado tímido para decírselo.

El rodaje duró tres semanas. Rollner ni se había molestado en ir a ver las pruebas de cámara que habían proyectado en un cine de Hyères. Mandaba al ingeniero de sonido. Me pidió que «condensara» las cuarenta últimas páginas del guión para «liquidar» el final en tres días. Ya no podía más. Se quedaba dormido de aburrimiento entre plano y plano.

No recobró el interés por el trabajo hasta el momento de rodar la secuencia en que restallaba como un estandarte esta réplica: «Es posible ser judío y un as de la aviación, caballero». Le hizo repetir quince veces la escena a Tellegen, pero nunca llegó a conseguir lo que le habría gustado.

Hubo una fiestecita al final del rodaje. Para esta ocasión, Stocklin llegó de París en una avioneta. La pilotaba personalmente e hizo con éxito un aterrizaje acrobático delante del hotel con la pipa entre los dientes.

Esa noche hubo un ambiente muy animado. Una noche de agosto con aquel olor a pino y a eucalipto. Rollner parecía aliviado por haber rematado la película.

Sacaron una foto de todo el equipo, que espero volver a encontrar. Yo estaba entre Bella y Tellegen. Tellegen bebía como un cosaco. Daba lástima verlo. Bella me cuchicheaba que había perdido el dinero que le había prestado, pero me juraba que me lo devolvería cuando volviera a París. Me daba su número de teléfono: Auteuil

00 08

Durante la velada, pude llevarme a Rollner a un rincón y le pregunté cuándo estrenarían *Captain Van*

Mers du Sud.

Tenía la mirada turbia. Él también había bebido mucho.

—Pero si no la estrenarán nunca, muchacho... —me dijo, encogiéndose de hombros.

Luego me llevó fuera de la sala donde estábamos todos reunidos. Lo ayudé a subir las escaleras. Se detuvo en el primer descansillo. Me miraba fijamente.

—Dígame, muchacho..., nunca he entendido por qué lo contrataron para hacer este guión. ¿Es usted familia de Stocklin?

—No... no creo —le dije.

Me sonreía y me daba palmaditas en la cabeza con mano paternal.

—De todas formas... Todos somos familia unos de otros... El cine es una gran familia...

Seguimos subiendo las escaleras. Tropezaba en todos los peldaños.

—Esta película es una mierda...

—¿Usted cree? —le dije.

—A mí me importa un carajo. He dicho todo lo que tenía que decir en esta película. TODO.

Arrimaba la cara a la mía.

—Ya sabe..., mi frasecita...

Yo lo sostenía pasillo adelante. Abrí la puerta de su habitación.

—Lo siento por usted, Patrick —me dijo—. Pero yo he dicho todo lo que tenía que decir en esta película. Una simple frase...

De pronto se fue hacia el lavabo, se inclinó y vomitó. Lo esperaba en el hueco de la puerta. Se volvió hacia mí, lívido. Sonreía.

—Disculpe. Estoy fatal. Debería usted regresar con los demás.

Me senté en medio del pasillo, cerca de su puerta, pensando que a lo mejor me necesitaba. Oí el estruendo de un mueble que se caía y el ruido quejumbroso de los resortes de una cama vieja cuando alguien se desploma en ella. Un silencio. Y luego esta frase, apenas inteligible, que Rollner musitaba entre dientes:

—Es posible ser judío y un as de la aviación, caballero...

VIII

Mi mujer y yo habíamos llegado a la plaza de Clemenceau de Biarritz. Habíamos dejado atrás el Café Basque, que parecía una casa solariega, y nos metimos por la avenida de Victor-Hugo.

Era el inicio de una tarde soleada de junio y soplaban un viento muy suave. Ningún peatón. Pasaban muy pocos coches que apenas si alteraban el silencio. Me pareció reconocer la plaza del mercado y el atrio de la iglesia Saint-Joseph. Cruzamos el umbral de esa iglesia. Estaba desierta. Ardía una única vela cerca del confesonario. ¿A quién estaba dedicada? Me habría gustado consultar el registro de bautismos, pero, como no veía a nadie a quien poder dirigirme, pensé que podríamos volver a última hora de la tarde.

Íbamos por la avenida de La République. Desde luego, no había cambiado gran cosa en los últimos veinte años y yo miraba las fachadas de las casas con la esperanza de que alguna de ellas me despertase algún recuerdo. Habría podido creerse que estábamos paseando por los alrededores de París, por Jouy-en-Josas, por ejemplo, por la apacible y misteriosa calle del Docteur-Kurzenne, donde habíamos vivido mi hermano y yo. Pero algún chalé con aspecto más balneario que los demás y en cuya entrada se veía el letrero Villa Miramar o Villa Reine Nathalie me recordaba que estábamos en Biarritz. Y la luz tierna y clara era la de la Costa de Plata.

En la avenida de La République, los niños estaban entrando en el instituto Sainte-Marie, un edificio muy antiguo cuya fachada habían vuelto a pintar. La verja estaba abierta y, después de entrar por ella, se perseguían en el patio. Un timbre sordo anunciaba la hora de clase. Y me acordé de esa mañana de octubre de 1950 en que mi madre y yo cruzamos este patio y llamamos a una de las puertas acristaladas con postigos de madera gris. Era la primera vez que yo iba al colegio y estaba llorando.

A nuestra izquierda, el callejón de Les Frères se internaba entre dos muros hasta perderse de vista. Me fijé en una puerta en la que leí: Institución de la Inmaculada Concepción. A la derecha, una hilera de unas cuantas villas pequeñas. Llegamos al final de la avenida. Había un cruce. Unos pocos pasos más y, en la intersección de dos calles e imponiéndose en el cruce como una figura de proa, se me apareció la Casa Montalvo.

¿Cómo describirla? Una edificación maciza de piedra clara o, más bien, un castillo rematado con un tejado de pizarra y con lienzos de pared cortados. El paseo, muy ancho, lleva hasta la puerta de entrada que está debajo de un tejadillo, de pizarra también. Una tapia rodea el parque de la Casa Montalvo. Entré por el portalón de pino, pero no me atreví a llegar hasta la entrada. Al final del paseo, a la izquierda, entre los macizos, se alza una palmera que estoy seguro de que admirábamos de niños, pero de la que no me queda ningún recuerdo. Me habría gustado saber cuáles eran las ventanas del pisito en que vivíamos mi hermano Rudy y yo, porque la Casa Montalvo estaba dividida en varios pisos amueblados. Desde esas ventanas divisábamos, al otro lado del cruce, el palacio Grammont, su fachada de ladrillos rojos de estilo Luis XIII, sus torrecillas y su parque abandonado.

Cerré la verja al salir. A ambos lados, una placa. En la de la izquierda, leí: Casa, y en la de la derecha: Montalvo. CASA MONTALVO.

Mi mujer me esperaba fumando un cigarrillo. Fuimos todo recto por la calle de Saint-Martin y no tardamos en detenernos delante de la iglesia del mismo nombre. Creo que es una iglesia que data del siglo XV. Nos cruzamos con un sacerdote con sotana a quien le pregunté si podía hacerme con un extracto de partida de bautismo. Me indicó un edificio pequeño, enfrente de la iglesia. Entramos. Había una señora de edad detrás de una ventanilla. Mi mujer se sentó en el banco del fondo de la sala y yo, encorvando la espalda ante la ventanilla, dije:

—Vengo a pedir un extracto de partida de bautismo.

Estaba cada vez más seguro de que el bautismo se había celebrado en esa iglesia.

—¿De qué fecha? —me preguntó la señora con voz muy suave.

—Pues... verano de 1950...

Y, al decir «verano de 1950», noté una bocanada de tristeza.

Deletreé mi apellido y ella lo buscó pacientemente en el registro en los meses de junio, julio, agosto y septiembre; por fin lo encontró con fecha del 24 de septiembre.

—No fue en el verano, sino en el otoño de 1950 —me dijo con sonrisa deslucida.

Copió la partida de bautismo y me dio esta hoja en la que puede leerse:

EXTRACTO DE PARTIDA DE BAUTISMO
PARROQUIA DE SAINT MARTIN – BIARRITZ DIÓCESIS DE BAYONA

Registro de bautismos, Año 1950 –
Acta n.º 145

El 24 de septiembre recibió el bautismo: P

nacido el 30 de junio de 1945 en París

hijo de: A,

y de: L.

Domiciliados en París. Muelle de Conti, 15.

Padrino: André Camoin, representado por J. Minthe y W. Rachewsky.

Madrina: Madeleine Ferragus.

Menciones al margen: No existen.

Doblé cuidadosamente el extracto de la partida de bautismo y me lo metí en el bolsillo interior de la chaqueta. Mi mujer y yo salimos.

Así que me bautizaron en esta iglesia pequeña de Saint-Martin... Recordaba vagamente la ceremonia, mi aprensión cuando el sacerdote me llevaba hacia la pila, y el grupo que formaban mi hermano, a quien habían bautizado la víspera, mi madre, mi madrina, Madeleine Ferragus, y las dos personas que «representaban» a mi padrino. Solo me quedaba una imagen clara: la del coche grande, blanco y descapotable de Rachewsky aparcado delante de la iglesia. Un bautismo casual. ¿Quién había tomado la iniciativa? ¿Y por qué nos quedamos casi un año en Biarritz mi hermano y yo? Creo que la guerra de Corea tenía algo que ver y que decidieron, por esa guerra, alejarnos de París y bautizarnos por precaución, acordándose de la guerra anterior. Recuerdo una frase de mi padre cuando vino a vernos a la Casa Montalvo antes de irse a África: «Si continúa la guerra, os llevaré conmigo a Brazzaville», y nos enseñó en el mapamundi Taride, que nos había regalado, esa ciudad del África Ecuatorial francesa.

Otras imágenes... Una noche de Toros de Fuego en Saint-Jean-de-Luz arremetí contra alguien que le tiraba confeti a mi madre. Una camioneta me atropelló a la salida de la Institution Sainte-Marie. El edificio de las hermanas dominicas, en la avenida de La République, delante del que habíamos pasado hacía un rato, y donde me durmieron con éter para atenderme. La fanfarria militar que oíamos mi hermano Rudy y yo bajo los árboles de la plaza de Pierre-Forsans.

Al final de la calle de Saint-Martin, fuimos mi mujer y yo por la avenida de J.-F.-Kennedy. En aquellos tiempos no se llamaba así. Nos sentamos en la terraza de un café pequeño, al sol. El dueño y otras dos personas, detrás de nosotros, hablaban del partido de pelota vasca del domingo siguiente. Palpé a través del tejido de la chaqueta el extracto de mi partida de bautismo. Muchas cosas habían cambiado desde entonces; había habido muchas penas; pero no dejaba de resultar reconfortante haber localizado la antigua parroquia de uno.

IX

¿He cambiado mucho desde la época en que vivía en Lausana, en el cantón de Vaud?

Por la noche, cuando salía de la academia Florimont, cogía ese metro que parece un funicular y que, desde el centro de la ciudad, baja hacia Ouchy. No tenía mucha dedicación en la academia Florimont. Tres horas de francés semanales, que les daba a los alumnos extranjeros fuera del programa de estudios. Clases de verano, como quien dice. Les dictaba textos interminables y no se enteraban de nada porque tengo una voz sorda.

Solo tenía veinte años, pero mi memoria era anterior a mi nacimiento. Estaba seguro, por ejemplo, de haber vivido en el París de la Ocupación ya que me acordaba de algunos personajes de aquella época y de detalles ínfimos y perturbadores de esos que no menciona ningún libro de historia. Y eso que intentaba luchar contra la fuerza de gravedad que tiraba de mí hacia atrás y soñaba con librarme de una memoria envenenada. Lo habría dado todo en el mundo por tener amnesia.

Pensé en buscar refugio en alguna isla perdida del océano Índico, desde la que mis recuerdos de la vieja Europa me parecerían inanes. El olvido llegaría enseguida. Me curaría. Acabé por escoger un país más cercano que no había pasado por las desazones ni por los padecimientos del siglo: Suiza. Decidí quedarme allí mientras me lo permitiera mi prórroga para incorporarme al servicio militar.

Mis clases en la academia Florimont duraban hasta las siete y cuarto de la tarde y esa especie de atontamiento, por el que aún siento nostalgia, se adueñaba de mí en la avenida de Rumine. Los edificios y el Teatro Municipal ante el que pasaba carecían de relieve tanto como un decorado en trampantojo. En la plaza de Saint-François se alzaba una vieja iglesia del siglo XIII que no era más real para mí que las fachadas lisas de los bancos, algo más allá. Todo flotaba en Lausana; la mirada y el corazón se escurrían sin poder agarrarse a ninguna aspereza. Todo era neutro. Ni el tiempo ni el sufrimiento habían dejado aquí su lepra. Por lo demás, desde hacía varios siglos, de este lado del lago Lemán el tiempo se había detenido.

Me detenía con frecuencia en la terraza de un café que estaba cerca de la torre

Bel-Air

y escuchaba las conversaciones de los clientes. Incluso su forma de hablar francés agudizaba en mí el sentimiento general de irrealidad. Tenían inflexiones extranjeras y el francés en sus labios se convertía en esa lengua que se cuela por los altavoces de los aeropuertos internacionales. Incluso al acento del cantón de Vaud le encontraba una cerrazón y una rusticidad demasiado marcadas para ser ciertas.

Iba al andén de la estación de Flon. Una estación de metro sin olor, sin ruido, unos vagones de colores pimpantes, como juguetes de niños; y esperábamos, muy formales, que se abrieran las puertas. El convoy se deslizaba entre un silencio de algodón. Con la frente pegada a la ventanilla, miraba los anuncios luminosos. Eran de rasgos nítidos —mucho más nítidos que en Francia— y de colores vivos. Solo ellos y los paneles de las estaciones: Montriond y Jordils, perforaban algo mi letargo. Era feliz. Ya no tenía memoria. Mi amnesia sería más densa cada día, como una epidermis que se endurece. Ya no tenía pasado. No tenía porvenir. El tiempo se detendría y todo acabaría por confundirse en la bruma azul del Lemán. Había alcanzado ese estado que llamaba: «la Suiza del corazón».

Era un tema de controversia amistosa con Michel Muzzli, un suizo de mi edad a quien conocí al principio de mi estancia y que trabajaba en una compañía de seguros. Me reprochaba que tuviera una idea equivocada de su país, la misma idea que se hacen de él los residentes ricos y cosmopolitas que acaban su vida por la zona de Montreux, o la misma que los exiliados políticos. No, Suiza no era esa tierra de nadie, ese reino del limbo que quería yo ver en ella. La expresión «neutralidad suiza», cada vez que yo la decía, le causaba a Muzzli un dolor que se notaba a primera vista. Se doblaba como si acabase de acertarle una bala en pleno vientre y se le ponía el rostro de una tonalidad escarlata. Con voz entrecortada, me explicaba que la «neutralidad» no correspondía en profundidad a lo que él llamaba «el alma suiza». Había habido políticos, próceres e industriales que habían puesto toda la carne en el asador para llevar a la fuerza a Suiza por el camino de la «neutralidad», pero de ahí a pensar que «esos» eran la expresión de las aspiraciones del país... No, «esos» —según Muzzli— lo habían desviado de su vocación auténtica, que era asumir y expiar todos los sufrimientos y las injusticias del mundo. La Suiza con la que soñaba Muzzli, y cuya «revelación» no tardaría en llegar, adoptaba en su mente la apariencia de una joven pura y radiante que se iba a la aventura. Se hallaba continuamente expuesta a ultrajes de todo tipo, le maculaban el vestido blanco, pero,

entre los insultos y los charcos de barro, seguía avanzando, siempre sonriente y misericordiosa, y quizá hallaba cierta voluptuosidad en su vía *crucis*. Esta visión dolorista de Suiza me preocupaba un poco, pero Michel, cuando no hablaba de su país, era el hombre más dulce entre los hombres. Un rubio bastante alto, con pómulos marcados, ojos de un azul transparente, un esbozo de bigote, con un aspecto más ruso que suizo.

Me presentó a Badrawi, un chico de nuestra edad cuyo mote era Papou, y no tardamos en hacernos los tres inseparables. Badrawi trabajaba en un banco pequeño de la calle Centrale. Era de origen egipcio y su familia se había ido de Alejandría tras la caída del rey Faruk. Solo le quedaba una tía anciana que vivía en Ginebra y a la que enviaba la mitad de su sueldo. De estatura muy menguada, menudo, de ojos y pelo negros, tenía una risa infantil pero también, con frecuencia, un terror inconcreto le impregnaba la mirada. Muzzli y él vivían en el mismo edificio moderno, en el camino de Chandolin, cerca del Tribunal Federal. El cuarto de Papou Badrawi estaba atestado de libros ingleses. En la mesilla de noche, la foto de su novia, inglesa también, una muchacha de rostro felino que le escribía cartas largas para explicarle que lo quería, pero que lo engañaba; y que eso era algo que no tenía la mínima importancia, puesto que lo quería. No era esa la opinión de Papou; me hablaba a veces del asunto mientras tomábamos té. Él lo tomaba en grandes cantidades y cuando llamabas a su puerta podías tener la seguridad de que una taza de Earl Grey bien caliente te estaba esperando.

Todos estábamos pasando por momentos difíciles. Una o dos veces al mes, Muzzli montaba eso que llamábamos una «escandalera». Esas noches sonaba el teléfono en el cuarto de Papou y le pedían que fuera a buscar a su amigo, porque Muzzli llevaba siempre encima el número de teléfono de Badrawi. Al principio, Muzzli había elegido para sus «escandaleras» una sala de fiestas de la avenida de Benjamin-Constant, a una de cuyas animadoras conocía, una rubia que era clavada a la actriz francesa Martine Carol y se llamaba, por lo demás, Micheline Carole. Luego vino el restaurante del Hôtel de la Paix. Y el vestíbulo de la estación. Y el Teatro Municipal una noche en que una compañía de Zúrich representaba *Guillermo Tell* de Schiller. No tardaron en reconocerlo y le prohibieron el acceso a sitios públicos.

Una noche estaba yo en casa de los Badrawi y llevábamos dos o tres horas esperando a Michel cuando sonó el teléfono: el dueño de una «hostería» nos avisó de que «el señor Muzzli» estaba ya «en un estado lamentable» y que probablemente lo iban a «linchar». Y él no quería «historias con la policía». «Sacar al señor Muzzli de ese mal paso» era cosa nuestra. La hostería estaba a unos diez kilómetros, en una localidad que se llamaba Chalet à Gobet. Cogimos un taxi y anduvimos mucho rato dando vueltas antes de dar con dicho establecimiento en medio de un bosquecillo de abetos. Muzzli estaba tumbado en una mesa, al fondo del local, con la cara tumefacta y la camisa desabrochada. Le faltaba el zapato del pie izquierdo. Un grupo de unas diez personas, con aspecto de gente de campo, nos miraron con hostilidad. Muzzli se deslizó fuera de la mesa y se nos acercó trastabillando. Le salía sangre de la comisura de los labios. Badrawi y yo lo sujetamos por los brazos, y según salíamos por la puerta, cuando ya nos hallábamos al aire libre, oímos a nuestra espalda a alguien que vociferaba con un acento muy marcado del cantón de Vaud:

—Menos mal que han venido a buscarlo. Si no, rematábamos a ese desgraciado...

Siguiendo su costumbre, Muzzli les había echado una arenga acerca de Suiza. Yo me sabía de memoria sus argumentos. Les había dicho que Suiza llevaba «dormida» desde principios de siglo y que ya era hora de que se despertase y se aviniese por fin a «ensuciarse las manos». En caso contrario, los suizos se parecerían cada vez más a unos «cerdos muy limpios y de color rosa». Aquella noche lo habían linchado a medias, pero eso era lo que andaba buscando: que lo linchasen a él, a Michel Muzzli, suizo, y que ocurriese de preferencia entre los montones de basura de un barrio de chabolas. Así expiaría la limpieza excesiva y los demás crímenes de su país.

Michel aspiraba al martirio, pero Badrawi, por el contrario, vivía con el temor de que lo asesinasen. Ya en nuestros primeros encuentros me confió ese secreto. Tenía siempre in mente el ejemplo de uno de sus primos, un tal Alec Scouffi, asesinado en París en 1932 sin que nunca se hubiesen aclarado las circunstancias de aquel asesinato. Scouffi había nacido en Alejandría y había publicado dos novelas en francés y una biografía del cantante Caruso. Su foto destacaba en medio de la mesilla de noche de mi amigo y el parecido era tal que estuve mucho tiempo creyendo que se trataba de una foto del propio Badrawi. A veces me preguntaba si no se habría inventado a ese primo porque se complacía en esa idea: morir asesinado. Fuere como fuere, Papou estaba convencido de que quienes habían asesinado a su primo lo matarían a él también y no había razonamiento ni sermón amistoso que le sacase esa idea de la cabeza. Lo único que admitía era que corría muchos menos riesgos en Suiza que en cualquier otro lugar. Tenía la seguridad de que la neutralidad suiza lo protegía como un velo y de que nadie se atrevería a cometer un asesinato en ese país. Muzzli intentaba demostrarle todo lo contrario y le reprochaba que tuviera colgado en

la pared de su cuarto un retrato del general Henri Guisan. Pero Badrawi le explicaba que el rostro dulce y paternal de ese militar suizo que nunca había combatido ni nunca había matado a nadie lo reconfortaba mucho y le calmaba la angustia.

Así pues, al caer la noche, todos volvíamos a nuestra soledad, Michel Muzzli a su desventura de ser suizo y Papou a esa obsesión por el asesinato que lo movía a cerrar con cerrojo la puerta de su cuarto y acurrucarse en la cama con una taza de té. Yo encendía la radio. Al girar el mando, milímetro a milímetro —un movimiento demasiado brusco de la aguja y había que volver a empezar desde el principio—, conseguía coger en la frecuencia media la emisora GenèveVariétés. Allí, a las diez en punto, empezaba la emisión «Música en la noche». Desde que había descubierto por casualidad esa emisión diaria, que solo duraba veinte minutos, no podía por menos de oírla, solo en mi cuarto de la avenida de Ouchy. Una sintonía desgranada al piano, una melodía impregnada de encanto tropical. Una voz, mientras seguía la sintonía, una voz grave y levemente nasal, que anunciaba:

—«Música en la noche».

Luego, otra voz, en este caso metálica:

—Una emisión de...

La primera voz, siempre tan grave:

—Robert Gerbauld...

La segunda voz, más aguda, casi femenina:

—Y Jean-Xavier Curtine.

Volví a oírse la sintonía unos segundos. Tras el acorde final, la primera voz, la de Gerbauld, especificaba con tono de complicidad furtiva:

—Ha sido, como siempre, una obra de Heitor Villa-Lobos.

En lo que duraban los veinte minutos de emisión, iban anunciando las sonatas, los adagios, los caprichos y las fantasías. Tenían un gusto marcado por los músicos de inspiración española y Gerbauld pronunciaba con inflexiones golosas los nombres de Albéniz, de Manuel de Falla, de Granados... Ninguno de los dos comentaba nada y se limitaban a indicar el nombre de las piezas, lo que daba a su emisión una elegancia escueta. Al final, unas notas de piano en sordina: la segunda sintonía. Un último acorde, casi imperceptible. La voz de Gerbauld:

—Ha sido, como siempre, el concertino número 6 de Hummel.

Y la voz de Jean-Xavier Curtine, entrecortada, pero acariciadora:

—Gracias, queridos oyentes de «Música en la noche». Hasta mañana. Buenas noches.

Al cabo de unos días, ¿qué me ocurrió al oír esa emisión? ¿Fue porque se me iba afinando el oído? El caso es que me pareció percibir un leve chisporroteo tras el flujo de la música. Primero supuse que se trataba de esas interferencias que se oyen cuando se sintoniza una emisora extranjera, pero no tardé en tener la seguridad de que era el susurro de varias conversaciones cruzadas, un susurro confuso en el que destacaba de vez en cuando una voz que lanzaba una llamada de socorro o un mensaje indistinto, como si varias personas aprovecharan esa emisión para intercambiar mensajes entre sí o encontrarse a tientas. Y como si sus voces intentasen en vano perforar la pantalla de la música. Algunas noches no ocurría ese fenómeno y las piezas que anunciaban Gerbauld o Curtine transcurrían de cabo a rabo con un sonido de nitidez cristalina.

Un domingo tardé más que de costumbre en sintonizar Genève-Variétés. «Música en la noche» había empezado hacía unos diez minutos y, para mayor sorpresa mía, oí que Gerbauld estaba diciendo:

—Queridos oyentes —había en su voz un temblor desacostumbrado—, la obra que acabamos de oír me llega en derechura al corazón. Esta música parece un lamento de ultratumba, es un prolongado grito de exilio...

Un silencio. Gerbauld siguió diciendo con voz cada vez más alterada:

—No cabe duda de que el compositor ha querido traducir aquí la impresión que tenía de ser el último superviviente de un mundo desaparecido, un fantasma entre fantasmas.

Otro silencio. Luego la voz de Curtine, ronca:

—Esa es una impresión que conoce usted bien, Robert Gerbauld.

Y la voz de Gerbauld, cortante, como si temiera que el otro se fuera de la lengua: «Queridos oyentes, hasta mañana. Buenas noches».

Una idea me dejó clavado en el sitio, fruto de las palabras «ultratumba», «exilio», «fantasmas entre fantasmas» que acababa de oír. Robert Gerbauld me recordaba a alguien. Me eché en la cama y clavé los ojos en la pared que tenía delante. Se me apareció una cara entre las flores del papel pintado. Una cara de hombre. Esa cara, que destacaba nítidamente en la pared, era la de D., el personaje más repugnante del

París de la Ocupación; D., que yo sabía que se había refugiado en Madrid y luego en Suiza y que *vivía con un nombre falso en Ginebra y había encontrado trabajo en la radio*. Pues claro, Robert Gerbauld era él. Volvía a anegarme el pasado. Una noche de marzo de 1942, un hombre de apenas treinta años, alto, con apariencia de sudamericano, estaba en el Saint-Moritz, un restaurante de la calle de Marignan, casi esquina con la avenida de Les Champs-Élysées. Era mi padre. Lo acompañaba una joven llamada Hella Hartwich. Las diez y media de la noche. Un grupo de policías franceses de paisano entran en el restaurante y cubren todas las salidas. Luego empiezan a comprobar la identidad de los clientes. Mi padre y su amiga no llevan documentación. Los policías franceses los meten en un furgón con otras diez personas para una comprobación más minuciosa en la calle de Greffulhe, en la sede de la Policía de Asuntos Judíos.

Al meterse el furgón en la calle de Greffulhe, mi padre se fija en que la gente está saliendo del Théâtre des Mathurins donde representan *Mademoiselle de Panama*. Los inspectores los llevan a lo que había sido el salón de una vivienda. Quedan la araña y el espejo de la chimenea. En el centro de la habitación, un escritorio grande de madera clara al que está sentado un hombre con gabán cuyo rostro fofo y lampiño reconoció mi padre. Era D.

Les pide a mi padre y a su amiga que se identifiquen. Por cansancio o por desafío, dan sus nombres. D. consulta distraídamente varias hojas donde figuran seguramente todos los nombres que suenan a sospechosos. Alza la cabeza y le hace una seña a uno de los hombres.

—Llévatelos. Prisión preventiva.

Por las escaleras, mi padre, su amiga y otros tres o cuatro sospechosos van entre dos inspectores. Salta el temporizador y se apaga la luz. Antes de que vuelvan a encenderla, mi padre, tirando de su amiga, baja a todo correr el piso que los separa de la planta baja y los dos salen por la puerta cochera. Corren hacia la calle de Les Mathurins. Les parece oír exclamaciones y ruidos a su espalda. Luego, el motor del furgón. Van por la glorieta de Louis-XVI, abren el portal de un edificio y suben corriendo las escaleras, a oscuras. Llegan al último piso sin llamar la atención. Allí esperan a que se haga de día. No saben de qué se han librado. Después de la prisión preventiva, vienen Drancy o Compiègne. Luego, los convoyes de deportados.

Una cara plana, sin arista. Una boca con el labio superior enroscado y colgante y el labio inferior diminuto, y esa boca era la de algunos batracios que pegan la cabeza a los cristales de los acuarios. Un cutis bastante mate, liso y sin la mínima pilosidad. Así se me apareció esa noche D., ese que andaba por los restaurantes del mercado negro de la Ocupación rodeado de una cohorte de efebos a medias asesinos y a medias *boy-scouts*, a quienes, curiosamente, llamaban «los guantes grises», D., el hombre de la calle de Greffulhe. Venía a perseguirme hasta este país donde yo había creído que iría perdiendo poco a poco la memoria. La cabeza iba resbalando por la pared, se acercaba, y yo notaba ya su contacto helado y blando.

Y, sin embargo, qué hermosa era la vida aquella primavera... En las horas libres que nos dejaba el trabajo quedábamos Papou, Muzzli y yo, en la piscinita de un hotel en la esquina de la avenida de Ouchy con la avenida de Cour. Estaba al fondo de un jardín y una cortina de árboles la resguardaba de la avenida de Ouchy. Micheline Carole venía a reunirse allí con nosotros cuando se despertaba, a eso de la una de la tarde. Se pasaba el día tomando baños de sol porque su trabajo no empezaba hasta la noche. También eran de nuestro grupo dos hermanas gemelas, dos deliciosas y diminutas indonesias que —según decían— «estaban estudiando» en Lausana.

En la superficie del agua verde pálido había flotadores infantiles con la siguiente inscripción: «Días felices», y luego el año. ¿1965? ¿1966? ¿1967? Qué más da. Yo tenía veinte años.

Ocurrieron por entonces coincidencias muy raras. Un sábado por la mañana fui a la piscina más temprano de que costumbre. Se me había adelantado un bañista que nadaba con estilo mariposa. Al verme, se abalanzó hacia mí y nos dimos un abrazo: era un amigo de París, un cantante joven de origen belga que se llamaba Henri Seroka. Vivía en el hotel. Había participado —me explicó— en el Tilo de Oro de la Canción en Évian y, como los hoteles estaban llenos en esa ciudad, le habían encontrado habitación en Lausana. Las eliminatorias habían durado cinco días y todas las mañanas cogía el barco para ir de Lausana a Évian. El jurado lo seleccionó en semifinales y lo eliminó en la última vuelta, «pese a las ovaciones del público». El fracaso no parecía afectarlo. Llevaba allí una semana y no se decidía a irse del hotel. El estado de indolencia y amodorramiento que se iba adueñando de él poco a poco lo tenía extrañado. Ni siquiera le preocupaba ya la cuenta, que iba creciendo de día en día y que no iba a poder pagar. Nos alegrábamos de volver a vernos. Henri Seroka me devolvía a un pasado reciente aún, a las tardes en que vagábamos mi amigo Hughes de Courson y yo por los locales destartados de las Éditions Musicales Fantasia, en la calle de Grammont. Escribíamos canciones y Seroka había interpretado una de ellas: *Los pájaros vuelven*, que le

valió un accésit en el Festival de Sopot y una medalla en el Festival de la Canción de Barcelona. Ahora ya habían dejado de existir las Éditions Musicales Fantasia; muchos conocidos nuestros se habían hundido con ellas, pero era grato volver a encontrarnos al borde de esa piscina.

Tuvimos unos cuantos días de vacaciones por Pentecostés y era como si todos echáramos al olvido las preocupaciones. Michel Muzzli estaba relajado y no montó ni una «escandalera». Yo tenía la esperanza de que acabase por reconciliarse con su país. Badrawi recobraba al sol una despreocupación oriental y sentía mucho menos temor de que lo asesinasen. Y además su novia inglesa le había escrito pidiéndole permiso para ir a verlo a Lausana al mes siguiente. En cuanto a Henri Seroka, nos hablaba sin amargura del Tilo de Oro de la Canción. Había ganado por los pelos un niño prodigio de trece años que había salido al escenario con pantalón corto, camisa blanca y corbata para cantar rock'n'roll

. Seroka era el primero en reírse. No sabía con exactitud qué demonio lo había impulsado a participar en el Tilo de Oro ese. No lo podía remediar. Cada vez que oía hablar de un festival de la canción acudía corriendo, y había hecho así unos viajes muy bonitos, a Sopot, en Polonia, pero también a Italia, a Austria y a la Unión Soviética. Estaba empezando a ser conocido del otro lado del Telón de Acero. Había cantado en Moscú, en Leningrado y en Kiev, y allí, decía, había encontrado su verdadero público. Yo no lo dudaba. Los rusos tenían que valorar mejor que nadie su voz clásica de cantante melódico y su físico, muy clásico también: era igualito a Errol Flynn. Por cierto que Micheline Carole parecía cada vez más sensible a sus encantos. Era un sentimiento recíproco. Se dedicaban en plena piscina a algo así como un coqueteo acuático. La pareja que formaban —él clavado a Errol Flynn y ella, a Martine Carol— me daba la ilusión de que el tiempo regresaba a sus fuentes. Esos dos actores desaparecidos volvían a estar presentes allí, entre nosotros, como en los hermosos días de nuestra infancia y llevaban la amabilidad hasta el punto de nadar y coquetear ante mis ojos cerrados a medias.

Yo le caía bien, aparentemente, a una de las indonesias diminutas, mientras a su hermana gemela le gustaba Muzzli. Papou Badrawi, ovillado en una tumbona, soñaba con la llegada de su novia. Estábamos todos flotando en un vaho sensual que avivaba la reverberación del sol en el agua verde, el temblor de los árboles por la zona de la avenida de Ouchy y los

Pimp's

Champagne que Seroka pedía para nosotros. Nuestras reuniones acababan muy tarde y yo no tenía ya ocasión de sintonizar «Música en la noche».

Sí, hay coincidencias muy raras. Estaba hojeando distraídamente junto a la piscina un periódico suizo cuando se me posó la vista en este suelto: «A partir de mañana, en el teatro al aire libre de Lausana empezarán las jornadas musicales de la Riviera de la Suiza Francesa. Fundadas hace tres años por iniciativa de unos cuantos antiguos alumnos del maestro Ansermet, en estas jornadas coincidirán numerosos musicólogos entre los que se hallarán nuestros colegas de GenèveVariétés, Robert Gerbault y Jean-Xavier Curtine».

Me levanté, me puse un albornoz blanco y me aparté de los demás. Iba por el paseo de grava que llevaba a la piscina del hotel y estaba seguro de haber vivido anteriormente este día. Preveía ya lo que iba a venir después, como en los sueños en que sabemos de antemano que van a guillotinar a la rubia condesa du Barry, pero cuando intentamos explicárselo y conseguir que salga de París a tiempo, se encoge de hombros.

Me encaminé hacia la recepción del hotel y le pregunté al portero:

—¿Ha llegado ya el señor Gerbault?

—Está en el bar, señor.

Esa frase la estaba esperando. Habría podido incluso soplársela.

—En el bar, señor...

Estiraba el brazo para indicarme la entrada del «bar».

Yo no pasaba del umbral del «bar», una sala grande con maderas claras, un techo artesonado y mesas bajas rodeadas de sillones tapizados en tela escocesa.

Lo reconocí a la primera ojeada. Estaba sentado a la derecha de la entrada, enfrente del otro. Charlaban. Un olor a papel de Armenia flotaba en el aire y no me costó en absoluto acordarme de que ese era el perfume que usaba. Andando de forma que intenté que pareciera natural —iba descalzo y temía que mi albornoz les llamase la atención— fui a sentarme a una mesa bastante alejada de la de ellos. No se fijaron en mí de tan absortos como estaban en su conversación. Hablaban alto, Gerbault con su voz cálida, el otro, el joven, con un timbre aún más metálico que el que tenía por la radio.

—Estás al tanto del problema tan bien como yo, Jean-Xavier —decía Gerbault.

—Pues claro.

—Hay algo que puedo hacer.

—¿Qué?

—Ponerlos entre la espada y la pared. O un Festival Manuel de Falla el año que viene o un Festival Hindemith. Y se acabó.

—¿Y les diría eso?

—Si me dicen que no, me marchó dando un portazo.

—¿Lo haría, Robert?

Así que muy cerca de mí estaba sentado el hombre responsable de unos cuantos miles de deportaciones entre 1940 y 1944, el que dirigía los «equipos» de la calle de Greffulhe de los que escapó mi padre de milagro... Estaba al tanto de su pedigrí. Un abogado de poca monta y sin un céntimo antes de la guerra, y luego concejal, se añadió un «de» al apellido y fundó la organización *Rassemblement antijuif*. Tras la Liberación buscó refugio en Madrid, donde, con el apellido Estève, dio clases de francés. Yo lo sabía todo acerca de él, incluso su fecha de nacimiento: 23 de marzo de 1901, en Cahors.

—... ¡Un Festival Manuel de Falla o no hay festival!

—Es pasmoso lo injusta que es toda esta gente con Falla —comentó, pensativo, Jean-Xavier Curtine.

—¡Con o sin injusticia, me marchó dando un portazo!

¡Así que aquel individuo, a pocos metros de mí, había pretendido que yo no llegase a nacer! Lo miré con muchísima curiosidad. La foto suya que había recortado de un periódico de la Liberación estaba borrosa porque el papel era de mala calidad, pero me fijé en que se le había hinchado la cara en los últimos veinticinco años —sobre todo la parte baja de las mejillas— y se había quedado sin pelo. Llevaba gafas con montura y patillas doradas. Fumaba en pipa, no se la quitaba de la boca ni siquiera para hablar y tenía un aspecto plácido que me sorprendió. Tenía una calva y una corpulencia bonachonas. Llevaba un traje de pana negra y un jersey de cuello vuelto de color granate. Un pastor protestante grueso. El otro, Jean-Xavier Curtine, no era nada más que un joven de rasgos regulares, pero con una cara muy estrecha, y de cutis pálido. El pelo negro parecía fijado con laca. El traje de pana azul verdoso, muy entallado, el anillo de sello, los gestos menudos y precisos, los mocasines, todo ello hacía pensar en una meticulosidad asiática. Por lo demás, podría haber sido eurasiático.

—Entonces, ¿cree que colará lo del Festival Manuel de Falla?

Gerbault mordisqueaba la pipa.

—Por supuesto...

Sonreía con la pipa entre los dientes.

—Sobre todo si les prometo la difusión íntegra en Genève-Variétés...

—Sería maravilloso —decía Curtine con su voz metálica de insecto— si fuera posible representar *La Atlántida* de Falla íntegra.

Gerbault movía la cabeza, pensativo.

—Sí, sí, sí...

El camarero se acercó a su mesa en ese momento.

—¿Qué van a tomar los señores?

—Una cerveza —dijo Gerbault—. ¿Y tú?

—Una granadina...

El camarero vino luego a mi mesa.

—Una Suze —le dije.

Se habían percatado de mi presencia y los dos me estaban mirando, extrañados seguramente al verme en albornoz. Gerbault sonreía. Me hizo una seña amistosa con la cabeza y yo le correspondí. Nos trajeron las consumiciones.

—¿Está buena? —me preguntó Gerbault como en un aparte.

—¿Buena?

—Sí. El agua de la piscina.

—Muy buena.

Se volvió hacia Curtine.

—Deberías bañarte, Jean-Xavier. El señor dice que el agua está buena.

—Pienso ir, desde luego —dijo este, sonriéndome.

—A su salud —dijo Gerbault alzando el vaso de cerveza.

Hice una mueca que quería ser una sonrisa y luego me levanté y me fui del bar.

Crucé el vestíbulo a zancadas y fui corriendo por el paseo de grava hasta la piscina.

Muzzli y Papou se bañaban. Henri Seroka estaba tumbado junto a Micheline Carole en una toalla de baño grande, blanca y roja. Estaban cogidos de la mano.

—¿Dónde estabas? —me preguntó.

¿Qué le iba a responder? Me dijeron que Hedy, la indonesia, llevaba media hora buscándome.

Muzzli y Papou salieron de la piscina y vinieron a nuestro lado.

—Estás pálido —comentó Seroka—. Deberías tomar un Porto Flip.

Yo estaba temblando, pero intentaba controlarlo para que no se diesen cuenta.

—¿Todo bien? —me preguntó Muzzli.

—Sí, sí, todo bien. Muy bien.

Me quité el albornoz y me zambullí. Me quedé mucho rato debajo del agua con los ojos abiertos. Todo el tiempo que pude. Una eternidad. Cuando volví a la superficie, puse los codos en el borde la piscina y apoyé la barbilla en los azulejos de color azul.

—Está buena, ¿eh? —me dijo Seroka—. Te pido un Porto Flip.

Dos hombres venían por el paseo, lejos, y se iban acercando y acercando. Curtine y Gerbauld. Curtine lucía un bañador azul pálido que no le llegaba a los muslos y formaba una V en la entrepierna; Gerbauld seguía con el traje de pana negro y llevaba, en bandolera, una cámara fotográfica de un tamaño impresionante.

Se detuvieron del otro lado de la piscina. Gerbauld se sentó en el único asiento de lona y Curtine en el suelo, a su lado. Tenía un aspecto bastante atlético, como les sucede a las personas de corta estatura que le dan a la musculatura una importancia exagerada. Con un impulso muy brusco se levantó y se acercó para probar el agua de la piscina con el pie izquierdo. Estuvo así unos segundos, en equilibrio, con la pierna derecha algo doblada, la pierna izquierda tiesa como la de un bailarín de puntillas, el torso muy erguido y los brazos a la espalda. Sin levantarse, Gerbauld había orientado hacia Curtine el objetivo de la cámara y apretaba el disparador. Curtine sonreía.

Mis amigos y yo los mirábamos y observé cierto interés en Seroka, Micheline Carole y Badrawi. Me entraron ganas de interpelar con su apellido auténtico a Gerbauld, pero no era el lugar más adecuado y me daba miedo asustar a los demás. Curtine se encaminaba con andares flexibles y despaciosos hacia el trampolín. Lo cimbreado varias veces al saltar a mucha altura, como si quisiera probar su elasticidad. Gerbauld se había levantado del sillón de lona y seguía haciéndole fotos a Curtine.

Por fin, Curtine se zambulló con mucha elegancia y, tras dar unas cuantas brazadas, se sacudió el agua y salió de la piscina con un solo impulso de los brazos. Gerbauld le hizo otra foto, pero en esta ocasión de muy cerca. Volvió a ponerse la cámara en bandolera, cogió una toalla grande, roja y blanca, que estaba doblada en el respaldo del asiento, la desplegó, envolvió en ella a Curtine y le friccionó los hombros con los ademanes de firme protección que habría tenido un entrenador de boxeo con su pupilo. Curtine se tumbó boca arriba en el suelo, con las piernas muy juntas y los músculos abdominales visiblemente tensos. No paraba de acariciarse con ambas manos el pelo para echarlo hacia atrás. Gerbauld hincó una rodilla en tierra, enarboló la cámara y volvió a fotografiarlo.

—¿Estaba buena? —le preguntó.

—Muy buena.

Hablaron más bajo y dejé de oír lo que decían. Luego, Gerbauld alzó la cabeza y miró hacia el otro lado de la piscina.

Me vio y me hizo una seña.

—¿Lo conoces? —me preguntó Badrawi.

—No.

Al cabo de diez minutos, se pusieron de pie. Curtine envuelto en la toalla de baño blanca y roja que acabó por tirar al degaire al borde de la piscina. Se dirigió al paseo, avanzando a pasos cortos, como esos atletas que se presentan ante el podio en un concurso de culturismo. Andaba de puntillas para no desaprovechar ni un centímetro de su escasa estatura. Gerbauld iba detrás, con la espalda ligeramente doblada. Al llegar a nuestra altura, Curtine se volvió y me dijo:

—Estaba muy buena. Muy buena. Gracias.

Volví a notar ese olor a papel de Armenia. Luego se internaron ambos en el paseo, en dirección al hotel.

—Vaya individuos más curiosos —dijo Seroka.

Fuimos a comer a la terraza de un restaurante, en la acera de enfrente de la avenida, cerca de la iglesia de Ouchy. Allí me encontré con Hedy, la indonesia, que me pidió que fuera a su casa. Hedy compartía con su hermana gemela una habitación en la planta baja de un edificio, cerca de la estación Jordils y, desde la

ventana, se veían pasar, en lo hondo de un valle, los vagoncitos pimpantes del tren que baja hasta Ouchy.

Noté algo así como alivio cuanto entré en esa habitación blanca, sin ningún mueble ni ningún cuadro en la pared. Un colchón grande en el suelo, una bombilla colgando del techo. Y nada más. Una habitación neutra, como Suiza.

Le pedí que me dejase llamar por teléfono. No me hizo ninguna pregunta. No sabía francés y, para entendernos, usábamos un inglés muy aproximativo. Por lo demás, no necesitábamos hablarnos. Marqué el número del hotel.

—Con el señor Robert Gerbault, por favor...

Un restallido. La voz grave de Gerbault:

—Sí..., diga...

—¿El señor Robert Gerbault?

—Al aparato.

—Soy un oyente fiel de «Música en la noche».

Un silencio. Luego le oí decir con un tono falsamente festivo:

—¡Ah, ya! ¿Y cómo sabe que estoy aquí?

—Asisto a las «Jornadas Musicales»...

—Ah, ya...

—Me gustaría verlo. Soy un admirador joven...

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciocho. ¿Podría verlo, señor Gerbault? Aunque solo fueran cinco minutos...

—Mire..., me coge usted de improviso.

—Me gustaría tanto...

Un silencio. En voz baja, como si quisiera que alguien a quien tenía cerca —Curtine quizá— no lo oyera:

—Podríamos intentar vernos un momento esta noche...

—Sí.

Dijo con voz cada vez más baja y más apresurada:

—Mire..., en el café de la avenida de Ouchy... Enfrente de la entrada del Hôtel Beaurivage... A las ocho y media... Adiós, caballero.

Colgó.

La indonesia y yo nos quedamos hasta las cinco de la tarde en aquella habitación blanca y lisa. Luego, fuimos a reunirnos con los demás y nos bañamos con Micheline Carole y con Henri Seroka. Badrawi, repantigado en un colchón hinchable, hacía crucigramas. Algo más allá, Michel Muzzli charlaba con la otra indonesia, la hermana gemela de Hedy. Yo miraba los flotadores pequeñitos bailar en la superficie del agua.

Henri Seroka nos invitó a beber algo de aperitivo y, entre un aroma de anisete, hicimos planes para la noche. Badrawi nos invitó a cenar. A eso de las ocho y cuarto, le pedí que me llevase en coche y me dejase delante del café de la avenida de Ouchy donde había quedado con Gerbault. Volveríamos a buscar a los otros al bar del hotel.

—¿Tienes una cita importante? —me preguntó con una mirada de curiosidad.

—Sí. Capital.

Muzzli y la indonesia nos acompañaron. Badrawi conducía despacio su Renault viejo. Le dije a Papou que se quedase a un lado del paseo que lleva al Beaurivage.

Por cierto, ¿me pondrían pegas si metía a alguien en el coche? Luego lo llevaríamos a un sitio aislado. De repente, parecían preocupados. La indonesia nos miraba por turno sin enterarse de nada. Les di unos cuantos detalles acerca de Gerbault.

—Pero ¿no pensarás matarlo? —me dijo Muzzli.

—No.

A las ocho y veinticinco en punto, vi a Gerbault en la acera izquierda de la avenida. Se dirigía al café con paso rápido. Llevaba un traje de hilo beige y un sombrero también de hilo beige, pero con forma de sombrero tirolés. Entró apresuradamente en el café.

Yo no podía decidirme a salir del asiento del coche. Muzzli se volvió hacia mí.

—¿Es el tipo de la piscina?

No contesté. Bastaba con cruzar la avenida y entrar detrás de él en el café. Yo le habría dado un apretón de manos, habríamos pedido dos cervezas y habríamos hablado de Manuel de Falla. Le habría ofrecido acompañarlo al hotel en coche. Se habría subido al Peugeot y Badrawi habría arrancado. No, no quería matarlo, sino tener con él una «explicación».

—¿Esperamos? —preguntó Badrawi.

—Sí.

Ni siquiera una «explicación». Unas pocas palabras que le habría susurrado antes de separarnos en la marquesina del hotel.

—¿Sigue en la calle de Greffulhe?

Me habría mirado con esos ojos alarmados que pone la gente cuando, de buenas a primeras, le recuerdas un detalle anodino de su pasado. El vestido o el calzado que llevaban tal noche. Pero ¿cómo lo sabe usted? Si no había nacido. Es increíble. Me da usted miedo.

Oscuridad. Muzzli había encendido la radio. Badrawi fumaba y la indonesia estaba a mi lado, impasible y silenciosa. Lo vi salir del café. Se paró en la acera, giró la cabeza a derecha e izquierda. La luz de neón le proyectaba encima reflejos de color rosa. Se había quitado el sombrero y clavaba la vista en la punta de los zapatos con expresión cansada. Alzó la cabeza y me asombró ver que tenía más chupada la cara, seguramente debido a la oscuridad y a los reflejos de la luz de neón. No me habían llamado la atención ni en el bar ni en la piscina esa mandíbula prominente y esa boca sinuosa que le daban cara de batracio como en mis sueños.

Suponiendo que fuera D. de verdad —cosa de la que estaba cada vez menos seguro—, sabía de antemano que al oír mi breve frase me miraría con ojos vidriosos. No le recordaría ya nada. Incluso a la memoria hay un ácido que la corroe y no quedan ya de todos los gritos de sufrimiento y de todas las caras espantadas del pasado más que llamadas cada vez más sordas y contornos imprecisos. Suiza del corazón.

Se había vuelto a poner el sombrero de corte tirolés y, con ese tocado, parecía un sapo cuya cabeza quieta asomase por detrás de una hoja de nenúfar. Allí estaba, inmóvil, bajo la luz de neón. No me atrevía a preguntarles ni a Papou ni a Michel si veían lo mismo que yo o, sencillamente, a un infeliz maricón viejo que esperaba en la acera y a quien habían dado plantón.

Un espejismo, seguramente. Por lo demás todo eran espejismos, todo carecía de la mínima realidad en este país. Estaba uno apartado —como decía Muzzli— del «sufrimiento del mundo». No había que hacer ya nada más que dejarse hundir en ese letargo que yo me empeñaba en llamar la Suiza del corazón.

Allí, enfrente, del otro lado de la avenida, el hombre miraba a derecha e izquierda, igual de tieso bajo la luz rosa. Se sacó la pipa del bolsillo y la miró pensativamente.

—¿Y si volviéramos con los demás? —le dije a Badrawi.

Fue en el jardín de Le Luxembourg, una mañana de invierno de hace diez años, cuando me enteré de la muerte del Gordo. Me había sentado en una silla de hierro a orillas del estanque y abrí el periódico. Una foto del Gordo con su bigote, sus gafas negras, su bufanda de seda blanca y el sombrero de fieltro que se ponía frecuentemente para salir ilustraba el artículo. Había muerto en un restaurante del Viale del Trastevere y seguramente estaba tomando un plato de esa lasaña verde que tanto le gustaba.

Yo tenía dieciocho años, trabajaba en una librería de Roma y me presentó al Gordo una francesa algo mayor que yo que actuaba como atracción en el

Open-Gate

, una sala de fiestas de la Via San Nicola da Tolentino. Aquella morena de ojos rasgados y hermosa boca generosa se llamaba Claude Chevreuse, o al menos tal era su nombre artístico. Alrededor de las doce de la noche, se presentaba en el escenario con un abrigo de visón y un vestido de gala y llevaba a cabo un striptease muy lento mientras el pianista tocaba la *Mélodie de la Jeunesse*. Dos caniches enanos y blancos hacían piruetas alrededor de Claude Chevreuse y cogían con los dientes las medias, el sostén, las ligas y la braga según ella se los iba quitando. Desde hacía algún tiempo, el Gordo, siempre solo, presenciaba ese número todas las noches, y cuando Claude Chevreuse volvía a su camerino, se encontraba una rosa, regalo de ese espectador asiduo.

Al acabar el espectáculo, el Gordo nos invitó a su mesa. Cuando Claude me presentó, soltó una carcajada de ballena que le estremeció los hombros y la grasa de las mejillas. Pues yo me apellidaba igual que una marca de naipes con los que jugaba al póquer toda Italia. Al Gordo le pareció graciosísimo y a partir de ese momento me apodó Poker.

Esa noche, tras tomar una última copa en la terraza de un bar de la Via Veneto, Claude me cuchicheó que tenía que quedarse con el Gordo. Se subieron a un taxi delante del Excelsior. El Gordo bajó el cristal de la ventanilla, movió los dedos como morcillas y me dijo:

—Arrivederla, Poker.

Se me encogió el corazón al pensar que Claude, una vez más, me daba de lado en provecho de personas que no merecían la pena. No sabía por qué quería a esa chica oriunda de Chambéry que se había ido a Roma pocos años antes para «hacer carrera en el cine». A partir de entonces se estaba relajando y tomaba algo de cocaína, pues es muy cierto que en Roma las cosas, más que empezar, acaban.

Desde ese día me encontraba al Gordo en el

Open-Gate

siempre que iba a ver a Claude Chevreuse. La esperaba en su camerino. Ella le hablaba con mucha brusquedad y le hacía comentarios crueles acerca de su físico, pero el Gordo no contestaba o movía la cabeza. Una noche nos dejó plantados a los dos en la Via Veneto, diciéndonos que había quedado con un chico «muy atractivo y muy delgado», e insistía en el calificativo «delgado» para disgustar al Gordo. Miramos cómo se alejaba y, luego, nos fuimos a comer un dulce. Yo intentaba distraer al Gordo, que parecía muy abatido. Supongo que fue por eso por lo que me cogió simpatía y volvimos a vernos en unas diez ocasiones. Me citaba a las cuatro en punto de la tarde delante de un bar pequeño de la calle de las Tiendas Oscuras y allí se tomaba lo que él llamaba su «merienda»: una decena de sándwiches de salmón. O, si no, por la noche me llevaba a un restaurante que está cerca del Quirinal y la señora del vestuario lo saludaba llamándolo «Majestad».

El Gordo, con la cabeza gacha, se zampaba platos gigantescos de lasaña verde; luego soltaba un suspiro echándose hacia atrás y se hundía en el acto en un letargo turbio. A eso de la una de la madrugada, yo le daba una palmada en el hombro y nos íbamos.

Dimos unos cuantos paseos juntos. Un taxi nos dejaba en la Piazza Albania y subíamos al Aventino. Era uno de los lugares que el Gordo prefería en Roma, «por la tranquilidad», me decía. Iba a mirar por el agujero de la cerradura del portal de Malta, desde donde se ve la cúpula de San Pedro a lo lejos; y al hacerlo siempre le entraba una risa incontenible que a mí me extrañaba.

Nunca me atreví a hablarle de su pasado ni de los detalles que habían contribuido a su leyenda: las veces que había hecho saltar la banca en Deauville o en Montecarlo; sus colecciones de juguetes, de sellos y de teléfonos y su afición a las corbatas fosforescentes a las que basta con dar un meneo para que aparezca

en el tejido una mujer desnuda. Una noche estábamos en el restaurante y, mientras se zampaba la lasaña verde, le dije que no dejaba de ser una pena acabar así la vida para quien había nacido con buena estrella.

Alzó la cabeza. Me miraba desde detrás de los cristales de sus gafas opacas. Me explicó que recordaba perfectamente la fecha en que decidió tirar la toalla y no oponerse a engordar porque pensaba que «nada valía para nada» y que iba a correr la misma suerte que Luis XVI, Nicolás Románov y Maximiliano, el desdichado emperador de México. Fue una noche de 1942 en Egipto; los ejércitos de Roma se estaban acercando a El Cairo y el oscurecimiento envolvía en un sudario la ciudad. Entró encubiertamente en el Hotel Semiramis y se dirigió al bar a tientas. Ni una luz. Tropezó con un sillón y cayó de espaldas. Y, a solas, en el suelo, en la oscuridad, le entró una risa nerviosa. No podía dejar de reírse. En ese momento empezó su declive.

Fue la única vez que me hizo confidencias. De vez en cuando, pronunciaba el nombre de Claude Chevreuse. Pero nada más.

Nos invitó a cenar en su casa el día de Fin de Año. Vivía en un piso diminuto de un edificio moderno de Parioli. Me abrió la puerta. Llevaba un batín de terciopelo negro muy sobado en cuyo bolsillo estaban bordadas la inicial de su nombre y la corona de su reino difunto. Me pareció inquieto cuando vio que no venía conmigo Claude Chevreuse. Le dije que el espectáculo del Open-Gate

iba a durar más que las otras noches y que Claude vendría muy tarde.

En la habitación pequeña de paredes desnudas que le hacía las veces de «salón», el Gordo había puesto un bufé: dulces, sándwiches de salmón y fruta. En un taburete de bar vi un proyector antiguo y me extrañó, pero no le pedí ninguna explicación al Gordo porque sabía de antemano que no me iba a contestar.

Miraba el reloj y sudaba.

—¿Cree usted que vendrá, Poker?

—Claro que sí. No se preocupe.

—Son las doce, Poker. Feliz Año Nuevo.

—Feliz Año Nuevo.

—¿Cree usted de verdad que vendrá?

Se comía los sándwiches de salmón uno detrás de otro para calmar la ansiedad. Luego, los dulces. Luego, la fruta. Se desplomó en un sillón, se quitó las gafas negras y las cambió por unas gafas de cristales ligeramente teñidos y con montura de oro. Me miraba con sus ojos turbios.

—Poker, es usted un muchacho simpático. Me están entrando ganas de adoptarlo. ¿Qué le parece?

Me dio la impresión de que se le empañaban los ojos.

—Estoy tan solo, Poker... Pero, antes de adoptarlo, a lo mejor podría darle un título nobiliario... ¿Quiere el título de Bey? ¿De acuerdo?

Agachó la cabeza y nos quedamos callados. Habría debido darle las gracias.

—¿Quiere que le eche las cartas, Poker?

Se sacó del bolsillo del batín un mazo de naipes y lo barajó. Estaba empezando a colocar las cartas encima del *parquet* de la habitación cuando oímos tres timbrazos. Era Claude Chevreuse.

—¡Feliz Año Nuevo! Buon Anno! Auguri! —gritó muy excitada paseando arriba y abajo por el salón.

Llevaba el abrigo de visón de imitación del teatro. No le había dado tiempo a quitarse el maquillaje y estaba muy alegre porque acababa de tomar champán con unos amigos. Besó al Gordo en la frente y en ambas mejillas y le dejó marcas de lápiz de labios.

—Salimos, ¿eh? ¡Vamos a bailar toda la noche! —nos dijo—. Yo quiero ir al Piccolo Siam...

—Antes me gustaría que vieran una película —nos dijo el Gordo con voz grave.

—¡No, no! ¡Nos vamos ahora mismo! ¡Nos vamos ahora mismo! ¡Quiero ir al Piccolo Siam!

Empujaba al Gordo hacia la puerta, pero él la sujetaba y la hacía sentarse en una de las sillas.

—Quiero que vean una película —repitió el Gordo.

—¿Una película? —dijo Claude—. ¿Una película? ¡Está loco!

Él apagó la luz y puso en marcha el proyector. Claude se reía a carcajadas. Se volvió hacia mí y se desabrochó el visón de imitación. Solo llevaba unas bragas.

Enfrente, en la pared, las imágenes fueron borrosas al principio y luego se aclararon. Era un noticiario antiguo que tenía al menos treinta años. Un joven muy guapo, muy esbelto y muy serio estaba en la proa de un barco de guerra que entraba en el puerto de Alejandría. Un gentío inmenso había invadido la ensenada y se veían miles y miles de brazos agitándose. El barco estaba atracando y el joven saludaba con el brazo también. El gentío rompía las barreras, invadía el muelle y todos los rostros, extasiados, estaban vueltos hacia el joven que iba en el barco. No tenía más de dieciséis años, su padre acababa de morir y era, desde la

víspera, rey de Egipto. Parecía conmoverlo e intimidarlo aquel fervor que se alzaba hasta él, aquel gentío delirante, aquella ciudad llena de banderas. Todo estaba empezando. El porvenir sería radiante. Aquel joven rebosante de promesas era el Gordo.

Claude bostezó porque el champán siempre le daba sueño. Me volví hacia el Gordo, sentado a la derecha del proyector, que hacía un ruido de ametralladora. Con sus gafas, su cara abotagada y sus bigotes estaba aún más apático y más gordo que de costumbre.

XI

En otra ocasión, un sábado de junio a última hora de la tarde, salí de París con mi tío Alex. Íbamos los dos en uno de esos coches que se llamaban DS 19, y conducía mi tío. Yo tenía catorce años. Cogimos la autopista del Oeste. En el mapa desdoblado yo iba marcando con lápiz azul las localidades por las que pasábamos. Posteriormente perdí ese mapa y ya solo recuerdo una ciudad pequeña por la que pasamos: Gisors. ¿Era en el departamento de Eure o en el de Oise donde estaba esa propiedad de la que me hablaba el tío Alex? Vendían un molino a un precio «muy interesante». Mi tío se había enterado por un anuncio del periódico cuyo texto me recitaba de memoria: «Molino con todas las comodidades y con estilo. Espléndido jardín cercado. Río y huerto. Con salida a un pueblecito delicioso». Se había puesto en contacto con el hombre que tenía a su cargo la venta, un notario de la comarca.

Caía la noche y cuando vimos el cartel de una hospedería nos metimos por el camino que indicaba la flecha. Una hospedería de estilo anglonormando, muy elegante. Prolongaba el comedor una terraza al borde de una piscina. Había paneles de madera, algo así como vidrieras de rombos multicolores y mesas con patas Luis XV. Éramos los únicos comensales porque era demasiado temprano. Mi tío Alex pidió dos galantinas, dos piernas de venado y un vino de Borgoña de mucha fama. El sumiller le dio a probar el vino. El tío Alex se dejó un sorbo grande en la boca, hinchaba las mejillas y parecía que estaba haciendo gárgaras. Por fin, dijo:

—Bien..., bien... Pero no lo bastante sedoso.

—¿Cómo dice? —preguntó el sumiller frunciendo el entrecejo.

—No lo bastante sedoso —repitió el tío Alex con mucha menos seguridad. Y con tono brusco añadió—: Pero valdrá... valdrá.

Cuando se fue el sumiller, le pregunté al tío Alex:

—¿Por qué has dicho: no lo bastante sedoso?

—Es una palabra del oficio. Ese no entiende nada de vinos.

—¿Y tú sí entiendes?

—No poco.

No, no entendía nada. No bebía nunca.

—Le podría dar más de una lección a ese catavinos de mierda.

Estaba temblando.

—Cálmate, tío Alex —le dije.

Recobró la sonrisa. Se disculpó conmigo mascullando algo. Estábamos acabando el postre —dos tartas de manzana— y el tío Alex me dijo:

—En el fondo, tú y yo no hemos hablado nunca.

Sentí que quería hacerme alguna confidencia. Andaba buscando las palabras.

—Tengo ganas de cambiar de vida.

Había adoptado una entonación solemne que nunca había tenido. Entonces, me crucé de brazos para que viera claramente que lo estaba atendiendo con todas mis fuerzas.

—Mi querido Patrick... Hay temporadas en que hay que hacer balance...

Yo le di la razón asintiendo con la cabeza.

—Hay que intentar arrancar otra vez con bases sólidas, ¿entiendes?

—Sí.

—Hay que intentar echar raíces, ¿entiendes?

—Sí.

—Uno no puede ser eternamente un hombre de ninguna parte.

Había recalcado las sílabas de «ninguna parte» con coquetería.

—El hombre de ninguna parte...

Se señalaba con la mano izquierda, inclinando la cabeza y esbozando una sonrisa hechicera. Antes aquello debía de impresionar un tanto a las mujeres.

—Tu padre y yo somos hombres de ninguna parte, ¿entiendes?

—Sí.

—Y sabes que ni siquiera tenemos partida de nacimiento..., una ficha en el registro civil..., como todo el

mundo, ¿eh?

—¿Ni siquiera eso?

—Esto no puede seguir así, muchacho, he estado pensando mucho y estoy convencido de que tengo razón al tomar una decisión importante.

—¿Qué decisión, tío Alex?

—Muy sencillo, muchacho. He decidido irme de París y vivir en el campo. Tengo muy presente ese molino.

—¿Lo vas a comprar?

—Hay muchas probabilidades de que lo haga. Necesito vivir en el campo... Tengo ganas de notar tierra y hierba bajo los pies... Ya es hora, Patrick...

—Eso es muy bonito, tío Alex.

Él mismo se había emocionado con lo que acababa de decir.

—El campo es una cosa estupenda para alguien que quiere empezar de nuevo su vida. ¿Sabes con qué sueño todas las noches?

—No.

—Con un pueblecito.

Una sombra de preocupación le veló la mirada.

—¿Crees que tengo una pinta suficientemente francesa? Con sinceridad, ¿eh?

Tenía el pelo negro y peinado hacia atrás, un leve bigote, ojos oscuros y pestañas muy largas.

—¿Qué es tener pinta francesa? —pregunté.

—Pues no sé...

Daba vueltas pensativamente a la cucharilla dentro de la taza de café.

—He pensado en tu porvenir, mi querido Patrick —dijo—. Creo que he dado con la profesión que te conviene.

—¿Ah, sí?

Encendió un cigarrillo.

—Una profesión segura, porque nunca se sabe qué puede pasar en una época como la nuestra... Tienes que evitar los errores que cometimos tu padre y yo... Tuvimos que arreglárnoslas solos. Nadie nos aconsejó. Perdimos mucho tiempo... Voy a permitirme aconsejarte, mi querido Patrick..., ¿quieres que te diga de qué profesión se trata? —Me puso la mano en el hombro. Me miraba a los ojos y, con voz solemne y alterada, dijo—: Deberías ser contratista forestal, Patrick. Ya te daré un folleto que habla de eso. ¿Qué te parece?

—Primero tendré que hacerme a la idea.

—Leerás el folleto. Ya volveremos a hablar del asunto.

El tío Alex había pedido una infusión de verbena que se bebía a sorbitos.

—Me pregunto cómo será el molino ese... ¿Tú crees que habrán conservado la rueda?

Debía de llevar soñando con él varios días. Por lo demás a mí también me hacía soñar la palabra «molino». Oía el ruido del agua y veía correr un río entre la hierba.

El sumiller se acercó a nuestra mesa. Hizo un gesto apurado y carraspeó para que se fijase en él mi tío Alex.

—Señor... —acabó por decir.

Le di un golpe en el hombro al tío Alex.

—Este señor querría hablar contigo, tío Alex.

El tío Alex alzó la cabeza hacia el sumiller.

—¿Qué hay?

—Querría pedirle algo al señor...

Se ruborizaba y bajaba la vista.

—¿Qué?

—Un autógrafo, señor.

El tío Alex lo miraba con los ojos como platos.

—Es usted el actor Gregory Ratoff, ¿verdad?

Mi tío Alex se había incorporado con la cara como la grana.

—Desde luego que no, caballero. Soy francés y me llamo François Aubert.

El sumiller sonreía con timidez.

—No, señor. Es usted Gregory Ratoff... El actor ruso.

Mi tío Alex me tiró del brazo. Emprendimos la huida cruzando el comedor y el bar. El sumiller nos perseguía.

—Por favor, señor Ratoff..., un autógrafo, señor Ratoff...

El barman, intrigado, se acercó al sumiller haciéndole un ademán interrogativo.

—Es un actor ruso... Gregory Ratoff...

Nos habíamos metido en las escaleras. Mi tío Alex me empujaba, subíamos los peldaños de cuatro en cuatro. Tropecé y me agarré a la barandilla por los pelos. Los otros dos estaban abajo, con la cabeza levantada. Movían los brazos.

—¡Señor Ratoff! ¡Señor Ratoff! ¡Señor Ratoff!

El tío Alex se había desplomado en una de las camas gemelas de nuestra habitación. Cerró los ojos.

—Me llamo François Aubert... François Aubert... Aubert...

Aquella noche le costó dormir.

Cogimos una carretera equivocada y no llegamos hasta mediodía a las cercanías de ese pueblo cuyo nombre me gustaría tanto recordar. En estos quince años he pasado revista a los mapas de Eure y de Oise e incluso al de Orne, con la esperanza de encontrarlo. Era —creo— un nombre melodioso que acababa en «euil», algo así como Vainteuil, Verneuill o Septeuil.

Un pueblecito cuya calle principal estaba aún empedrada como antaño. Las casas que la flanqueaban, granjas en su mayoría, daban una impresión de tranquilidad y de solidez. Hacía un sol hermoso. Un viejo, sentado en las escaleras del café estanco, siguió, moviendo la cabeza, el paso de nuestro coche.

Mi tío Alex estaba arrepentido de haber perdido una noche en esa hospedería. Deberíamos haber hecho el camino de un tirón. Había quedado con el notario a las once y el hombre aquel estaba perdiendo la paciencia. ¿No? ¿No te parece? Entramos en la plaza precisamente a la hora de salir de misa y nos esforzamos por aguantar el tipo en nuestro cochazo, mientras la muchedumbre de fieles pasaba a ambos lados del DS 19 mirándonos de arriba abajo. El tío Alex agachaba la cabeza. De pronto, un proyectil se estrella en el parabrisas, que no es ya, en el centro, sino un polvillo de vidrio cuyos granos no se caen de milagro.

—Un niño jugando con un tirachinas —le dije al tío Alex.

—¿Crees de verdad que ha sido un niño?

Esperamos a que no quedase ya nadie en la plaza para apearnos. El tío Alex cerró con llave las puertas del coche. Me cogió del brazo, que era algo que no solía hacer y revelaba en él una honda alteración. No tardamos mucho en dar con la calle de Bunau-Varilla donde nos esperaba, en el número 8, el notario. Un hombre muy bajito y calvo, un sesentón afable. Llevaba —¿por qué me llamó la atención y por qué tengo siempre unos recuerdos tan precisos y tan inútiles?— un traje príncipe de Gales de corte muy holgado. Tras los párpados guiñados se le filtraba la mirada como entre los listones de una persiana.

—¿Vamos a ver el molino? —le dijo a mi tío—. Creo que le gustará; personalmente a mí me encantaría.

Nos subimos al DS 19, el tío Alex y el notario, delante y yo, detrás. El tío Alex conducía a ciegas por culpa del cristal roto.

—¿Eso se lo ha hecho un pájaro? —preguntó el notario señalando el cristal.

—¿Por qué un pájaro? —dijo mi tío.

—Soy amigo del dueño del molino —dijo el notario.

—¿Ha tenido ya muchos clientes?

—El primero es usted, caballero.

—Dígame, ese molino... está en medio del campo, ¿no?

—Completamente aislado.

—¿Hay un río y hierba? —preguntó el tío Alex, encantado.

—Por supuesto.

—¿Y sauces a la orilla del río?

—No. Pero sí hay una gran variedad de árboles, caballero.

—Dígame..., es una sandez..., no me atrevo a preguntárselo...

—Pregunte, caballero —dijo el notario con voz muy suave.

—Es un antiguo sueño... Ya sabe, hay una canción... Voy a intentar decirle la letra...

Era la primera vez que el tío Alex mencionaba una canción.

—Esta es la letra...

Titubeaba como si fuera a decir una obscenidad.

Cuando vuelvas a ver tu río,

los prados y bosques de alrededor...

y junto al viejo muro de piedra el banco carcomido...

Hubo un silencio.

—¿Recuerda el molino a esta canción? —preguntó por fin el tío Alex.

—Usted mismo podrá verlo, caballero.

Habíamos salido del pueblo y el tío Alex conducía con dificultad. Yo tenía que avisarlo cuando había vehículos que venían en sentido contrario. El notario nos indicó una carretera a la izquierda y cuando nos estábamos metiendo por ella el parabrisas se desperdigó en forma de arenillas de vidrio por encima del salpicadero.

—Así veremos mejor —dijo el tío Alex.

El notario nos estaba indicando un portalón de madera blanca a ambos lados del cual corría una tapia.

—Aquí lo tienen, señores.

Empujamos la puerta, pero a mí me había dado tiempo a ver, a la derecha, en la tapia, una placa de madera donde estaba escrito en letras que imitaban los caracteres chinos: Molino Yangtsé.

—¿Molino Yangtsé? —le pregunté al notario.

—Sí.

Asentía con la cabeza con expresión apurada.

—¿Por qué «Yangtsé»? —preguntó el tío Alex mirándonos con ojos intranquilos.

El notario no contestó y ya estábamos en el jardín.

Allá al fondo, oculto en parte por dos hayas púrpura, divisaba algo así como un pabellón. Según nos íbamos acercando, descubría que estaba construido sobre pilotes y que el tejado de tejas lo formaban unos fragmentos superpuestos y curvados hacia arriba. Un hombre de elevada estatura y con el pelo blanco estaba de pie en la galería y movía el brazo para saludarnos. Bajó las escaleras de madera y se nos acercó con paso flexible. Llevaba una sotabarba muy cuidada que acariciaba continuamente y tenía ojos azules y saltones.

—El señor Abott —dijo el notario, indicándonos al hombre.

—François Aubert y aquí mi sobrino —dijo el tío Alex con voz de hombre de mundo.

—Encantado. Si tienen a bien subir...

Miré a mi tío de reojo. Estaba muy pálido.

Subimos las escaleras que llevaban a la galería. Abott y el notario iban delante.

—Creía que... era un molino —dijo tímidamente mi tío.

—Mandé derribar el molino antiguo y construí esto en su lugar hace cinco años —manifestó Abott—. Es mucho más hermoso. Ni punto de comparación.

Estábamos quietos en la galería, mi tío y yo frente por frente con los otros dos. Abott se rozaba la sotabarba con un dedo índice cauto. No sé por qué, pero siempre he desconfiado de esos hombres que tienen una sotabarba demasiado cuidada.

—Tiene mucho más estilo que el molino de antes, créanme... —dijo el notario.

—¿Está seguro? —preguntó mi tío. Estaba cada vez más pálido y yo temía que le diera un vahído.

—Mi amigo Abott vivió mucho tiempo en Indochina —dijo el notario—. Solo lleva aquí desde 1954 y mandó construir esta casa para no sentirse demasiado ajeno en el país. A mí me parece que tiene un estilo tremendo... Estaba buscando algo original, ¿no?

—No exactamente —dijo mi tío.

Abott y el notario nos hicieron entrar en una habitación larga y estrecha, el salón seguramente.

—Fíjense —dijo el notario sentenciosamente— en que todas las paredes y todos los tabiques son de madera de teca.

—Todos —repitió Abott—. Todos.

El torso de piedra de un Buda ocupaba un nicho grande, ante nosotros. En las paredes, pinturas sobre seda en mal estado y en las que parecía haber rastros de hollín. Había mecedoras alrededor de una mesa china muy baja de patas retorcidas y recias.

—¿Qué te parece? —le cuchicheé a mi tío.

No me oyó. Tenía un aspecto agobiado y apretaba los labios como alguien que va a echarse a llorar de desaliento.

—¿Y bien, caballero? —preguntó Abott.

El tío Alex callaba. Cruzaba la habitación con la espalda encorvada y paso de autómatas. Le costaba trabajo abrirse paso entre todos esos adornos de Extremo Oriente colocados en el mayor desorden, esas bandejas de opio, esos biombos de madera de palo de rosa. Se quedaba parado ante un entrepaño grande de laca.

—Eso —dijo Abott— no es una cosita de nada. Es del siglo XVII, caballero. Representa la llegada de los

embajadores de Luis XV a la corte tailandesa en 1726.

—¿Lo vende con lo demás, Michel? —preguntó el notario.

—Todo depende del precio.

—Voy a enseñarle al señor las demás habitaciones.

—No —dijo en un soplo mi tío Alex—. No. No merece la pena...

—Claro que sí. ¿Por qué? —exclamó el notario.

—No. No. Se lo ruego...

Agaché la cabeza esperando un escándalo, me miré fijamente la punta de los zapatos y, algo más allá, una piel de leopardo de impresionante tamaño extendida en el suelo.

—¿Se encuentra mal, caballero?

—No es nada..., voy a tomar el aire un minuto —susurró el tío Alex.

Salimos tras él a la galería.

—Siéntese aquí —dijo Abott indicando los sillones de roton.

El tío Alex se desplomó en uno de los sillones. El notario y yo nos sentamos enfrente de él.

—Voy a pedir que le traigan un refresco —dijo Abott—. Un momento, se lo ruego.

Desapareció dentro del salón y yo había sorprendido un ademán de complicidad que le hacía al notario; y ese ademán —aunque a lo mejor tenía yo un ánimo malintencionado— quería decir:

—Intenta convencerlo.

Por lo demás, aquel hombre de la sotabarba tan cuidada me había parecido, de entrada, un tanto sospechoso y me lo imaginé metido en cualquier tráfico de dinero.

—No me esperaba esto en absoluto —dijo mi tío con voz agonizante.

—¿Ah, no?

—Creía que era un molino de verdad, ¿entiende?

—Está tan bien como un molino de verdad, ¿no? —dijo el notario.

—Eso depende del punto de vista... Yo quiero algo que me relaje, ¿comprende?

—Pero el molino Yangtsé es de lo más descansado —dijo el notario—. Uno cree estar lejos de todo, a miles de kilómetros. Se siente ajeno...

—Yo no me quiero sentir ajeno, caballero —contestó muy solemne el tío Alex—. ¿Ajeno a qué, por cierto?

Se calló de golpe, porque esta manifestación lo había dejado agotado.

—Está usted en un error —dijo el notario—. Es un negocio único... Abott tiene una urgencia porque le vencen unos pagos... Se lo dejaré por cuatro cuartos... Debería agarrar la ocasión por los pelos...

Nos quedamos callados. Yo tabaleaba encima de una curiosa mesita circular de madera.

—¿Sabe cómo se llama esto? —dijo el notario señalando la mesita.

—No.

—Los tailandeses lo llaman un tambor de lluvia.

Mi tío Alex seguía postrado. Empezó a llover muy fuerte, una lluvia tropical, una lluvia del monzón.

—Hablando de lluvia, aquí la tenemos —bromeó el notario.

Desde la otra punta de la galería, un anamita joven con aspecto de *boy*, con su chaqueta blanca, se nos acercaba con una bandeja. La lluvia era cada vez más fuerte y hacía mucho bochorno. El tío Alex se secaba la frente. Se presentó Abott con una camisa caqui por la que le asomaba algo el pecho. Se acariciaba la sotabarba.

—Tome, le he traído quinina. Nunca se sabe —le dijo al tío Alex.

El *boy* dejó en el suelo la bandeja de los refrescos y Abott le ordenó algo en la lengua de allí. El muchacho encendió un farolillo chino que se balanceaba encima de nosotros. Toda la tristeza y toda la decepción que intuía en mi tío Alex se iban apoderando de mí también. Durante el viaje había soñado con un molino viejo de piedra, con un río que corría entre la hierba y por el campo francés. Habíamos cruzado los departamentos de Oise, Orne, Eure y otros más. Por fin habíamos llegado a este pueblo. Pero ¿de qué, mi querido tío, nos habían servido todos esos esfuerzos?

XII

Foucré hablaba en voz baja con alguien delante de la ventana. Una joven rubia estaba sentada en el sofá, el único mueble de la habitación. Fumaba. Al llegar yo, Foucré se volvió. Se me acercó y me dijo, indicando a la joven:

—Le presento a Denise Dressel.

Le estreché la mano y ella me lanzó una mirada distraída. Foucré había reanudado el conciliábulo; me senté al final del sofá y la mujer no me hizo ni caso.

Me estuve repitiendo el apellido «Dressel» que acababa de sonar y en el acto se añadía en mi cabeza un nombre: Harry. Pero ¿quién era Harry Dressel? Me esforzaba por poner cara a esas cuatro sílabas cuya combinación me parecía evidente. Cerré los ojos para concentrarme mejor. ¿Alguien me había hablado alguna vez de un tal Harry Dressel? ¿Había leído ese nombre en algún sitio? ¿Había conocido a ese hombre en una vida anterior? Me oí a mí mismo preguntar con voz sorda:

—¿Es usted la hija de Harry Dressel?

Me miró con ojos como platos; hizo luego un gesto brusco y soltó el cigarrillo.

—¿Cómo lo sabe?

Busqué una respuesta. En vano. La frase me había salido de forma automática y me habría gustado confesárselo, pero le noté tal alteración en el rostro que me quedé callado.

—¿Conoce a Harry Dressel?

Había dicho Harry Dressel casi en voz baja, como si ese nombre le quemase los labios.

—Sí, un poco.

—No puede ser.

—He oído hablar de él con frecuencia —dije acechando en ella alguna vaga indicación que me permitiese saber quién era exactamente Harry Dressel.

—¿Le han hablado de mi padre? —preguntó ansiosamente.

—Mucha gente.

—¿Por qué? ¿Trabaja usted en el mundo del espectáculo?

Vi la pista de un circo, oí el redoble interminable de un tambor mientras, en las alturas, una trapeartista va a dar el salto mortal y yo, con los ojos clavados en la punta de los zapatos, rezo por ella.

—Era un artista muy bueno —dije.

Me miraba con cara de agradecimiento. Incluso me había cogido la mano.

—¿Cree que hay aún quien lo recuerde?

—Claro que sí.

—Se pondría tan contento si lo oyera a usted —dijo.

Esa noche la acompañé a su casa. Fuimos a pie. Quería enseñarme una foto de su padre, la única que tenía. Mientras íbamos andando, la miraba. ¿Qué edad tenía? Veintitrés años. Y yo, apenas diecisiete. Era de estatura mediana, rubia, con los ojos claros y rasgados, la nariz pequeña y los labios de color carmín. Sus pómulos, su flequillo y el abrigo de zorro blanco le daban un aspecto mogul.

Vivía en un grupo de edificios de la avenida de Malakoff. Atravesamos un vestíbulo y entramos en su habitación. Era muy espaciosa. Dos puertas vidriera, una araña. La cama, tan ancha que nunca había visto antes otra igual, la cubría una piel de leopardo. En la otra punta de la habitación, junto a una de las ventanas, un tocador vestido de satén azul cielo. Y, al lado, en la pared del fondo, dos fotos grandes destacadas en el mismo marco dorado. Fue en el acto a descolgarlas y las puso encima de la cama.

Habían fotografiado ambos rostros de tres cuartos y levemente inclinados. Al pie de la foto del hombre estaba su nombre en letras blancas: HARRY DRESSSEL.

Aparentaba treinta años apenas, con aquel pelo rubio ondulado, aquella mirada vivaracha y aquella sonrisa. Llevaba una camisa de cuello abierto por el que asomaba un fular de lunares anudado al desgaire. Entre su foto y la de su hija mediaban seguramente más de veinte años y ese padre y esa hija parecían más bien hermanos. Al pensar que había tenido ella empeño en que le hiciesen una foto en la misma postura que su padre y con la misma iluminación me emocioné un poco.

—Me parezco a él, ¿verdad? Soy una Dressel de arriba abajo.

Había dicho «una Dressel» como quien dice una Habsburgo o una Lusignan.

—Yo también podría haber trabajado en el espectáculo si hubiera querido, pero a él no le habría gustado. Y, viniendo detrás de él, era difícil.

—Debía de ser un buen padre —dije.

Me miró encantada y sorprendida. Por fin había dado con alguien que entendía que no era la hija de cualquiera, sino de Harry Dressel. Más adelante, cuando me fui a vivir definitivamente a su casa, intuí que iba a desempeñar un papel importante en su vida. Era la primera persona con quien había podido hablar de su padre. Ahora bien, ese era el único tema que le interesaba. Le dije que a mí también me intrigaba su padre muchísimo y que desde que nos habíamos conocido no paraba de hacerme preguntas sobre ese hombre. Le conté mi proyecto; escribir una biografía de Harry Dressel. Habría hecho lo que fuera por ella.

No había vuelto a verlo desde 1951, cuando todavía era una niña, pues aquel año le propusieron a su padre que fuese a Egipto para ser animador en una sala de fiestas cerca del Hotel Auberge des Pyramides. Y, además, en el mes de enero de 1952, coincidieron, por desgracia, el incendio de El Cairo y la desaparición de Harry Dressel. Vivía entonces en un hotel que se quemó de arriba abajo. Eso era al menos lo que habían dicho, pero ella no se lo creía.

Estaba convencida de que su padre vivía aún y que se escondía por razones muy personales, pero que antes o después volvería a aparecer. Le juraba que yo también lo creía. Una chica rara. Se pasaba casi todas las tardes tumbada en aquella cama tan ancha envuelta en albornoces rojo fuerte, fumando cigarrillos con aroma a opio. Siempre oía los mismos discos, que me pedía que volviera a poner diez o veinte veces seguidas, *Scheherezade* de Rimski-Kórsakov y un disco de setenta y ocho revoluciones donde estaba grabada la obertura de una opereta que se llamaba *Deux sous de fleurs*.

Al principio no entendía por qué tenía ella tanto dinero. La había visto comprar en la misma tarde un abrigo de pantera y unas joyas. Me había propuesto con mucha amabilidad que me hiciera varios trajes a medida un sastre entre cuyos clientes habían estado los duques de Spoleto y de Aosta, pero no me había atrevido a cruzar los umbrales de ese templo. Acabé por confesarle que la ropa no me interesaba y, cuando insistió en saber qué me «interesaba», le dije: los libros. Y he conservado hasta hoy los que tuvo la gentileza de regalarme: el Larousse del siglo xx en seis tomos, el diccionario Littré, la *Historia natural* de Buffon en una edición ilustrada, muy antigua y muy bonita, y, finalmente, las *Memorias* de Bülow encuadradas en tafilete verde pálido. Sufrí cuando me explicó, al cabo de cierto tiempo, que la mantenía un argentino que acudía todos los años a Francia en el mes de mayo para asistir a las copas de polo en que competía su sobrino. Sí, le tuve envidia a ese señor Roberto Lorraine cuya fotografía me enseñó: un hombre bajo y corpulento con el pelo muy negro y brillante.

Yo estaba dispuesto a empezar el libro que refiriese la vida de su padre con toda la pasión que pudiera ponerle. Se impacientaba al pensar en verme escribir las primeras páginas. Quería que trabajase en un entorno digno de esa empresa y la mesa en que iba a redactar mi obra la tenía muy preocupada.

Al final se decidió por un escritorio Imperio con una sobrecarga de bronce. El sillón en que había de sentarme tenía los brazos tapizados de terciopelo granate con clavos de oro alrededor y con un respaldo alto y voluminoso. Y, por último, le había explicado que me costaba estar mucho rato sentado y compró un facistol de catedral que le costó una fortuna. Yo notaba que en momentos así me tenía mucho cariño.

Vuelvo a verme la primera noche, sentado ante mi escritorio. Encima había unos lápices a los que les había sacado punta ella. Dos o tres de esas plumas estilográficas enormes de marca norteamericana con los cargadores llenos. Y frascos de tinta de todos los colores. Y gomas. Y secantes de color rosa y verdes. Y un bloc de papel de cartas de tamaño grande abierto por una página en blanco. Escribí en letras mayúsculas: LA VIDA DE HARRY DRESSSEL, y en la esquina de la derecha de la página siguiente el número 1. Había que empezar por el principio, preguntarle qué recuerdos conservaba de su padre, todo lo que supiera de su infancia y de su juventud.

Harry Dressel nació en Ámsterdam. Perdió a sus padres muy pronto y se marchó de Holanda para ir a París. Ella no podía decirme a qué se dedicó antes de que nos lo volvámos a encontrar en 1937 en el escenario del Casino de París entre los *boys* de Mistinguett.

El año siguiente lo contratan en el Bagdad de la calle de Paul-Cézanne para que haga un número breve de cantante e imitador. Allí lo sorprende la guerra. Más adelante no se convierte en una estrella, sino en una atracción selecta. Primero en el Vol de Nuit, hasta 1943. Luego en el Cinq à Neuf hasta 1951, fecha en que se marcha a Egipto y desaparece. Tal había sido, a grandes rasgos, su vida profesional.

La madre de Denise era una de esas Amazonas del Tabarin que aparecían subidas al tiiovivo grande de caballitos de madera. El tiiovivo va dando vueltas cada vez más deprisa, los caballos se encabritan y las Amazonas se echan hacia atrás, con los pechos al aire y la melena suelta. Y la orquesta toca *La invitación al vals* de Weber. Dressel vivió tres años con esa muchacha antes de que se escapase a Norteamérica. Entonces

crió a Denise él solo.

Un domingo por la tarde me llevó al distrito XVIII, a la glorieta de Carpeaux, donde habían vivido su padre y ella. Las ventanas de su pisito de la planta baja daban a los jardines de la glorieta y así su padre podía vigilarla cuando jugaba junto al arenero. Ese domingo las ventanas del piso estaban abiertas. Oímos hablar a gente, pero no nos atrevíamos a mirar por ellas. El arenero no había cambiado, me dijo. Y volvía a toparse con los domingos a media tarde que había conocido aquí, con su color y aroma a polvo. Un jueves, el día de su cumpleaños, su padre la invitó a un restaurante. No se le había olvidado cómo se iba. Por la calle de Caulaincourt, bajo las acacias. El Montmartre de nuestra infancia. Se fija uno en que hay un restaurante a la izquierda, en la esquina con la calle de Francœur. Era ahí. Tomó de postre un helado de pistacho y fresa. Yo apuntaba todos esos detalles.

Su padre se levantaba muy tarde. Le había explicado que trabajaba de noche. Cuando él no estaba, la cuidaba una señora flamenca. Y luego empezó a hablarle de Egipto. Estaba previsto que iría a reunirse con él, pasados unos meses, con la flamenca.

Pese a las notas que iba reuniendo, no conseguía colmar las lagunas de aquella vida. Por ejemplo ¿qué había hecho Harry Dressel hasta 1937?

Pensaba ir a Ámsterdam, desde luego, para llevar a cabo mi investigación y había enviado a dos periódicos neerlandeses un texto que debía publicarse en la sección de «Búsquedas» con la foto de Dressel. «Se ruega a cualquier persona que pueda aportar detalles sobre las actividades del animador y cantante Harry Dressel hasta 1937 que escriba al señor P. Modiano, c/o Dressel, al 123 bis de la avenida de Malakoff, en París». Silencio. Hice otra intentona en los anuncios por palabras de un diario parisino de gran tirada: «Se ruega a cualquier persona que pueda aportar informaciones detalladas sobre las actividades profesionales y de otro tipo del cantante y animador Harry Dressel durante su estancia en Egipto entre julio de 1951 y enero de 1952 y, de forma general, detalles acerca de su vida hasta 1937, que llame urgentemente al señor P. Modiano, Malakoff

10 28

».

Esta vez apareció un hombre, un tal Georges Jansenne que había sido, me dijo por teléfono, el agente de Dressel en «los últimos años». Hablaba con voz nerviosa y lo cité. No se fiaba. Me preguntó si «no era una trampa». Prefería verme en un sitio público y me propuso, por su parte, un café de la plaza de Victor-Hugo. Acepté sus condiciones. Lo primero era el libro.

Le había dicho que me reconocería porque medía casi dos metros y vi a alguien que me hacía una breve seña con el brazo al fondo de la terraza del Scossa. Me senté en su mesa. Podía adivinarse que había sido rubio y con el pelo muy rizado, pero, con el tiempo, esos ojos, ese pelo, ese cutis de rubio se habían quedado desvaídos. El hombre era translúcido. Me lanzó una mirada de albino.

—¿Así que le interesa Harry Dressel? Pero ¿qué quiere saber de él?

Tenía una voz casi inaudible. Pensé que había atravesado años y más años antes de llegar hasta mí y que pertenecía a una persona que no estaba ya en este mundo.

—Conozco a su hija —dije.

—¿Su hija? Dressel nunca tuvo una hija...

Sonreía con sonrisa deslucida.

—Me alegro de que un muchacho de su edad se interese por Harry Dressel... En lo que a mí se refiere...

Tenía una voz tan débil que me incliné hacia él. Un soplo de voz.

—En lo que a mí se refiere, hacía mucho que me había olvidado de él..., pero, al leer ese nombre en su anuncio..., me dio un brinco el corazón...

Me puso la mano en el brazo, una mano de piel muy blanca y muy fina a través de la que le veía toda la red de venas y los huesos.

—La primera vez que vi a Dressel...

—La primera vez que vio a Dressel —repetí ávidamente.

—Fue en 1942, en

L'Aiglon

... Estaba acodado en la barra..., un arcángel...

—¿Es verdad? —dije.

—¿A usted qué más le da?

—¿Le quedan más recuerdos de él?

Le iluminó la cara la sombra de una sonrisa.

—Cuando Harry iba a un café se ponía siempre en la terraza del lado que daba el sol para tostarse.

—¿De verdad?

—También se ponía un producto en el pelo para ser aún más rubio.

Jansenne fruncía las cejas.

—Qué cosa más tonta... Se me ha olvidado el nombre del producto.

De repente parecía exhausto. Se calló. Si se quedaba en silencio, ¿quién más iba a hablarme de Harry Dressel? Cuántas personas había en París que pudieran decirme que había existido un hombre llamado Harry Dressel, ¿eh? Él y yo. Y Denise.

—Me gustaría tanto que me hablase de él —dije.

—Queda tan lejos todo eso... Mire... Ya he dado con el nombre del producto que Harry se echaba siempre en el pelo... Clair-Éclat... Sí... Era ClairÉclat...

Me fijaba en que en torno había muchos consumidores que estaban aprovechando esa tarde soleada de abril. Gente joven sobre todo. Llevaban ropa muy ligera y de una elegancia de última moda. Hoy en día esa ropa parecería ya pasada de moda, pero esa tarde era el atuendo de Jansenne, un abrigo muy largo, con hombreras, y un traje de franela ajado, el que, por comparación, daba la impresión de pertenecer a una época concluida. Pensé que si Harry Dressel se sentase a nuestra mesa tendría quizá la misma pinta de fantasma que Jansenne.

—Fui agente suyo al final... —susurraba Jansenne—. Cuando se fue a Egipto...

No contestaba a todas mis preguntas, pero, según él, nunca podría aclararse lo que sucedió en Egipto. Tenía una idea muy concreta al respecto y, cuando lo puse entre la espada y la pared, me dio a entender con medias palabras que a Dressel lo habían asesinado en aquel país. Tras esta tímida confesión no conseguí sacarle nada más. Me aconsejó sin gran entusiasmo que preguntase a un tal Edmond Jahlan que, en la época en que Dressel estaba en Egipto, pertenecía al entorno del rey Faruk. Más adelante, busqué a ese Edmond Jahlan. En vano. Pero ¿dónde anda usted, Jahlan? Dígame algo.

Jansenne había pedido un jarabe de menta y miraba al frente con ojos inexpresivos.

—¿Qué clase de número hacía Harry Dressel?

—Cantaba, caballero. También bailaba claqué.

—¿Y qué canciones cantaba?

Frunció el entrecejo, como para recordar los títulos.

—Canciones alemanas. Tenía una canción fetiche:

Caprio-len...

Ca-prio-len...

Capriolen...

Intentaba recordar la música y se le cascaba la voz. Lejana. Tan lejana.

—¿Vivía en la glorieta de Carpeaux? —pregunté.

Se encogió de hombros y dijo con tono harto:

—No, señor. Vivía en el bulevar de Latour-Maubourg.

—¿Sabía que tenía una hija?

—Que no tenía una hija..., es la segunda vez que lo dice, caballero... Le gusta andar de guasa, ¿eh?

Guiñó los ojos y me miró con un rictus en la comisura de los labios.

—Le gustaban demasiado los hombres...

Me dio miedo la voz que puso.

—Creo que podemos dejarlo..., no tengo nada más que decirle...

Se puso de pie. Yo también. Íbamos andando juntos por la acera de la plaza de Victor-Hugo.

—¿Por qué quiere hurgar en el pasado?

Estaba ante mí, casi amenazador, con esa cara y ese abrigo ajados, ese pelo desteñido, esa mirada de albino.

—¿No pueden dejarnos en paz de una vez, oiga?

Me dejó allí plantado. No me moví y miraba cómo caminaba hacia la avenida de Bugeaud. No se volvía. Una forma humana inconcreta, un vapor que iba a disolverse de un momento a otro. Capriolen.

Era una obra para largo. Se lo explicaba a Denise, por las noches, cuando venía a mi «gabinete de trabajo». Primero había que reunir las pruebas materiales del paso por la tierra de Harry Dressel. Y en eso se tardaría. Ya había encontrado, consultando todo un lote de periódicos viejos, un anuncio de la sala de

fiestas Vol de Nuit, en la calle de Les Colonels-Renard, que mencionaba su nombre. En la parte de abajo de la página de «espectáculos» de otro periódico había otro anuncio, pero en letra diminuta: «El cantante Harry Dressel actúa esta temporada en el Cinq à Neuf de la calle de Ponthieu. Tés – Aperitivos 17 h – Cenas – Espectáculo a las 20.30 h

. Abierto toda la noche». Recorté esos documentos y los guardé en un bloc grande de dibujo. Hasta tal punto había llegado a dudar de la existencia de Harry Dressel que estuve horas mirándolos con lupa. Hice también largas listas de personas que podrían, si vivían aún, hablarme de él. Y eso requería que me hiciera con guías viejas de todas clases. Pero los números de teléfono ya no coincidían y me devolvían las cartas con la mención: Desconocido en la dirección indicada.

Dressel había tenido un perro. Denise se acordaba de aquel labrador que se llamaba Mektoub. Una noche, cuando empezaron a ulular las sirenas de la defensa pasiva, bajaron al sótano la flamenca, Denise y el perro. En el Cinq à Neuf de la calle de Ponthieu, a la misma hora, Dressel empezaba su número. En el sótano, se apagó la luz y se oía, cada vez más cercano, el estruendo de las bombas. Se trataba seguramente del bombardeo de la estación de La Chapelle. Denise se arrimaba al perro y este le lamía la mejilla. Esa lengua áspera le calmaba el miedo infantil.

No se le había ido de la memoria la tarde en que su padre y ella compraron el labrador, en una perrera de Auteuil, en la calle de L'Yvette

. Volví a esa perrera. El director de la perrera, un hombre sensible, conservaba desde hacía cuarenta años las copias de los pedigrís y una foto pequeña de identidad de todos los perros que había vendido. Me llevó a ver esos archivos que estaban en una sala grande y encontró el pedigrí y la foto del labrador. Había nacido en un criadero de Saint-Lô en 1938 y se mencionaban los nombres de sus padres y de sus cuatro abuelos. El director de la perrera me dio un duplicado del pedigrí y una copia de la foto. Tuvimos una larga conversación. Su sueño era crear un fichero central en que todos los perros quedasen registrados al nacer.

También había querido recopilar todos los documentos —fotos, largometrajes o películas de aficionado, testimonios escritos u orales— que tuvieran que ver con perros desaparecidos. Lo que lo atormentaba era pensar en todos esos perros muertos en total anonimato y sin dejar el menor rastro. Pegué el pedigrí y la foto del labrador en el bloc de dibujo, entre las demás piezas relacionadas con Harry Dressel. Poco a poco, empecé a redactar el libro a trozos. Tenía decidido el título definitivo: «Las vidas de Harry Dressel»; lo que me había dicho Jansenne me animaba, efectivamente, a pensar que Dressel había tenido varias vidas paralelas. No tenía prueba alguna y mi expediente era muy escueto, pero contaba con dar rienda suelta a la imaginación. Me ayudaría a encontrar al Dressel auténtico. Bastaba con soñar basándose en los dos o tres elementos de los que disponía y conseguiría reconstruir el resto igual que el arqueólogo que, ante una estatua mutilada en sus tres cuartas partes, la reconstruye entera en su cabeza. Escribía de noche. Por el día, Denise se quedaba conmigo. Nos levantábamos a eso de las siete de la tarde. Bajo el albornoz rojo, olía a un perfume que a veces reconozco cuando pasa alguien. Entonces vuelvo a la habitación en la luz gris de la tarde que acaba, el ruido fluido y prolongado que hacían los coches los días de lluvia, los ojos de Denise con reflejos malva, su boca y la magia de sus nalgas rubias. Cuando nos levantábamos antes, íbamos a pasear al bosque de Boulogne, por la zona de los Lagos o del Pré-Catelan. Hablábamos del porvenir. Compraríamos un perro. A lo mejor nos íbamos de viaje. ¿Quería yo que se cortase el pelo? A partir de hoy iba a ponerse a régimen porque había engordado un kilo. ¿Le leería dentro de un rato algún párrafo de lo que llevaba escrito? Íbamos a cenar a un restaurante de la avenida de Malakoff, un local grande con paredes revestidas de madera que necesitaba una mano de pintura, como también las cuatro columnas corintias que se alzaban en las cuatro esquinas y se estaban descascarillando. Silencio. Una luz ambarina. Yo siempre tenía buen cuidado de elegir una mesa con tres cubiertos por si Harry Dressel, abriendo la puerta...

Alrededor de las doce de la noche, me instalaba ante mi escritorio, delante del bloc de papel de cartas. Se adueñaba de mí un cansancio al quitarle el capuchón a la estilográfica. Mi querido Dressel, lo que me ha hecho padecer... Pero no le guardo rencor. No tiene usted culpa de nada. La culpa la tengo yo. Estoy seguro de que usted dudó de su vida, lo que explica por qué no he encontrado casi nada de ella. Así que no me ha quedado más remedio que adivinar para darle un padre a su hija, a quien yo quería. Acostada en la habitación de al lado, me preguntaba: «¿Vas adelantando?» y ponía en el tocadiscos el disco de Rimski Kórsakov porque opinaba que la música hace que uno escriba con más facilidad.

A principios del mes de mayo, el señor Roberto Lorraine, su protector, llegó de Argentina en compañía de su sobrino y del equipo de polo de este. Denise me dijo que nos veríamos menos. Yo seguiría viviendo en su casa y ella vendría a verme de vez en cuando para que le leyese la continuación del libro dedicado a su

padre. Yo me pasaba el día manos a la obra para consolarme de su ausencia. Llevaba escritas casi cincuenta páginas acerca de los primeros años de Dressel, un período de su vida del que no sabía nada. Lo había convertido en una especie de David Copperfield y mezclaba hábilmente con mi prosa algunos párrafos de Dickens. Los años de adolescencia en Ámsterdam estaban sumergidos en una «atmósfera» que le debía mucho al llorado Francis Carco. Pero a partir del momento en que Dressel empezaba su carrera artística en el Casino de París y conocía a la madre de Denise, que era amazona en el Tabarin, daba con un tono más personal.

El viaje a Egipto y la estancia allí, en 1951, me inspiraban de forma muy particular y mi pluma corría por el papel. Entre El Cairo y Alejandría ya estaba en lo mío. La sala de fiestas azul y oro donde era animador Dressel, junto al Hotel Auberge des Pyramides, se llamaba Le Scarabée y la «artista» Annie Beryer actuaba en ella. El rey Faruk venía a oírla cantar y encargaba a su secretario italiano que le llevase a Annie joyas de gran valor, pero el secretario encargaba copias y se quedaba con las joyas de verdad. Había más personas que rondaban por ese sitio, supervivientes de a saber qué naufragio. Y Harry Dressel, ¿cuándo lo habían visto por última vez? En enero, pocos días antes del incendio, cuando la señora Sazzly Bey dio una fiesta para inaugurar su villa nueva de los alrededores de El Cairo, la copia exacta de Tara de *Lo que el viento se llevó*, con su paseo de cedros...

Le leía los capítulos a Denise. Ya no podía dormir conmigo en la avenida de Malakoff. El señor Roberto Lorraine le había dicho que quería casarse con ella. Le llevaba treinta años y a Denise le parecía que estaba un poco gordo y no le gustaban los hombres que usan cosméticos... Pero estaba —por lo visto— entre las tres mayores fortunas de Argentina. Yo estaba desesperado y se lo ocultaba.

A eso de las dos de la mañana me hacía a veces una breve visita. Había conseguido esfumarse de L'Éléphant

Blanc, donde el señor Roberto Lorraine y su sobrino esperaban el alba. Yo ponía en su conocimiento las últimas páginas que había escrito y a ella nunca la asombraba el giro que iban tomando «las vidas de Harry Dressel».

Tuvimos aún unas cuantas tardes indolentes. Se envolvía en la piel de leopardo y yo seguía leyéndole las mil y una aventuras de su padre.

Una noche volvía a la avenida de Malakoff con los brazos cargados con tres rollos grandes que había robado en unos archivos cinematográficos con la complicidad de un empleado. Se trataba de la primera parte de una película rodada en 1943, *Le Loup des Malveneur*, en cuya «figuración inteligente» había participado Dressel. Pensaba alquilar un proyector y fotocopiar de uno en uno los planos en que se lo viera de bastante cerca para poder reconocerlo.

Estaban encendidas todas las luces del piso, pero no había nadie. Encima de mi escritorio Imperio había una nota garabateada deprisa y corriendo:

«Me marchó a vivir a Argentina. Sobre todo sigue con el libro sobre papá. Besos. Denise». Me senté ante el escritorio. Había dejado los tres rollos de película en el suelo, a mis pies. Noté una impresión de vacío que me era familiar desde pequeño, desde que entendí que las personas y las cosas lo abandonan a uno o desaparecen algún día. Paseando por esas habitaciones esa impresión fue a más. Ya no estaban los retratos de Dressel y de su hija. ¿Se los había llevado a Argentina? La cama, la piel de leopardo y el tocador de satén azul cielo pasarían por otras habitaciones, por otras ciudades, por un trastero quizá y a no mucho tardar nadie sabría que esos objetos los había juntado una temporada muy breve en una habitación de la avenida de Malakoff la hija de Harry Dressel.

Menos yo. Tenía diecisiete años y ya no me quedaba más que convertirme en un escritor francés.

XIII

A finales de ese verano me casé. Los meses anteriores a tan pasmosa ceremonia los pasé con la que iba a convertirse en mi mujer en su país, en Túnez. Allí no existe el crepúsculo. Bastaba con quedarse traspuesto un momento en la terraza de Sidi-BouSaid y ya había caído la noche.

Salíamos de la casa y de su olor a jazmín. Era la hora en que en el Café des Nattes se organizaban las partidas de belote cuyo centro era Aloulou Cherif, pelirrojo y gordo. Bajábamos por la carretera que lleva a La Marsa, a cuyos pies está el mar que, por la mañana muy temprano, puede verse envuelto en un vapor de plata. Luego, poco a poco, va tomando el color de esa tinta que me gustaba de pequeño porque en el colegio nos prohibían usarla: azul florida. Una última curva, una última calle flanqueada de villas y, a la izquierda, la estacioncita del

TGM^[3].

Unas sombras estaban esperando que pasara el tren. Una farola, en el andén, iluminaba débilmente la estación, su fachada blanca, su marquesina antigua con encajes de metal. Esa estación podría haber estado en Montargis o en Saint-Lô si el azul de la marquesina —ese azul crudo que llama aquí la atención en las puertas de las casas y en las celosías— y el blanco de la fachada no le hubieran dado un carácter sospechoso.

Enfrente, en el Zéphyr, la gente se apelotonaba para beber té con piñones o jugar al dominó. Oíamos el murmullo de las conversaciones a las que daba acogida la noche. De vez en cuando, la blancura fosforescente de una chilaba. Los carteles del cine, en la acera de enfrente, anunciaban *Vacaciones en Roma* y, para abrir la sesión, una película árabe con Farid al Atrache. Tengo una foto antigua de ese actor donde está con su hermana, la cantante Asmahane. Ambos pertenecían a una familia de príncipes del Jabal al-Druze. La foto me la dio ese año un barbero viejo de La Marsa cuyo comercio estaba en la primera calle a la derecha, pasado el cine. La tenía expuesta en el centro de su escaparate y me había llamado la atención el parecido de mi mujer con esa extraña Asmahane, cantante y espía, por lo que dicen.

Íbamos siguiendo el paseo a la orilla del mar, con dos filas de palmeras. Estaba a oscuras. Pasada la embajada de Francia, entrábamos en el barrio residencial de La Marsa. Nos deteníamos en la parte más alta de una calle que baja hacia el mar. Empujábamos una puerta de hierro y estábamos en el

Bordj^[4]

donde vivía la familia de mi mujer.

Se va por un paseo a un nivel superior al jardín en cuesta; al fondo, el mar. Un murete, que lo cierra y sobre el que se asienta una verja pequeña, está invadido de buganvillas. Se cruza otra verja y se llega a algo parecido a un patio andaluz.

Allí estaban todos, sentados alrededor de unas mesas de jardín, hablando en voz baja o jugando a las cartas: el doctor Tahar Zaouch, Youssef Guellaty, Fatma, Mamia, Chefika, Jaouidah, y otros a quienes no conocía, rostros medio sumidos en la penumbra. Nosotros nos sentábamos también y metíamos baza en la conversación. En junio se habían ido de Túnez y del piso de encanto otomano de la calle de La Commission para instalarse, durante todo el verano, en el Bordj. Todas las noches serían como esta y nos los encontraríamos alrededor de las mesas, jugando a las cartas o charlando en la luz azul.

Bajábamos las escaleras del jardín con nuestros queridos amigos Essia y Moncef Guellaty. Abajo, un paseo trazaba la frontera de lo que habían sido anteriormente los dominios del pintor holandés Nardus: un parque grande que llegaba hasta la playa. Lo habían parcelado y había muchas casitas, rodeadas de jardincillos en vez de las frondas umbrosas de aquel parque por donde la rubia Flo, la hija de Nardus, paseaba desnuda hace tanto tiempo... No habían derribado la villa de mármol rosa que remataba una torrecilla. Las noches de luna llena divisábamos el busto de Nardus, esculpido por él mismo, que se erguía, blanquísimo, delante de la villa. Los nuevos propietarios lo habían dejado tal cual. Lo teníamos de frente, con los ojos de escayola fijos en la playa. Del parque no queda sino un bosquecillo de elevados eucaliptos que embalsaman la noche.

Pero muchas veces, tras la visita al Bordj, cogíamos la carretera de Gammarth. Va paralela al mar. Un poco antes de llegar a Gammarth nos deteníamos delante de

L'Auberge
des Dunes.

Unas escaleras. Había una terraza con suelo de mármol de rombos blancos y negros. Casi todas las mesas estaban bajo un encañado frondoso. Siempre elegíamos la misma, al filo de la terraza, desde donde podíamos ver la playa y el mar.

Se oía la resaca de ese mar y el viento me traía los últimos ecos de Alejandría y, desde más lejos aún, los de Salónica y de muchas otras ciudades antes de que las incendiaran. Iba a casarme con la mujer a quien amaba y había regresado por fin a ese Oriente del que nunca deberíamos habernos ido.

XIV

Al hojear el periódico se me posaron los ojos por casualidad en la página de anuncios inmobiliarios y leí:
«Piso vacío. Muelle de Conti – Vistas al Sena – Cuarta planta. Sin ascensor. Danton

55 61

».

Se confirmó mi presentimiento cuando llamé por teléfono. Sí, era efectivamente el piso donde había pasado mi infancia. No sé por qué dije que quería ir a verlo.

El hombre de la agencia, un pelirrojo grueso que usaba brillantina, subió delante de mí. En el cuarto piso sacó de la cartera un llavero con unas diez llaves y, sin el menor titubeo, dio con la que necesitaba. Empujó la puerta de entrada y me cedió el paso.

—Usted primero, por favor.

Me dio un brinco el corazón. Hacía más de quince años que no cruzaba ese umbral. Una bombilla que colgaba del cable iluminaba el vestíbulo pequeño cuyas paredes conservaban el tono beige sonrosado. A la derecha, los percheros de los que mi padre colgaba sus muchos gabanes y la estantería grande que era el sitio —todavía me acuerdo— de unas cuantas bolsas de viaje y de un sombrero de lona para los países cálidos. El pelirrojo de la brillantina abrió una de las hojas de la puerta del vestíbulo y entramos en la espaciosa habitación de la entrada, que usábamos de comedor. Como apenas si eran las siete de la tarde y estábamos en junio una luz suave y ambarina envolvía la habitación. El pelirrojo me agarró del brazo.

—Disculpe.

Le corrían gotas de sudor por las sienes. Parecía muy nervioso.

—Se... se me ha olvidado la cartera en casa de un cliente... Bueno..., espero que haya sido en su casa..., voy... voy para allá ahora mismo..., solo tardaré un cuarto de hora...

Giraba las pupilas espantadas. ¿Qué había en esa cartera para que se pusiera en tal estado? ¿De qué tenía miedo?

—¿No le importa esperarme aquí?

—En absoluto.

—¿Puede dar mientras tanto una vuelta por el piso?

—Desde luego.

Iba hacia el vestíbulo con paso veloz.

—Vuelvo enseguida... Vuelvo enseguida... Eche una primera ojeada...

Dio un portazo al salir.

Me encontré a solas en ese sitio de la habitación en que estaba la mesa en torno a la que, antes, comíamos. El sol trazaba rayas anaranjadas en el *parquet*. Ni un ruido. El ojo de buey a través del que se podía intuir un dormitorio seguía en el mismo sitio. Me acordaba de dónde estaban los muebles: los dos mapamundis grandes, a ambos lados del ojo de buey. Debajo de él, la estantería de libros con puertas de cristal que tenía encima la maqueta de un galeón. Al pie de la estantería, el modelo reducido de uno de esos cañones que usaban en la batalla de Fontenoy. Los dos maniqués de madera con su armadura y su cota de malla, ambos algo más atrás de uno de los mapamundis. Y, delante de la maqueta del galeón, el sable que había pertenecido al duque de Gloucester. Enfrente, el entrante de la pared donde había un sofá y, a ambos lados, baldas con libros, de forma tal que, cuando me sentaba ahí antes de cenar y leía uno de los tomos encuadernados en tela roja, me daba la impresión de estar en un compartimiento de ferrocarril.

Vacía, esta habitación me parecía más pequeña. ¿O era mi mirada de adulto la que la reducía a sus verdaderas dimensiones? Pasaba al «comedor de verano», una especie de pasillo ancho con baldosas negras y blancas y un ventanal desde el que se podían ver los tejados del palacete de La Monnaie y el jardín de la casa de al lado. Se me aparecía, como en filigrana, la mesa rectangular con el tablero de mármol de imitación. Y el asiento corrido de cuero naranja con el color comido por el sol. Y el papel pintado, que representaba una escena de *Pablo y Virginia*. Volvía a pasar por la entrada para ir a las dos habitaciones que daban al muelle. Habían arrancado el espejo del pasillo. Entré en lo que había sido el despacho de mi padre y noté allí una sensación de saqueo total. Ni el sofá, ni la cortina, cuya tela a juego llevaba el adorno de unas ramas de color granate. Ni el retrato de Beethoven en la pared, a la izquierda, junto a la puerta. Ni el busto de Buffon en el centro de la chimenea. Ni aquella fragancia a Chypre y a tabaco de pipa.

Ya no quedaba nada.

Subí por las escaleritas interiores hasta el quinto piso y entré en la habitación de la derecha, que mi padre había convertido en cuarto de baño. Las baldosas negras, la chimenea, la bañera de mármol claro seguían allí, pero, en el dormitorio que daba al Sena, los entrepaños de madera azul cielo habían desaparecido y pude contemplar la pared desnuda. En algunas zonas había jirones de tela de Jouy, vestigios de los inquilinos anteriores a mis padres, y pensé que si raspaba esos jirones de tela de Jouy encontraría parcelas diminutas de un tejido más antiguo aún.

Eran cerca de las ocho de la tarde y me preguntaba si el pelirrojo de la brillantina de la agencia no se había olvidado de mí. La habitación estaba sumergida en esa luz de sol poniente que ponía en la pared del fondo unos rectángulitos dorados, los mismos de hace veinte años. Una de las ventanas estaba abierta a medias y me acodé en la barandilla. Muy poca circulación. Algunos pescadores demorados en el extremo de la isla, bajo las frondas densas del jardín de Le Vert-Galant. Un librero de los muelles, cuya alta silueta y su esclavina reconocía —estaba ya en ese mismo sitio en mi infancia—, plegaba la silla portátil de lona y se iba, andando despacio, hacia el puente de Les Arts.

A los quince años, cuando me despertaba en esta habitación, corría las cortinas y el sol, los paseantes del sábado, los libreros de los muelles que estaban abriendo sus puestos, el paso de un autobús con plataforma, todo eso me tranquilizaba. Un día como los demás. La catástrofe que temía, sin saber muy bien cuál era, no había sucedido. Bajaba al despacho de mi padre y allí leía los diarios de la mañana. Él, con su bata azul, daba telefonazos interminables. Me pedía que fuera a buscarlo a última hora de la tarde al vestíbulo de alguno de los hoteles donde citaba a la gente. Cenábamos en casa. Luego, íbamos a ver una película antigua o a tomar un sorbete, las noches de verano, a la terraza de Le Ruc-Univers. A veces nos quedábamos los dos en su despacho, oyendo discos o jugando al ajedrez, y se rascaba la coronilla con el índice antes de mover un peón. Me acompañaba a mi cuarto y se fumaba el último cigarrillo mientras me explicaba sus «proyectos».

E, igual que las capas sucesivas de papeles pintados y de tejidos que cubren las paredes, este piso me traía recuerdos más lejanos: esos pocos años que tanto cuentan para mí aunque fueron anteriores a mi nacimiento. Al final de un día de junio de 1942, en un crepúsculo tan suave como el de hoy, un taxi-bicicleta se para abajo, en el entrante del muelle de Conti, entre La Monnaie y el Instituto de Francia. Una joven se baja del taxi-bicicleta. Es mi madre. Acaba de llegar a París en el tren de Bélgica.

Me acordé de que entre las dos ventanas, cerca de las baldas de libros, había un secreter cuyos cajones revisaba cuando vivía en esta habitación. Entre los mecheros viejos, los collares de pacotilla y las llaves que no abren ya puerta alguna —pero ¿qué puertas abrían?— había descubierto unas agendas pequeñas de los años 1942, 1943 y 1944, que habían sido de mi madre y que he perdido después. A fuerza de hojearlas me sabía de memoria todas las breves indicaciones que había apuntado en ellas. Por ejemplo, un día del otoño de 1942 anotó: «Casa de Toddie Werner-calle de Scheffer».

Allí fue donde coincidió con mi padre por primera vez. Una amiga se la había llevado a ese piso de la calle de Scheffer donde residían dos mujeres jóvenes: Toddie Werner, una judía alemana que vivía con una identidad falsa, y su amiga, una tal Liselotte, una alemana casada con un inglés a quien estaba intentando que liberasen del campo de Saint-Denis. Esa noche se había reunido una decena de personas en la calle de Scheffer. Charlaban, oían discos y las cortinas de la Defensa pasiva volvían aún más íntimo el ambiente. Mi padre y mi madre charlaban. Todos los que estaban allí con ellos y habrían dado testimonio de ese primer encuentro han desaparecido ya.

Al salir de la calle Scheffer, mi padre y Géza Pellmont quisieron ir a casa de Koromindé, en la calle de La Pompe. Animaron a mi madre a que fuera con ellos. Se subieron al Ford de Pellmont. Este era ciudadano suizo y había conseguido que le dieran un permiso de circulación. Mi padre me dijo muchas veces que cuando se sentaba en el Ford de Pellmont le daba la impresión ilusoria de estar fuera del alcance de la Gestapo y de los inspectores de la calle de Greffulhe porque aquel coche era, como quien dice, un trozo de territorio helvético. Pero los milicianos lo requisaron algo más adelante y en ese Ford fue en el que asesinaron a Georges Mandel.

En casa de Koromindé se les pasó la hora del toque de queda y se quedaron allí, charlando, hasta el amanecer.

Las semanas siguientes mi padre y mi madre fueron trabando conocimiento. Quedaban con frecuencia en un restaurante ruso pequeño de la calle de Faustin-Hélie. Al principio, mi padre no se atrevía a decirle a mi madre que era judío. Desde que había llegado a París, mi madre trabajaba en el servicio de «sincronización» de la Continental, una empresa de cine alemana afincada en Les Champs-Élysées. Él vivía escondido en un picadero del bosque de Boulogne cuyo profesor era uno de sus amigos de la infancia.

Ayer paseábamos mi hijita y yo por el Jardín de Aclimatación y llegamos, por casualidad, junto a ese picadero. Habían pasado treinta y tres años. Los edificios de ladrillo de las cuadras, donde hallaba refugio mi padre, seguramente no habían cambiado desde entonces, ni los obstáculos, las vallas blancas, la arena negra de la pista. ¿Por qué he notado aquí más que en ningún otro sitio el olor venenoso de la Ocupación, ese mantillo del que procedo?

Tiempos turbios. Encuentros inesperados. ¿A qué azar se debió que mis padres celebraran el Fin de Año, en 1942, en Le Beaulieu, con el actor Sessue Hayakawa y su mujer, Flo Nardus? Al fondo del cajón del secreter había una foto en que se los veía a los cuatro sentados ante una mesa: Sessue Hayakawa con esmoquin y con la cara tan impasible como en *Macao, el infierno del juego*; Flo Nardus, tan rubia que parecía tener el pelo blanco; mi madre y mi padre, con aspecto de dos jóvenes tímidos... Esa noche, Lucienne Boyer era la estrella de Le Beaulieu e, inmediatamente antes de que anunciaran el cambio de año, cantó una canción prohibida porque uno de sus autores era judío.

*Parlez-moi
d'amour
Redites-moi
Des choses tendres...*

Ahora, Sessue Hayakawa ya ha fallecido. ¿Qué hacía en París, en tiempos de la Ocupación, esta veterana estrella japonesa de Hollywood? Vivía con Flo Nardus en el 14 de la calle de Chalgrin, en una casita al fondo de un patio donde iban con frecuencia mi padre y mi madre. Muy cerca, en la calle de Le Sueur —la primera a la derecha—, el doctor Petiot quemaba los cadáveres de sus víctimas. En el estudio de la planta baja, con sus columnas salomónicas, sus entrepaños de madera oscura y sus cátedras, Sessue Hayakawa recibía a mis padres vistiendo un kimono «de combate». Flo Nardus, tan rubia, resultaba aún más irreal en presencia de ese samurái. Cuidaba las flores y las plantas enrevesadas que poco a poco iban invadiendo el estudio. También criaba lagartos. Había pasado la infancia en Túnez, en La Marsa, en una villa de mármol rosa que era de su padre, un pintor holandés. Y fue precisamente en Túnez donde la conocí, en el mes de julio de 1976. Me había enterado de que se había afincado en ese país desde hacía una temporada, como hacen quienes vuelven al lugar donde empezó su vida.

La telefoneé y le dije cómo me apellidaba. Después de más de treinta años aún se acordaba de mis padres. Quedamos el jueves 8 de julio, a las seis de la tarde, en el Tunisia Palace, en la avenida de Carthage.

Ese hotel había tenido seguramente su época de esplendor durante el Protectorado, pero ahora el vestíbulo, con sus escasos sillones y sus paredes vacías, parecía desmantelado. A mi lado estaba sentado un hombre con un terno negro muy sobrio que pasaba con la mano derecha las cuentas de un collar de ámbar. Alguien se acercó a saludarlo y lo llamó «Hadji».

Yo pensaba en mis padres. Tuve la certidumbre de que si quería conocer a testigos y amigos de su juventud siempre iba a ser en sitios como este: vestíbulos de hoteles desmantelados de países lejanos en los que flota un aroma de exilio y donde vienen a encallar los seres que nunca han tenido cimientos en la vida ni una situación civil muy concreta. Mientras esperaba a Flo Nardus, sentía a mi lado la dulce y furtiva presencia de mi padre y de mi madre. La vi entrar y supe enseguida que era ella. Me puse de pie y le hice una seña con la mano. Llevaba un turbante rosa, una blusa del mismo color, unos pantalones y unas alpargatas viejas. Y un cinturón hecho con trozos de cristal naranja y esquirlas de espejos unidos con hilos de plata. Reconocía a la mujer de la foto. Seguía teniendo un perfil muy limpio y los ojos, azul miosotis.

La dejé sorprendida al hablarle del pasado. Ella ya no recordaba muy bien los detalles. Luego, poco a poco, se le fue aclarando la memoria y me daba la impresión de estar reproduciendo una cinta magnética muy antigua que se le había quedado olvidada en el fondo de un cajón.

Recordaba que mi padre había estado escondido un mes en el 14 de la calle de Chalgrin sin atreverse a salir de la casa ni una vez porque no tenía documentación y temía las redadas. Tampoco Sessue Hayakawa tenía los papeles en regla. Los alemanes no sabían que aquel japonés tenía un pasaporte estadounidense y los japoneses querían movilizarlo. Por las noches, mi padre, Sessue y ella jugaban al dominó para olvidar las preocupaciones, o mi padre ensayaba con él el papel que interpretaba en *Patrulla blanca*, una película que estaba rodando y que dirigía un tal Christian Chamborant. Mi padre era un antiguo amigo. Había sido testigo en su boda, la de Sessue y Flo, en 1940, en el consulado de Japón. Sí, volvía a ver aquella velada de Le Beaulieu, pero habían estado juntos una semana antes en el 14 de la calle de Chalgrin, por Navidad; mi padre, mi madre, Toddie Werner, Koromindé, Pellmont y todos los demás...

Ya solo quedábamos nosotros en el vestíbulo. Ruidos de coches y de bocinas llegaban de la calle y allí

estábamos nosotros, hablando de un pasado que nos había reunido, pero que estaba tan lejos que perdía por completo la realidad.

Salimos del hotel y fuimos por la avenida de Bourguiba. Caía la noche. Cientos de pájaros que ocultaba el follaje de los árboles del terraplén piaban en un concierto ensordecedor. Me incliné para oír lo que me decía ella. En los últimos treinta años había pasado por muchas vicisitudes. La detuvieron al llegar la Liberación, acusándola de ser una «espía de los boches», pero consiguió evadirse de la cárcel de Les Tourelles. Ya, durante la «guerra rara», cuando Hayakawa y ella vivían en la calle de Saussure, en el barrio de Les Batignolles, la gente del barrio los acusaban de ser de la «quinta columna».

Sessue regresó a Norteamérica. Había muerto. Ella había perdido a su padre. La villa de su infancia, en La Marsa, estaba intervenida judicialmente. Se alojaba en una habitación en la Medina y, para vivir, hacía animalitos de cristal: reptiles, peces, pájaros. Un trabajo minucioso. Tallaba los trozos de cristal, los juntaba, los unía con un alambre. Un día, si quería, me enseñaría sus animales. Tendríamos que quedar más temprano e iríamos a pie a su casa, en la calle Sidi-Zahmoul. Pero aquella tarde ya estaba muy avanzada la hora y me arriesgaba a perderme a la vuelta. La acompañé hasta la Porte de France. Se metió por una de esas callejas con paso indolente y airoso y yo no apartaba los ojos de su silueta, entre los vendedores de tejidos, de perfumes y de joyas que estaban recogiendo sus puestos. Se despidió con un último gesto del brazo antes de perderse entre el gentío de los zocos. Con ella se alejaba un poco de la juventud de mis padres.

He conservado una foto de un formato tan pequeño que la miro con lupa para distinguir los detalles. Están sentados juntos en el sofá del salón; mi madre tiene un libro en la mano derecha y la mano izquierda apoyada en el hombro de mi padre, que se inclina y acaricia a un perro grande y negro cuya raza sería incapaz de decir. Mi madre lleva una curiosa blusa de rayas y de manga larga; el pelo rubio le cae por los hombros. Mi padre lleva un traje claro. Con ese pelo moreno y ese bigote fino, se parece al aviador norteamericano Howard Hughes. ¿Quién pudo sacar esa foto un atardecer de la Ocupación? Sin esa época, sin los encuentros azarosos y contradictorios que traía consigo, yo nunca habría nacido. Atardeceres en que mi madre, en la habitación del quinto piso, leía o miraba por la ventana. Abajo, la puerta de entrada hacía un ruido metálico al cerrarse. Era mi padre, que regresaba de sus misteriosos periplos. Cenaban juntos en el comedor de verano del cuarto piso. Luego, pasaban al salón que le hacía a mi padre las veces de despacho. Allí había que correr las cortinas por el oscurecimiento de la defensa pasiva. Seguramente oían la radio y mi madre escribía torpemente a máquina los subtítulos que tenía que entregar todas las semanas en la Continental. Mi padre leía *Cuerpos y almas* o las *Memorias* de Bülow. Hablaban, hacían proyectos. Con frecuencia les daban ataques de risa.

Una noche fueron al Théâtre des Mathurins a ver un drama titulado *Solness, el constructor* y salieron huyendo de la sala a carcajada limpia. Ya no conseguían controlar el ataque de risa. Seguían riendo a más y mejor en la acera, muy cerca de la calle de Greffulhe, donde estaban los policías que querían la muerte de mi padre. A veces, tras correr las cortinas del salón y cuando era tan hondo el silencio que se oía pasar un coche de alquiler o el rumor de los árboles del muelle, mi padre sentía una vaga intranquilidad, supongo. Se adueñaba de él el miedo como aquella tarde, a última hora, del verano de 1943. Caía una lluvia de tormenta y él estaba en los soportales de la calle de Rivoli. La gente esperaba en grupos compactos a que dejase de llover. Y los soportales estaban cada vez más oscuros. Ambiente de expectación, de gestos en suspenso, que precede a las redadas. No se atrevía a mencionar su miedo. Mi madre y él eran dos personas sin raíces, sin el mínimo vínculo, fuere cual fuere, dos mariposas en aquella oscuridad del París de la Ocupación en que se pasaba con tanta facilidad de la sombra a una luz demasiado cruda y de la luz a la sombra. Un día, de madrugada, sonó el teléfono y una voz desconocida llamó a mi padre por su auténtico nombre. Colgaron inmediatamente. Ese fue el día en que decidió huir de París... Me había sentado entre las dos ventanas, en la parte baja de las baldas. La penumbra había invadido la habitación. En aquellos tiempos, el teléfono estaba encima del secreter, muy cerca. Me parecía, treinta años después, oír aquel timbre quebradizo y medio ahogado.

Todavía lo oigo.

Un portazo en la entrada. Pasos en la escalera interior. Alguien se me estaba acercando.

—¿Dónde está? ¿Dónde está?

El hombre de la agencia, el pelirrojo de la brillantina...; reconocía la estela de efluvios de Roja-Flore que iba dejando.

Me puse de pie. Me alargaba la mano.

—Disculpe. ¡Hay que ver lo que he tardado!

Estaba aliviado. Había encontrado la cartera. Vino a reunirse conmigo en el hueco de una de las

ventanas.

—¿Ha podido ver el piso? Ya no se ve nada. Habría debido traer una linterna.

En ese momento apareció el *bateau-mouche*. Se deslizaba hacia el extremo de la isla con la guirnalda de proyectores enfocando las casas del muelle. Las paredes de la habitación se cubrieron de manchas, de puntos luminosos y de enrejados que giraban e iban a perderse en el techo. En esa misma habitación, hacía veinte años, eran las mismas sombras fugitivas y familiares las que nos embelesaban a mi hermano y a mí cuando apagábamos la luz al pasar ese mismo *bateau-mouche*.

Esa noche debía de celebrarse alguna fiesta. El Louvre, el jardín de Le Vert-Galant y la estatua de Enrique IV en el Pont-Neuf estaban iluminados.

—¿Qué le parecen las vistas? —me preguntó el pelirrojo de la brillantina, con un tonito triunfal—. Son unas vistas excepcionales, ¿verdad?

No sabía qué contestarle. En 1945, una noche de mayo, los muelles y el Louvre estaban iluminados como ahora. Una muchedumbre invadía las orillas del Sena y el jardín de Le Vert-Galant. Abajo, en el entrante del muelle de Conti, habían improvisado un baile callejero.

Tocaron *La Marsellesa* y, luego *La valse brune*. Mi madre, acodada en el balcón, miraba cómo bailaba la gente. Yo iba a nacer en julio. Mi padre andaba también por alguna parte, entre la gente que celebraba la primera noche de paz. La víspera había cogido el tren con Pellmont porque habían encontrado el Ford al fondo de un cobertizo, por la zona de Narbona. El asiento de atrás estaba todavía manchado de sangre.

XV

Había un taxi parado en la esquina del bulevar de Gambetta y la calle de France. Vacilé antes de abrir la puerta, porque al lado del taxista había un hombre, pero él me hizo una seña con la cabeza que quería decir que el coche estaba libre.

Nos sentamos atrás mi mujer, mi hija y yo. Yo llevaba en brazos a mi hija, que acababa de cumplir un año. Yo tenía treinta años y cuatro meses y mi mujer iba a cumplir los veinticinco.

Pusimos entre los dos la sillita azul marino. El hombre que estaba sentado delante, a la derecha del taxista, no se movía y acabé por decir:

—A Cimiez, jardín de Les Arènes.

El taxista conducía despacio. Era un joven de mi edad, y también el que iba a su lado.

—Un problema del delco...

—¿Aunque sea un diésel?

—Tendría que ir a ver a tu hermano...

—Ya no está en el taller Greuze.

Los dos hablaban con acento de Niza. El que iba al volante había encendido la radio en sordina. Mi mujer tenía ahora a la chiquitina en brazos y le iba enseñando las fachadas de las casas que pasaban tras el cristal.

El taxista, rubio, llevaba bigotito. Su amigo era moreno, achaparrado, y con los ojos, muy hundidos en las órbitas, tenía una cara antigua de carnero.

—¿Sabes que van a derribar el taller Greuze...?

—¿Por qué?

—Pregúntale a Gabizon.

La niña jugaba con el collar de mi mujer. Lo sacudía y se lo llevaba a la boca. Íbamos por el bulevar de Victor-Hugo, entre los plátanos. Las dos de la tarde, lunes primero de diciembre de 1975. Sol.

Giramos a la derecha para entrar en la calle de Gounod y pasamos delante del hotel del mismo nombre, un edificio blanco cuya puerta giratoria estaba cerrada. Me dio tiempo a divisar, tras una verja, un jardín estrecho que quizá se convertía en parque al fondo del todo. Y, de repente, me pareció que en otra vida una noche de verano había empujado esa puerta giratoria mientras llegaba una música desde el jardín. Sí, me había alojado en ese hotel, me quedaba una reminiscencia inconcreta y la impresión extraña de que en aquella época tenía una mujer y una niña pequeña, las mismas de ahora. ¿Cómo dar con el rastro de esa vida anterior?

Habría sido necesario consultar las fichas antiguas del Hotel Gounod. Pero ¿cómo me llamaba por entonces? ¿Y de dónde veníamos los tres?

—Sí, sí, es Gabizon...

—¿Te extraña?

—Montó el mismo número con el concesionario Porsche.

—Exacto...

El moreno con cabeza de carnero encendió un purito al que daba chupadas nerviosas. Se volvió hacia nosotros.

—Disculpen... La niña...

Nos señalaba, sonriendo, el purito, que tiró por la ventanilla abierta a medias.

—El humo es malo para los niños pequeños —nos dijo.

Me extrañó el detalle amable y llegué a la conclusión de que él también tenía un hijo.

No sabía por qué habíamos dado ese rodeo, pero íbamos por el bulevar del Parc-Impérial, dejando atrás la iglesia rusa. En su penumbra estaba, seguramente, amodorrado un anciano que había sido tiempo atrás uno de los pajes de la zarina. Estábamos llegando al principio del bulevar de Cimiez y la niña miraba por la ventanilla. Era la primera vez que atravesaba Niza en automóvil. Todo cuanto veía era nuevo para ella, las manchas verdes de los árboles, el tráfico, las personas que andaban por la acera. La mañana de la vida.

—¿Y tu hermano?

—Tranquilo, ha encontrado un apañó...

—¿Con los Facel Vega antiguos?

—Claro, Patrick...

Así que el moreno con cara de carnero tenía el mismo nombre que yo, ese nombre que había estado muy de moda en 1945, quizá por los soldados anglosajones, los *jeeps* y los primeros bares americanos que estaban abriendo. El año 1945 estaba todo él en las dos sílabas de «Patrick». También nosotros habíamos sido niños pequeños.

—No solo están los Facel...

—¿Ah, no?

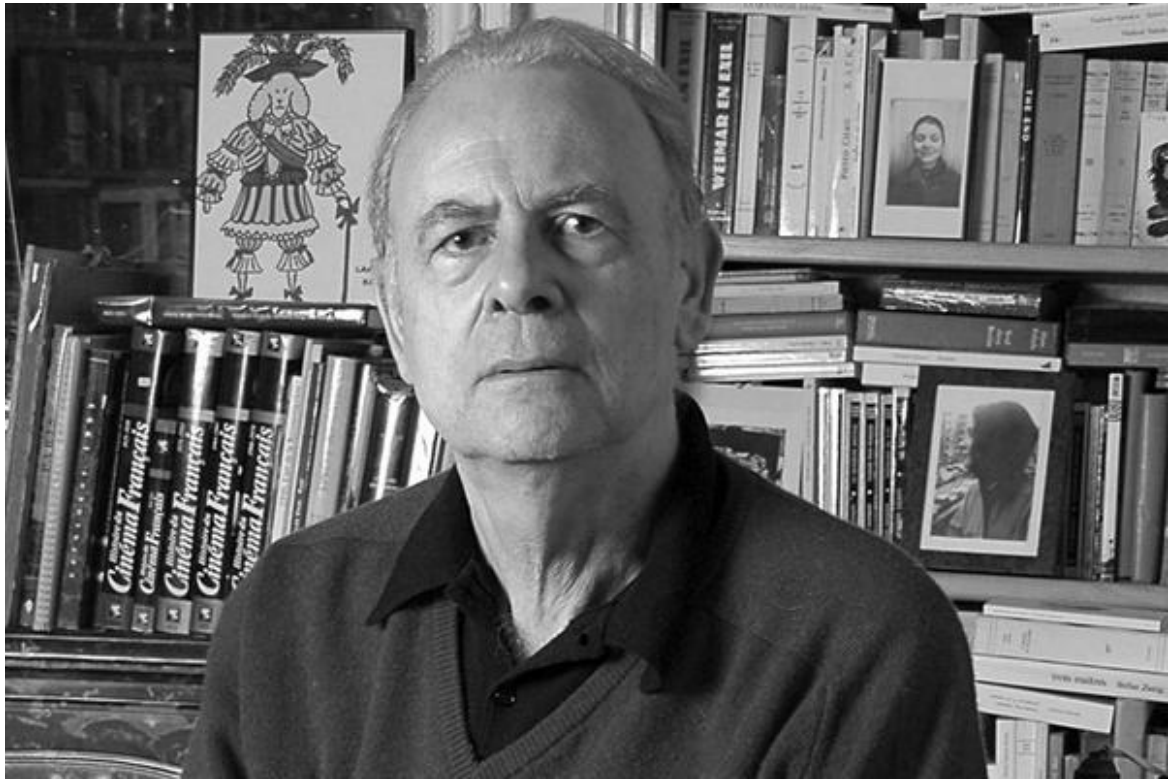
—Se ha hecho además con unos diez Nash...

¿Cómo era Niza en 1945? Se escapaba la música de *jazz* de las ventanas del Ruhl, que había requisado el ejército norteamericano. Mi pobre hermana Corinne, que la Seguridad Militar francesa había detenido en Italia, estaba encerrada muy cerca de aquí, en la Villa Sainte-Anne, antes de que la llevaran a la cárcel y, luego, al Hospital Pasteur... Y, en París, los supervivientes de los campos esperaban, con el pijama de rayas, bajo las arañas del Hotel Lutetia.

Lo recuerdo todo. Despego los carteles pegados en capas sucesivas desde hace cincuenta años para dar con los jirones de los más antiguos. Pasábamos delante de lo que fue el Winter-Palace y vi a las jóvenes inglesas y a los jóvenes rusos enfermos del pecho de 1910. El taxi aminoró la marcha y se detuvo. Habíamos llegado al jardín de Les Arènes. El moreno con cara de carnero, el que se llamaba Patrick, se bajó y nos ayudó a sacar la sillita de niño, un modelo muy complicado con seis ruedas, asiento que se alzaba y giraba, capota con muchos dobleces y brazo móvil de acero para colocar una sombrilla. Cuando el taxi arrancó, los dos nos hicieron una seña con la mano.

Yo había cogido en brazos a mi hija que dormía con la cabeza caída en mi hombro. Nada le perturbaba el sueño.

Todavía no tenía memoria.



PATRICK MODIANO (Boulogne-Billancourt, Francia, 1945). Hijo de una actriz belga y de un hombre de negocios italiano, creció entre Jouy-en-Josas y la Alta Saboya. Las ausencias repetidas de sus padres le acercan a su hermano mayor, Rudy, que muere a la edad de diez años. Tras aprobar la selectividad, decide dedicarse plenamente a la escritura. Sus primeras obras giran en torno a la ocupación nazi y el colaboracionismo (*El lugar de la estrella*, galardonada con el Premio Roger Nimier y el Premio Fénéon, *La ronda de noche* y *Los bulevares periféricos*). En 1978 obtiene el Premio Goncourt por *La calle de las tiendas oscuras*, una novela en la que la Segunda Guerra Mundial, y en 1984 recibe el Premio de la Fundación Pierre de Mónaco por el conjunto de su obra. En castellano, entre otras, también se han publicado *Domingos de agosto*, *Viaje de novios*, *El rincón de los niños*, *Las desconocidas*, *Dora Bruder* y *Joyita*. Este gran autor, de una extremada sensibilidad, describe en sus ficciones la búsqueda de la propia identidad, que oscila entre el recuerdo desgarrador y la tentación de la amnesia benéfica.

Notas

[1] «Organisation secrète d'action révolutionnaire nationale» (OSARN), grupo de extrema derecha que funcionaba en Francia en la década de los treinta. (*N. de la T.*). [<<](#)

[2] Mutua que, antes de la implantación en Francia de la Seguridad Social (1946), permitía cobrar una modesta jubilación, mediante cotizaciones mensuales durante los años de actividad laboral. (*N. de la T.*). [<<](#)

[3] Tren de la línea Túnez-La Goulette-La Marsa. (*N. de la T.*). [<<](#)

[4] La ciudadela. (*N. de la T.*). [<<](#)